

Josefina Estrada

Señas particulares



Narrativa

Josefina Estrada

Señas particulares

**La muerte violenta en la
Ciudad de México**





FACULTAD DE ENFERMERÍA Y OBSTETRICIA

Tema: Enfermería y literatura

Josefina Estrada

Señas particulares

**La muerte violenta en la
Ciudad de México**



Facultad de Enfermería y Obstetricia
Universidad Nacional Autónoma de México
México, 2023

PRIMERA EDICIÓN

Diciembre, 2023

Josefina Estrada Ortiz D.R. © 2023

Esta edición y sus características tipográficas y diagramación son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México
Av. Universidad No. 3000, Ciudad Universitaria, Ciudad de México,
C.P. 04510.

Facultad de Enfermería y Obstetricia

Camino Viejo a Xochimilco y Viaducto Tlalpan s/n Col. San Lorenzo
Huipulco, Alcaldía Tlalpan, Ciudad de México. C.P. 14370

www.feno.unam.mx

ISBN: 978-607-30-8487-1

ISBN DE LA COLECCIÓN: 978-607-30-8486-4

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

HECHO EN MÉXICO

A Mario Nava, amigo, hermano del alma

*Escribo para verme en lo que
escribo, para nombrarme en lo que
nombro, para oírme pronunciado por
mis palabras, para sentirme caminar
sin cuerpo por el cuerpo presente de
la memoria.*

Francisco Hernández

Estaba ante un cadaver a punto de reventar: jabonoso cuero verde. La cabeza colgaba de la plancha de aluminio, como si estuviese conociendo a su público. Aquí y allá los pellejos negros enrollados como ligas dejaban al descubierto una pigmentación blanca y resbalosa de pescado. Dos tetillas, un par de pezones de biberón: ubres amarillentas y avaras. Una cubeta blanca recibía la sangre de la cabeza. Los brazos y las piernas, abiertas como las de una rana. Como las de una mujer que ha sido expulsada de su líquido sepulcro.

—Este cuerpo fue hallado en un canal de Xochimilco —me informó el médico forense.

Durante dos semanas había estado buscando a un muerto. Alguien que hubiera fallecido en un

hecho violento. Cualquier persona de las 6,000 que mueren al año en esas circunstancias en la Ciudad de México: teporochos, indigentes, atropellados. Los cadáveres que amanecen en el parque, hoteles de paso o de lujo, domicilios, lotes baldíos, colonias populares, zonas residenciales... Quería conocer los sucesos que se desencadenan a partir de una muerte súbita o desconocida. Saber si todos los casos se investigaban y cómo. O si sólo se atendían los decesos de personalidades. Pero no podía salir a la calle y buscarlos a ton-tas y locas. Sencillamente la policía no me dejaría saber más allá de lo que estaba mirando. Debía obtener el consentimiento de las autoridades relacionadas con estos sucesos para que desde dentro me permitieran ver su trabajo. Por ello decidí entrevistarme con el doctor Pedro Estrada González, coordinador general de Servicios Periciales de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal. Y con el doctor José Ramón Fernández Cáceres, director del Servicio Médico Forense, Semefo.

Yo soy el pararrayos de esta torre y soy la llave y la puerta del infierno.

Miércoles 5 de junio, 2002

El doctor Pedro Estrada me recibió en su oficina de Avenida Coyoacán. A lo largo de dos horas me dio cátedra sobre la participación de Servicios Periciales en los casos de muerte violenta. Me descubrió un mundo que sólo había visto en la televisión, el cine y en las novelas negras: cómo actúan los investigadores para llegar al asesino o determinar la causa del deceso. Estrada respondió ampliamente a mi interrogante principal: Qué sucede a partir de una muerte violenta. Sus estadísticas echan abajo la idea generalizada que la sociedad tiene de la Ciudad de México, la cual se siente expuesta a morir a manos de la delincuencia. Es equívoca esta percepción porque habitualmente, los asesinos eliminan a las personas que están íntimamente relacionadas con ellos.

—Los homicidios que son producto de la violencia y la delincuencia en el Distrito Federal son un porcentaje mínimo. Si diariamente atendemos un promedio de 15 a 20 muertes repentinas o de caso médico legal, dos de ellas son por homicidio doloso —10 por ciento—, las cuales pasan a la fiscalía de Decesos y Ho-

micidios, que a su vez, buscará esclarecerlas. Muchos victimarios asesinan por factores estrechamente relacionados entre víctima y victimario: rencillas, rencores, odios... No me refiero al transeúnte al cual se le aparece un delincuente, lo asalta y después lo mata. Los casos en los cuales la víctima no conocía al victimario, son mínimos. La capital es la que menos sufre ese tipo de incidencias; esa circunstancia ofrece un mayor panorama de investigación y especialización.

—Doctor, está bien lo que usted me ha descrito, pero debo verlo por mí misma. Su gesto afable se tornó severo y fue categórica su negativa:

—Aquí no hay prensa; no tenemos periodistas en la calle. Por norma, aquí no se le da ninguna referencia de ningún asunto a nadie más que no sea el Ministerio Público, incluidas las personas involucradas —familiares, testigos, gente que ha sido agraviada—. Todo lo que aquí se hace se va al Ministerio Público y es él, como responsable de la investigación, quien determina si da a conocer un dato. También está prohibido que entren periodistas al anfiteatro. Lo saben y ya no buscan entrar. Abrimos, metemos el cadáver, trabajamos dentro, terminamos, cerramos y le avisamos al Minis-

terio Público: «Ya está el cuerpo para que dispongas el envío al Servicio Médico Forense».

Le insistí y ahora él me interrogó. Quién era yo, qué había escrito, dónde había colaborado y, sobre todo, por qué quería saber de estos asuntos. Le expliqué lo mejor que pude. Guardó silencio y removió unos expedientes que estaban a su mano derecha. Pensé que era una señal que me indicaba que ya debía retirarme y empecé a balbucir algunas palabras de despedida. Sin embargo, él quería mostrarme un legajo de hojas que contenía el reporte de las muertes más recientes. De cada caso había un mínimo de cuatro gráficas.

Atravesada en un alfiler, en tu vientre aletea una mariposa negra.

—Aquí tenemos a este bebé masculino de tres meses que fallece en domicilio. Nos dan todos los datos, esperamos la necropsia y determinamos que fue asfixia por obstrucción. La experiencia y el conocimiento ya nos habían orientado a ese resultado porque no hay cianosis ni otro tipo de lesiones. Se ve que el niño está bien hidratado, bien alimentado, querido (sus ropas se ven también dentro de un contexto de

cuidados hasta que sobreviene un descuido... Si se detecta una asfixia mecánica, se va a investigar al papá, a la mamá, la relación que había entre ellos. ¿Están casados? ¿Cómo se llevaban? ¿Cuántos niños tienen? ¿Todos son de la misma pareja? ¿Él es el padrastro?

»Éste es un atropellado. La persona es levantada del lugar de los hechos y es llevada a Xoco. Allí fallece.

»Este señor tiene 31 años. Se le toma una muestra de orina y de sangre y se determina que estaba celebrando el triunfo de México en el fútbol y se broncoaspiró. Murió. No hay nada que investigar ahí.

»Este caso tiene foquitos rojos. La mujer estaba embarazada y aparece muerta en su casa, sin mayor dato. Su pareja dice que ahí la dejó y que cuando regresó ya estaba muerta. Las características de la cara, de color negro, no nos hablan de un proceso de muerte de 24 horas, sino de un periodo de más de 48 horas. Si él dice que salió en la mañana y cuando regresó ya estaba muerta, mintió. Viene el trabajo criminalístico. No es posible que esto se produzca en menos de 24 horas. Ya estando en el anfiteatro, por el proceso de la putrefacción, formación de gases al interior y relajación de tejidos, expulsa a la criatura. Al expirar la

mamá, nosotros le calculamos más de tres días de fallecida, lógicamente, la criatura también murió.

»Esa señora vivía en un terreno en construcción. Están abriendo una cisterna, se cae, se golpea y muere. Aparentemente es una muerte accidental, pero nosotros tenemos que determinar si ella se cayó solita o le ayudaron a caerse; si murió ahogada o la mataron antes y luego la aventaron.

»Este muchacho tiene un disparo de arma de fuego. Tenemos que esperar a que se haga la necropsia, se saque la bala, la traigan y nosotros debemos determinar qué calibre es, qué arma, a qué distancia fue hecho el disparo.

»Diariamente me entregan una relación de todos los cadáveres que hubo en la Ciudad de México. Es de 24 horas, 4 de junio, ayer. Las muertes sucedieron en Iztapalapa, Venustiano Carranza, Tlalpan, Xochimilco, Gustavo A. Madero, Miguel Hidalgo. Tenemos que hacer una evaluación para ir determinando cuáles muertes tienen el grado de investigación posterior y cuáles no. Hay una coordinación entre las personas encargadas del área pericial en cada una de las fiscalías, en cada una de las delegaciones, con un grupo de trabajo, encargado de dar este seguimiento.

»Aparte, como usted puede ver, estoy escuchan-

do por la radio. Cuando empiezo a oír ajeteo: “Coyoacán, se ve que están muy movidos, ¿qué asunto tienen?”. En fin, tengo un panorama general del Distrito Federal».

La serie fotográfica que más me llamó la atención fue la de la mujer embarazada. En una, se muestra el lugar donde la encontraron; está acostada, vestida, con su vientre abultado. Con la cara negra. En otra, ya está en la plancha de la delegación, desnuda. En otra más, el bebé está en medio de sus piernas, con la cabeza bruna, también. Madre e hijo carinegros, desarropados. Una imagen jamás imaginada por mí.

—Doctor, ¿me permitiría ver de cerca la fotografía del caso de focos rojos? Quisiera describirla.

Estrada, quien en todo momento me estuvo enseñando las fotos desde lejos —extendida su mano derecha, verticalmente, al ras del filo del escritorio—, cerró el legajo y se volvió a mirarme con reproche:

—No. Fotos tengo muchas —y abrió su cajón—. Tengo ésta de Paco Stanley. Ésta otra de Severo Mirón. Ésta es de Guillermo Vélez Mendoza...

—Ah, sí. El que trabajaba en un gimnasio y fue acusado de participar en el secuestro de la dueña, su patrona... Supuestamente murió a consecuencia de la tortura de los judiciales. Su padre y Derechos Humanos han armado un gran escándalo.

—Exactamente —cerró su escritorio y ahora sí dio por terminada la entrevista. Eran las 22:30 y desde hace más de una hora lo estaban esperando para dar inicio a una junta.

¿Cuántas palabras cruzan, como caballos desbocados, la nevada planicie de la página?

Lunes 10 de junio

A las 19:30 de la noche, el doctor José Ramón Fernández me recibió en su oficina de la colonia Doctores. Al final de la entrevista volvió a suscitarse un panorama parecido al que había tenido con el doctor Estrada: me explicó a profundidad cuál era el funcionamiento de Semefo, y también fue muy claro al señalarme que no podría ver cadáveres, pero que con gusto me enseñaría los laboratorios.

—Doctor, yo necesito ver. Si no veo, no puedo

escribir. Una crónica es la escritura de los sucesos que se van presenciando.

—¿Y qué va a ver aquí? —no esperaba esa pregunta. Intuí que no debía mencionar la palabra cadáver. De manera instintiva le respondí:

—Deseo conocer cómo trabaja el personal que labora en Semefo.

—Por eso. Véngase el miércoles en la mañana y le enseño el laboratorio.

Salí desencantada. No podría escribir sobre este tema. Para entonces yo seguía esperando que me llamaran de Servicios Periciales para ver un levantamiento de cadáver y a partir de ahí seguir el proceso de investigación, pero los días pasaban y aún no estaba trabajando en el tema.

Sin embargo, me presenté a la cita que me había dado el doctor Fernández, a pesar de que la inspección al laboratorio aumentaría mi ansia de ver. Pero a partir de esa fecha la crónica empezó a gestarse. Llegaría a ver decenas de muertos y destellos de su vida, que me resulta difícil mantenerme alejada del universo de la muerte violenta, para concentrarme en escribirlo.

Lejos del agua sufres por la espuma que tu presencia quiere sumergida. Para no serle fiel regresas a la tierra.

Miércoles 12 de junio

A las 11:00 de la mañana me recibió el doctor Fernández. Con la mano me indicó que me sentara frente a su escritorio, cubierto de papeles. Me miró profundamente y preguntó:

—¿En qué quedamos?

—Que me mostraría el funcionamiento del laboratorio. Y... lo que usted me permita mirar.

—Una autopsia... —sus ojos rasgados me traspasaron: dagas negras y finísimas que me desgarraron de tajo. El brillo del relámpago en la mirada de mi padre cuando iba a otorgarme un permiso que pondría a prueba mi madurez.

—Sí usted me lo permite —le contesté con firmeza y serenidad. Sosteniéndole la mirada.

Bajó la vista y apretó un botón del conmutador. Casi de inmediato se presentó el odontólogo forense José Paz Osornio, a quien sin darle mayor explicación, el director le ordenó:

—Llévela a ver una necropsia. La que estén haciendo.

—No puede tomar fotografías —me indicó.

Levanté las manos, como diciendo: no traigo cámara. Salimos de la Dirección.

—Hay un putrefacto —me informó mi guía.

Bajamos por las escaleras traseras del edificio, dos pisos. En la planta baja, apenas abrimos una de las dos pesadas puertas, color beige, el olor de la muerte llenaba el espacio. Imaginé un cadáver carcomido: el rostro con jirones de piel y el cráneo al descubierto. Moscas grandes y zumbonas merodeándolo. Larvas entrando y saliendo, devorándolo infatigablemente. Y como si tuviera ante mí varias diapositivas, hice un rápido muestreo mental de las fotografías de cadáveres que hasta entonces había visto; principalmente las que de niña vi en *Alarma!*, exitoso semanario amarillista. No me parecían tan buenas las gráficas de *Alerta*.

En el pasillo, ante una puerta abierta, un grupo de médicos miraban hacia adentro de una sala. Todos se volvieron para observarnos. Vestían bata blanca y yo parecía frijol en medio del arroz con los ajustados pantalones de mezclilla, blazer azul, zapatillas, y sin cubrebocas ni bata, por su-

puesto. El odontólogo de ojos color miel sólo dijo a manera de presentación:

—La manda el doctor Fernández —y sin más me puso frente al cadáver.

Algunos médicos dejaron de atender el proceso de la necropsia para ver mi expresión ante aquella imagen brutal, de difícil traducción.

—Este cuerpo fue hallado en un canal de Xochimilco, conocido como El Recodo —me informó Paz Osornio.

«Van a tratar de saber si murió ahogado o lo echaron ya muerto», pensé. Pero no supe qué preguntar. Segundos después, los médicos se olvidaron de mi presencia y empezaron a hacerse bromas afectuosas:

—¡Ésos, mis necrófilos! —les gritó a manera de saludo el entomólogo forense, Arturo Cortés Cruz.

Con su arribo se derramó una cascada de agudezas que no pude anotar. Mi capacidad de ver y escuchar estaban paralizadas por el esfuerzo de aparentar frialdad. No alcanzaba a componer lo que estaba viendo. Al cabo de un minuto, por instinto y como enérgico llamado de atención, saqué

mi grabadora. Resultó la estrategia: de inmediato, guardaron silencio. El doctor Rolando Ríos Reyes —delgado y distinguido; con anteojos—, quien estaba sentado en un banco alto, de aluminio, con atril, me pidió apagar la grabadora. Cuando se aseguró de que lo había obedecido me preguntó por qué estaba ahí. Mi respuesta pareció tranquilizarlo. Fue entonces cuando les pedí que si podrían describirme ante la grabadora lo que estábamos viendo. Accedieron los especialistas Jorge Nezahualcóyotl Cárdenas Gómez y Arturo Cortés.

Era una mujer de aproximadamente 18 años, que al parecer había muerto a consecuencia de un fuerte golpe en la cabeza.

Raúl González Domínguez, técnico en necropsia, vestido con un overol azul marino y delantal de hule, largo y amarillo, empezó a cortar en dos el cuerpo. Jesús Jiménez —pasante de antropología física—, igualmente vestido, lo asistió. Don Raúl apartó la piel y afloraron las vísceras; me sorprendió el encendido color rojo, que contrastaba con el cuerpo verde y negruzco. Lo primero que se certificó al abrir el cuerpo es que no había larvas. Por lo tanto, al entomólogo, que en esta ocasión no tenía trabajo, le pedí que me explicara por qué no había larvas o gusanos, como la gente suele llamarles:

—Este cadáver no tiene artrópodos debido a la alta contaminación acuática. Ni siquiera hay moscas en ese canal. Ahora que el cuerpo está expuesto, está siendo visitado por moscas, dípteros; y si dejamos el cuerpo expuesto, de dos a cinco horas, probablemente las moscas depositarían sus huevos. El díptero presenta varios estados del ciclo de vida: huevo, larva, pupa y adulto. La mosca es la primera en llegar a los cadáveres.

El intestino grueso, en cuanto se liberó, se expandió con la ligereza y la fuerza de un globo de gas. El ruido que se produjo al cortar el esternón y la exposición de los órganos me remitió al carnicero ante la res, quien remueve, extrae y vocea:

—¡Sale corazón!

—¡Sale pulmón! —el cual se lavó con la manguera y se confirmó que no había aspirado agua: la mujer fue sumergida cuando ya había fallecido.

Mientras la grabadora guardaba la información de los médicos, yo me concentraba en el cadáver. Los labios vaginales parecían ser uno solo: negro, abultado, extendido, cercado de escaso vello púbico. Sus pies, de las rodillas para abajo, conservaban su color; de los codos a los dedos largos y delgados, también. Los dedos de la mano dere-

cha —el índice, el medio y el anular— estaban incompletos, como si alguien los hubiera mordisqueado de las puntas.

—Una vez que determinamos que la causa de muerte es traumática —me señaló el doctor Cárdenas—, debemos estipular el mecanismo, el agente vulnerante que produjo la lesión. También, nos corresponde saber si las heridas se infligieron antes o después de la muerte. Es muy importante establecer si se trata de un tiempo corto o prolongado de agonía; acordar, con base en las lesiones, si hay lucha, defensa o daño que nos puedan hacer pensar en tortura...

En el costado izquierdo del cadáver estaba lo que creí era una jícara blanca, ensangrentada. El cuerpo casi no sangraba. De la caja torácica se extrajeron dos tubos de ensayo con sangre espesa, guinda. Terminada la exploración de los órganos, se procedió a coser la abertura. Y lo que creí que era una jícara, en realidad era la mitad del cráneo, la calota. No me había dado cuenta de la trepanación porque la cabeza colgaba y la cabellera me impedía ver la oquedad. El cerebro parecía atole de masa: espeso y blanco. Colocaron la calota en su lugar y lo cubrieron con el cuero cabelludo. Lo cosieron, a la altura de donde se pondría una diadema. Poco a poco, el grupo

que estaba en la puerta se fue dispersando y se concentró en el extremo del pasillo derecho para terminar de redactar su informe.

*La oreja es un acantilado donde resuena el mar
de tus adentros.*

Seguía preguntando y viendo el rostro: la máscara de horror más perfecta hasta entonces vista por mí. Vastos labios negros. Nariz extendida, verde. Orejas de anchurosa oscuridad. El ojo derecho inflamado, cerrado. El izquierdo, de fuera: enorme globo amarillo, que todavía conserva su niña opaca; como si antes de reventar quisiera mirar de cerca al otro ojo. Ese fanal que parece contener todo el espanto de la muerte. Las mejillas, dramatizadas. Su cabello corto, ondulado, húmedo, que debió usar hasta los hombros, era el único detalle piadoso de ese rostro.

Todos se retiraron, a excepción de las odontólogas Blanca Briseño y María Antonieta Castillo, Tony. Colocaron un abrebocas para necropsia y procedieron a revisar la dentadura. Tony hacía anotaciones en una gráfica dental —identodontograma—, en la cual fueron marcando las características de cada pieza. Lo sobresaliente era

que uno de los dientes frontales estaba encimado, que tenía «apiñamiento». Por el poco desgaste de los dientes, la especialista Briseño consideró que la edad más adecuada de la occisa era de 16 años. También me señaló:

—Este cadáver, por las características tana-
tológicas o de signos cadavéricos, podríamos
determinar que tiene de cinco a siete días de
haber fallecido. Debido a que estuvo comple-
tamente sumergido en agua, tiene maceración
de palmas, plantas y piel en diferentes regiones
del cuerpo; esto se presenta, al aire libre, entre
tres y cuatro días. Encontramos que el encéfalo
estaba hemorrágico, a pesar de su estado de
licuefacción, debido al fuerte golpe que recibió
en el cráneo. Dados estos datos, se trata de un
traumatismo craneoencefálico.

Mientras se realizaba la necropsia, la doctora Briseño, en varias ocasiones, estuvo leyendo en voz alta algunos detalles que contenía la averiguación previa. Sobre todo las prendas que vestía. Y es tan observadora que fue la única que apreció que la jovencita traía dos bolitas amarillas que amarraban una colita de caballo, en medio de la cabeza. Uno de sus comentarios me llamó la atención:

—Esta chicuela era delgadita.

Le pregunté cómo podía darse cuenta.

—Es delgada. Mire: los pechos, son muy pequeños.

No. Yo no podía apreciar lo *delgadita* que había sido esa adolescente. Lo sabría a ciencia cierta el lunes 17 de junio, cuando vería en el anfiteatro de la Delegación Benito Juárez a cuatro putrefactos: un hombre, una mujer y dos menores. Parecía ser una familia muerta por inhalación de gas, en un departamento de la Nápoles.

Salí a la luminosa tarde de agonizante primavera. Mientras manejaba por las calles de la colonia Roma, me parecía ver que debajo de todos los rostros se hallaba la pavorosa máscara. Aún en las bellas y graciosas facciones de mi hija. Mi niña de 17 años.

Sábado 15 de junio

Por horas escuché la grabación del doctor Pedro Estrada. Me pareció que su voz era la de un hombre que contaba sus múltiples riquezas frente al pobre. Es cierto que su magnífica explicación despejó mis dudas, pero me negaba el privilegio de la vista.

¿Acaso debía resignarme a dejar la crónica inmaculada y cumplir a cabalidad el aforismo de Francisco Hernández?

El poema es la huella que deja el homicida en el lugar de los hechos (la hoja en blanco es un crimen perfecto).

—Cuando se tiene conocimiento de una muerte violenta se acude al Ministerio Público para iniciar la investigación. El MP hace uso de uno de sus dos brazos: Policía Judicial y Servicios Periciales. Acude a Servicios Periciales para que a través de un cuerpo de peritos se llegue a determinar si ha ocurrido un homicidio, un suicidio o un accidente. Ésa es la esencia de la investigación de las muertes violentas: el diagnóstico diferencial. ¿Cuál de esas tres posibilidades provocó la muerte? El criminalista lo determina.

»En Servicios Periciales existen 32 especialidades en todo tipo de delitos. En muertes violentas las especialidades que participan son: Criminalística de Campo, Fotografía Forense, Química Forense, Balística, Retrato Hablado, Dactiloscopia, por marcar las básicas. Dependiendo de

las circunstancias entrarían otras especialidades. Grafoscopía, por ejemplo, en un suicidio donde hay un recado póstumo. Genética, cuando hay que hacer una identificación a través de los fluidos biológicos que puedan haber quedado en el cuerpo o en los muebles. Patología, cuando en la víctima se encuentran unos filamentos pilosos, que resultan ser pelo humano, para determinar sus características y origen. Comprobar si son de hombre o de mujer y, principalmente, si pertenecen a la víctima, o no. Cuando pertenecen a la víctima, se acaba el trabajo de Patología. En caso contrario, sabemos que puede ser del victimario y se quedan para un estudio posterior.

»Todo este engranaje se inicia con una denuncia o aviso al Ministerio Público, el cual pide la participación, inicialmente, de dos peritos: el criminalista de campo y el fotógrafo, quienes acuden al lugar de los hechos, donde harán su trabajo metodológico con base en la investigación, y deberán cubrir diferentes etapas. La primera de ellas es la protección del lugar.

»La segunda es la observación, la cual debe ser completa, metódica, detallada y, principalmente, reflexiva: es el inicio para correlacionar la causa, el origen y la forma de producción de cada uno de los indicios o evidencias encontradas en el lugar. Si se encuentra una mancha de sangre, debe

analizarse su forma, producción y origen: salpicadura, goteo... Todo aquello que se está observando, se va anotando para realizar el dictamen.

»En esta etapa entra el fotógrafo, que también va fijando mediante una serie de placas lo que encuentra en el lugar de los hechos o el escenario donde se ha encontrado un cadáver. Hace tomas generales, particulares, lineales, perpendiculares o grandes acercamientos. Después de eso viene el levantamiento de los indicios. Aquí se inicia la cadena de custodia, proceso en el cual un elemento que está relacionado con el hecho delictivo tiene que estar siempre en esa cadena; una serie de eslabones que empieza en el lugar de los hechos y termina cuando es presentada ante el juez.

»Todas estas muertes violentas se van clasificando, y conforme va avanzando la investigación, algunas van quedando rezagadas. Si cuando se hace la necropsia se ve que fue un infarto, una neumonía..., ya no hay nada que investigar. Esto es, generalmente, un 70 u 80 por ciento de las muertes violentas en la Ciudad de México. Existe otro número de homicidios, en los cuales no hay intención. Hay culpabilidad pero no es dolosa.

»En cuanto al suicidio, en el momento mismo en que se llegue a estipular de forma total y contundente, deja de tener interés la investigación.

»Afortunadamente, no hay homicidas seriales en el Distrito Federal. En cambio, tenemos situaciones que se van repitiendo, sobre todo en Iztapalapa. Por ejemplo, un homicidio en el cual se utiliza un arma. Se analiza un casquillo que deja una peculiaridad en la percusión. El policía judicial investiga y se establece: “Esta arma ha matado a cuatro personas y las cuatro han sido en robos a bancos. Las cuatro veces han sido por el rumbo de Iztapalapa, por tal colonia”. Se va cercando el lugar y la policía judicial ya tiene más elementos para poder frenar estos delitos.

»La persona que mató y robó, dejó sus huellas digitales, las cuales son levantadas y traídas aquí; se identifican: “Ese gráfico dactilar pertenece a fulanito de tal, que vive en tal lugar y estamos entregando la fotografía porque ya lo tenemos registrado”. Se le detiene y es tan sólida la prueba pericial, que determina la culpabilidad del sujeto. La prueba confesional ya no es primordial. Lo importante es la contundencia de la prueba científica».

En la mano de los muertos recientes, larga, muy larga, se ve la línea de la vida.

Lunes 17 de junio, mañana

Fui al Semefo para indagar si el cuerpo de la joven ya había sido reconocido y si los análisis de sangre habían aportado nuevas evidencias. Me dirigí al primer piso, a Laboratorio, en busca de José Paz Osornio, quien personalmente me abrió. De inmediato me condujo a la planta baja, al departamento de Relaciones Públicas, donde está una gigantesca libreta foliada en la cual anotan los datos de cada caso: número/ averiguación previa/ edad/ hora de ingreso/ funeraria/ expediente/ adulto/ menor/ feto/ miembro/ osamenta/ otro/ certificado/ fecha de ingreso/ hora de egreso. Es una libreta que se mandó imprimir ex profeso, con los datos distribuidos a lo largo de las dos páginas. Abierta, mide casi 70 centímetros.

El odontólogo sacó el expediente y me dijo que la joven seguía en calidad de desconocida y que no había novedades, pero que podía leerlo. También me informó que en ese momento estaba por iniciarse una autopsia, que si deseaba verla. Le contesté que sí. Me dijo que me prestaría una bata; le respondí que yo llevaba una. El personal médico

de la institución usa una bata con un escudo bordado de la Coatlicue, cosido en el brazo derecho. Al frente, arriba del bolsillo superior izquierdo, en grandes letras bordadas en rojo: TSJDF (Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal. Sobre la bolsa: *Servicio Médico Forense*. Me puse mi anónima bata y el odontólogo me condujo a un pequeño auditorio semicircular, con escalones: el foro, de donde se deriva la palabra *forense*.

Ya estaba ahí una docena de alumnos del Instituto Politécnico Nacional. En la plancha se hallaba el cuerpo de un joven en perfecto estado. Era el tercer cadáver que veía en el Semefo, en esas condiciones. El día 12, cuando terminé de ver el examen anatómico de la mujer hallada en el canal, Paz Osornio me señaló de lejos a una joven que ya le habían hecho la necropsia; se hallaba sola, en una gran sala. En la sala pequeña, anexa al anfiteatro, estaba un solo técnico que le estaba cociendo el cuero cabelludo a un niño de tres meses. Nació enfermo. Falleció en la noche y sus padres lo llevaron al hospital. Por lo tanto, era un caso médico legal. Se levantó una averiguación previa y fue enviado a Semefo para determinar la causa de muerte. Esos dos cuerpos me parecieron los muertos más saludables del mundo. Y ahora estaba frente a otro.

Ese joven había recibido un balazo que le atra-

vesó el pulmón. Había muerto a la 1:30 horas de ese día. Es probable que se dirigiera a su casa para ver el esperado encuentro de fútbol México contra Estados Unidos, en cuartos de final. La muerte lo salvó de la decepción que sufrió el pueblo mexicano ante la derrota de la Selección Nacional y que le significó la descalificación del mundial que se estaba escenificando en Corea y Japón.

La edad aproximada era de 25 años. Moreno claro, complexión regular, piernas atléticas, donde a todo lo largo se formaban interesantes remolinos de vello, aunque su pecho era lampiño. El pene y testículos lucían un tamaño normal. Las cejas eran negras, abundantes y perfectamente delineadas. Ojos grandes, amoratados e hinchados. Rasurado. Cabello bien cortado. Salvo los dientes, que eran beige —los esperaba blancos y completos—, podría decirse que este sujeto desconocido había sido un hombre atractivo.

Aunque pudiera resultar obvio, debo señalar que como el cuerpo tenía 11 horas sin vida, no despedía ningún olor. Las plantas de sus pies eran de color amarillo intenso, como si hubieran estado sumergidas en anilina.

Tu desnudez es lo contrario de una flor cerrada.

Los asistentes empiezan a tomarle medidas al cuerpo con una cinta métrica; desde el orificio donde entró la bala hasta el dedo pulgar del pie mide 1.10 centímetros. Colocan la reglilla —una regla de papel, que sirve para medir el tamaño de las heridas y para escribir con marcador negro el número del expediente— debajo de la herida para que el fotógrafo forense fije esa área. Lo mueven de costado y puede apreciarse que del orificio de la espalda todavía sale mucha sangre. Repiten el procedimiento y ahora mide 117 centímetros, del orificio al pulgar del pie. Debajo del orificio vuelven a colocar la reglilla, pero es tal el escurrimiento de sangre, que los ayudantes tienen que limpiar varias veces antes que el fotógrafo pueda, cumplir su cometido. En el brazo derecho hallan una escoriación, que consideran una «lesión de defensa». Las manos del cadáver están completamente negras de tinta debido a la impresión de las huellas digitales. Uno de los asistentes señala que falleció 15 minutos después de recibir el impacto.

El médico Fernando Palacio Vasco, quien está a cargo de la necropsia, pregunta a los estudiantes por qué quieren ver una autopsia. El profesor que

los acompaña responde que porque llevan la clase de Anatomía. El médico les señala que si alguien se llega a sentir mal, que le pida a un compañero que lo acompañe allá afuera, porque «luego se desmayan y caen en cualquier parte». Los asistentes vuelven a lavar todo el cuerpo con una de las mangueras conectadas a una de las llaves de la tarja, integrada a la plancha de disección.

Roberto López Paz, técnico forense, toma un cuchillo y abre a la mitad el cuerpo, partiendo desde la base del mentón —prominencia mentoniana— hasta el inicio del pubis —sinfisis pubiana—, bordeando el ombligo. De inmediato queda al descubierto una delgada capa de grasa. Brota la sangre. Sigue abriendo y la capa de grasa se florea como una calabaza de encendida carnosidad naranja. Mientras el técnico corta con serrucho el esternón a manera de un triángulo —la base ligeramente curvada hacia arriba—, el doctor Palacio señala que nadie puede salir antes que el cadáver vuelva a cerrarse; que deben corroborar que el cuerpo se va con todos los órganos; que nada se queda ahí. Sus palabras me recordaron un comentario del director: «Nos han acusado de traficar con órganos. No. Esos órganos no sirven para transplante. Al menos que a alguien se le ocurra decir: “Están haciendo embutidos”».

Cuando se levanta el esternón, los órganos que-

dan al descubierto, en toda su esplendorosa humanidad. Casi de inmediato, uno de los asistentes introduce dos tubos de ensayo para tomar una muestra de sangre. El forense remueve las vísceras y hace un espacio en busca de las costillas posteriores. Está depositada una enorme cantidad de sangre; empieza a sacarla el asistente con un envase de Coca Cola —de plástico recortado a la mitad—, extrae varios vasos, que tira en uno de los orificios de la parrilla que está sobre la plancha de aluminio. El doctor pregunta cuántos litros de sangre tiene el cuerpo humano. Los estudiantes, que no esperaban ser cuestionados, se quedan callados por un momento; después se atreven a formular varias cantidades. El doctor les precisa que entre 4.5 y cinco litros. Y señala que en el hemitorax izquierdo se rompieron varias arterias y esa es la razón de la hemorragia. A lo largo de todo el proceso, el doctor les hace varias preguntas y los jóvenes no se muestran muy aplicados; podría decirse que reprobaron, ante el bochorno de su profesor.

Uno de los asistentes corta el cuero cabelludo, a la mitad de la cabeza, y va rebanando la adherencia al cráneo con el cuchillo, sin rasgarla. El extremo superior lo baja hasta la frente y la otra mitad la jala hacia atrás. Me asombra la facilidad con que se desprende la piel del cráneo. Ahora

entiendo cómo era posible que los aztecas desollaran a los prisioneros y vistieran la piel desde la cabeza hasta los pies, semejante a un mameluco de bebé, amarrado por la espalda. Sólo las manos y los pies de la víctima quedaban colgando. Antes de ver esta operación me imaginaba que ese acto era imposible porque suponía que la piel se despegaría o quedaría incompleta. Volví a confirmar que la cara y el cuero cabelludo son flexibles como una máscara de látex.

El cráneo guarda un ligero rastro de sangre, que es limpiado con un trapo húmedo. Con un serrucho un joven empieza a cortarlo a la mitad. Es tan fuerte el cráneo, que el joven que está serruchando le pide ayuda a su compañero para terminar de abrirlo. Desprenden la capa y queda al descubierto el cerebro. Posee un color blanco aperlado, cruzado por ramificaciones de venas grises. Quedan la duramadre, una tela opaca y gruesa que lo protege.

Roberto extrae el corazón, el riñón, los pulmones y los va depositando sobre la plancha, a los pies del desconocido. El doctor pregunta quién de los estudiantes trae guantes; sólo uno de ellos, y a él le permite levantar el corazón. Palacio Vasco les da una breve clase sobre ese órgano. Le indica que puede meter los dedos a las venas cavas. Después, los órganos son abiertos a la mitad;

más que por consideración a los estudiantes, se abren por rutina. Al cerebro se le corta un pedazo triangular. Toda la estructura del cerebro posee un dibujo geométrico —circunvoluciones cerebelosas— que se repite exactamente igual en todas sus partes. Cuando lo fragmentan, pienso: «En dónde, en qué lugar exacto, están la memoria, los recuerdos».

Al final, el doctor les indica: «Es tradición dejar una propina para el técnico forense y sus asistentes». Mientras cosen el cuerpo, observo el tatuaje que el cadáver tiene sobre el pecho derecho, sin tocar la tetilla. No es una figura claramente definida; uno de los asistentes me comenta que le parece un rostro; me señala los ojos, la cejas y la boca. Son dibujos a manera de la hoja de una planta, de múltiples bordes. O como el trazo que haría un artesano chino cuando recorta la silueta de un dragón. A mí me parece el dibujo rupestre de una mujer africana, bailando: cabeza afro y una faldilla de ramas.

El cuerpo permanece cubierto con sangre, como recién nacido. Lo limpian con agua tibia. Durante un rato, el asistente —con el chorro de la manguera— lava detenidamente la boca, de donde salen varios coágulos de sangre.

Roberto, con la amplia sonrisa que le caracte-

riza, le dice al profesor de Anatomía: —¿Ya ve? Valió la pena esperar. No había personal. Pero los muchachos, aunque decepcionados y maldormidos, terminaron presentándose —se refiere a sus tres asistentes.

Como esperaba oír el tintineo de las monedas, no me di cuenta cuando el profesor depositó un billete en un bote.

Una página en blanco mira igual que la muerte.

Salí del anfiteatro y me dirigí al primer piso en busca de Paz Osornio, quien de inmediato me entregó el expediente y me sentó en un escritorio del laboratorio. En toda el área se respiraba una atmósfera corrompida; calculé que estábamos justo arriba de la sala donde había sido la necropsia del putrefacto. Al poco rato me familiaricé y olvidé el olor. No quise parecer imprudente y no le pedí al odontólogo que me permitiera fotocopiar el legajo. Quise leer ante mi grabadora, pero me fallaron las pilas. No me quedó de otra que escribir a mano. Trabajo cansado: cada vez desfiguro más mi letra; a cambio de ser muy rápida es un garrapateo ininteligible. Conforme fui copiando,

algunas de las preguntas que me había venido haciendo sobre las circunstancias en las que había sido hallado el cadáver de la joven, se fueron despejando.

A continuación cito fragmentos de las declaraciones —con ligeras correcciones de estilo para mejorar su lectura— del doctor Leobardo Mendoza Romero, médico cirujano legista adscrito al Servicio Médico Forense de la agencia investigadora del M. P. 27, Xochimilco, donde fue llevado el cadáver. Las observaciones que hizo el criminalista en el lugar de los hechos y levantamiento; así como la declaración de Joel Cortina Domínguez, el policía que recibió el llamado.

A las 17:30 del 10 de junio de 2002, el médico cirujano legista Leobardo Mendoza dijo: «El personal del M. P. me avisó que en el anfiteatro se encontraba un cuerpo. Encontré sobre una plancha de granito un cadáver desnudo, del sexo femenino, como de 14 a 18 años de edad, desconocido. El mencionado cadáver estaba en decúbito dorsal (boca arriba), con la cabeza orientada hacia el este y los pies en sentido contrario. Se calcularon signos de muerte reciente. También se apreció salida de líquido sanguinolento por la boca. Como señas particulares tiene una cicatriz de cinco por tres centímetros, situada en cara anterior de rodilla derecha. Otra de 1.5 en su diámetro, en cara

interna de rodilla izquierda. Otra cicatriz en forma de V, en la parte media de la región frontal. No se encuentran más huellas de lesiones externas ni señas particulares. Se procedió a tomarle la siguiente antropometría clínica:

Nombre: Desconocida.

Edad: 14-18 años.

Sexo: Femenino.

Estatura: 1.50-159

Perímetro encefálico: 54

Perímetro torácico: 86-108

Perímetro abdominal: 82-104 Pelo: negro y lacio.

Frente: mediana y vertical. Cejas: pobladas.

Ojos: cafés.

Nariz: pequeña y recta.

Boca: regular.

Labios: regulares.

Mentón: cuadrangular y plano. Color de piel: moreno.

Oreja derecha: 6×3 en sus longitudes. Borde superior del hélix convexo hacia arriba.

PD. Se aprecia también cianosis en cara y pabellones auriculares.

El suscrito, careciendo de datos para determinar la causa de la muerte, lo deja a disposición de las autoridades superiores para los fines médicos

legistas a que haya lugar».

Joel Cortina Domínguez, policía preventivo 053 285, adscrito al sector 66, Tepepan, a bordo de la patrulla 6521 declaró que «a las 12:15 recibe una llamada de central de radio donde le informan que al parecer se encuentra un cadáver de una persona y se traslada a Quinto Callejón de Nuevo León (Canal del Recodo s/n, colonia Caltongo, Xochimilco». Y señaló que al llegar vio que se encontraba un cuerpo flotando que «sólo contaba con pantaleta color rojo y camisa color blanco», por lo que de inmediato solicitó otra patrulla para que se le diera conocimiento al M. P. y se le informara al equipo Vulcano.

Su pareja, el policía Roberto Galicia Lozada, no puede quedarse a firmar su declaración porque lo solicitan en la colonia San Marcos, Xochimilco, donde acaban de asaltar una casa de préstamo y empeño.

El acta de levantamiento de cadáver señala que el lugar de los hechos es un canal con dirección de oriente a poniente; en cada costado hay casas en la orilla, construidas, principalmente, con ladrillo de color gris y lámina metálica. El canal es conocido como el Recodo y tiene una anchura de 10 metros, aproximadamente. Del lado sur poniente y sin corriente, junto a la orilla, se encontró

un cadáver de aproximadamente 20-25 años. El cuerpo tenía una bufanda de color café o beige en su cuello, amarrada. El hallazgo se hizo frente a una casa de ladrillo, en construcción, con una malla ciclónica, la cual es utilizada como muro. Dicho inmueble, así como los demás, carece de número oficial. Hay un chiquero de aproximadamente de tres por tres metros de largo, en el cual se encuentran varios puercos. En el lado oriente, junto a la mencionada casa, hay un terreno de invernadero de plantas de varias especies; la separación entre el invernadero y la casa con el canal es de aproximadamente un metro. Se aprecia maleza y pasto, así como suciedad de animales. Junto al invernadero y el canal se puede observar una falda azul marino, con vivos de color blanco; se ordena su levantamiento a perito para su estudio y evidencia. No encontrándose más huellas, se da por concluida la presente diligencia.

Uno de los oficios le da al cuerpo el nombre de Maribel «N» «N» y no señala de dónde obtienen ese dato o quién lo proporciona. Otro documento incluye una relación de objetos que aportan nuevos detalles: la blusa blanca era de la marca Getserman. Y que traía un brasier color amarillo. Y que la bufanda sirvió como agente constrictor. Que alrededor y debajo de la cintura tenía un lazo de ixtle de tres hilos. Que la falda era de

terciopelo azul marino, con flores de color blanco. En el patio del inmueble, cercano a donde se encontró el cuerpo, se hallaba una chamarra de mezclilla de color negro, de la marca King Diamante, manchada de lodo seco. Un pantalón blanco, con lodo. Y una playera de manga corta, blanca, que en la parte trasera traía una leyenda: *Fila soccer*. Y por último, una botella vacía de ron *Bacardí* 750 ml.

Si bien se habían despejado muchas interrogantes, también me quedé un poco desencantada. Los peritos no parecían ser tan profesionales como me había platicado el doctor Estrada, porque no se señalaban las tallas de las prendas; no precisaron si la chamarra, la camiseta y el pantalón pertenecían a los agresores. Ni si la botella de ron era vieja o con rastros de haber sido consumida recientemente. No indicaban si se presume que hubo arrastramiento del cuerpo o si fue traído de otra parte. Tampoco revelaron dónde hallaron la falda.

Más adelante, comprobaría que al Semefo sólo llega una síntesis muy extractada del caso, apenas lo suficiente para que el médico forense tenga los datos mínimos indispensables para dar su dictamen. La integración completa de la averiguación previa la conserva Servicios Periciales de la delegación correspondiente. Lo que sí pude com-

probar es que se había cumplido puntualmente el procedimiento que ya me había explicado Estrada:

—El indicio mayor es el cadáver, y se remite al lugar apropiado, al anfiteatro de la agencia de la delegación que está dando inicio a esa averiguación. El perito en criminalística realiza su trabajo de reconocimiento del cadáver, en donde tiene que realizar la descripción y examen de las ropas: una camisa blanca, manga larga, talla equis; esa camisa está rota, desgarrada, fuera de su lugar, manchada, maculada de equis cosa.

»El cadáver es examinado principalmente para ver las lesiones. Siguiendo un orden —de arriba hacia abajo y de adelante hacia atrás— y se van describiendo en cuanto a su forma, tamaño, espesor, localización y características. Se ve la media filiación, la complexión. Los datos de identificación —presencia o no de señas particulares— que nos permitan realizar su filiación. Documentos que porte en sus ropas y que nos lleven a una identificación más rápida. Se toma una ficha dactililar (de los 10 dedos), la cual es confrontada con el archivo dactiloscópico para, primero, buscarlo para ver si tiene un antecedente registrado. Y si lo tuviéramos, darlo de baja, para no tenerlo como una persona viva. Finalmente, las conclu-

siones del perito.

»En todo caso de muerte violenta intervienen dos médicos: el médico legista, que clasifica únicamente las lesiones que están en el cuerpo. En el otro extremo está el médico forense, que únicamente da la causa de la muerte. En medio está el perito en criminalística, que determina toda una mecánica de hechos, cuyo fin es establecer qué sucedió antes, durante y después de la muerte violenta. Para poder resolver esas interrogantes se debe establecer mecánica de lesiones, diagnóstico, posición víctima-victimario, agente vulnerante y el número de participantes. Y concluye si todo ese tipo de lesiones fue realizado por una persona, si se conocía desde antes o si en ese momento se conocieron. Si el móvil realmente era matarlo. O si llegaron a robar y aprovecharon las circunstancias para matar y violar.

»El perito en criminalística acude al lugar de los hechos y ahí hace su levantamiento. Lleva el cadáver al anfiteatro y después de eso avisa al M. P. que el cadáver, desde el punto de vista de los peritos, ya está a disposición de él, para que se lo entreguen a los familiares o para que sea trasladado al Semefo, ya sea en una carroza fúnebre contratada por los familiares o en una de la institución, ahí se realiza la segunda etapa de la investigación: la necropsia».

El lunes 24 de junio sabría que la joven «Maribel» ya había sido identificada e inhumada. Y que presuntamente la habían asesinado su cuñado —el hermano de su concubino— y otro joven.

Por sus innumerables crímenes el agua morirá ahogada.

El fuego acabará en la hoguera.

El aire expirará en la cámara de gases y la tierra será enterrada viva sin nadie que le arroje un último puñado de sí misma.

Lunes 17 de junio, noche

En la tarde del lunes 17 me dirigí a la oficina del doctor Pedro Estrada para cotejar algunos datos de la entrevista que le había hecho. Salió de su despacho y me saludó; mientras estrechaba mi mano, me comentó:

—Qué lástima que no vino más temprano. Hoy hubo un caso muy interesante. Cuatro muertos. Una familia, por inhalación de monóxido de carbono, gas. ¿Me permite? En un momento platicamos —y se dirigió a su despacho en compañía de dos personas.

Recordé que el pasado miércoles había leído en La Prensa el caso de una joven pareja de adolescentes que había fallecido, en las mismas circunstancias, en la colonia San Pedro de los Pinos, Delegación Benito Juárez. Continué releyendo las cuartillas. Minutos después el doctor me recibió:

—Ya le digo. Una tragedia. Una familia muere en su departamento. Al parecer fallecen desde mediados de la semana pasada y apenas hoy, al mediodía, los vecinos dan aviso.

Con frecuencia entraban a su oficina varios peritos y todos le comentaban algún asunto que sólo ellos entendían. Uno hablaba de balas. Otro más mostraba fotografías del exterior de una casa. Una doctora estaba buscándole un expediente. El doctor Estrada estaba inquieto: se levantaba, revisaba papeles, cerraba carpetas... Le hablaba y parecía no escucharme:

—A mí me parece una magnífica entrevista. Quiero que la revise; deseo regalársela para que usted no vuelva a perder su tiempo explicando cuáles son las funciones de Servicios Periciales.

—Así lo haré. Muchas gracias. Bueno, pues ya conocerá el caso en expediente. O en fotografía —me miró y pareció arrepentirse. Su

actitud me estaba confundiendo. Llamó por teléfono:

—¿Nadie ha comido? ¿Va por las tortas? No, mire, necesito que me lleve al anfiteatro. Sí, a la Benito Juárez. Ahora mismo.

—¡Vámonos! —me dijo—. Los cadáveres ahí están. Hay que apurarnos o se los llevan a Semefo.

Eran las ocho de la noche cuando abordamos un auto particular, rojo. Una secretaria salió a toda carrera y golpeó con energía la cajuela del coche. El chofer detuvo la marcha y le entregó un expediente al doctor. Más adelante, Estrada me comentó:

—Es lo que llamo muertes sin sentido. Una familia completa desapareció. Llegan y deciden bañarse. Es posible imaginar que tienen calor porque el señor y el niño mayor están en bermudas. La madre sale de bañarse y queda de bruces, sobre la cama. Y el padre, en la mesa del comedor. El departamento es de una sola recámara. Los niños están viendo la televisión, en el canal de las caricaturas, sobre una colchoneta.

El doctor parecía hablar para sí mismo, como

si estuviera en el lugar de los hechos, reconstruyendo las acciones realizadas antes de la muerte. Luego, para aligerar el momento, cuando íbamos por Eje 8, a la altura de Popocatépetl, bromeó con su chofer:

—¿Así que tú eres de los desvelados y tristes? ¿A usted le gusta el futbol? —me preguntó y se volvió hacia el asiento trasero, donde iba—. No me diga, ¿usted vio el partido? ¡Qué barbaridad, por lo que veo, México no durmió anoche!

El tránsito estaba despejado y en breve llegamos al estacionamiento de Servicios Periciales de la Delegación Benito Juárez. Al bajar del coche, de inmediato varios judiciales y patrulleros saludaron al doctor. Con pasos largos y decididos me condujo a la oficina de Servicios Periciales, ubicada en la planta baja, a mano derecha, junto a la escalinata que conduce a las oficinas del Ministerio Público.

El olor a putrefacción era agudo, denso, asfixiante. El criminalista Marcos Martínez Pineda y la fotógrafa forense Elda Castillo Rosales se sorprendieron gratamente al ver de nueva cuenta al doctor —ya había estado en el lugar de los hechos—. Al momento de saludarlo, Elda le extendió unos papeles:

—Pues entonces a usted le entregamos el expediente.

—Pues yo les traigo el otro.

Era tan pútrido el olor que resultaba ensordecedor; casi no podía registrar lo que veía ni lo que escuchaba. Mi sangre fría actuaba a las mil maravillas; tanto, que me cancelaba el entendimiento.

En el aire la escritura resulta irrespirable. Mas siempre lo supiste. Toda escritura está en el aire, cuerda que a tu cuello se ciñe.

El doctor me presentó con los peritos como escritora y que estaba realizando una investigación sobre el trabajo de Servicios Periciales. No les permitió ningún comentario y me llevó a ver los cuerpos. Salimos. A un lado, a unos pasos, estaba el anfiteatro. Un cuarto grande, de altos techos y con las puertas verdes, abiertas de par en par. Y otra vez, súbitamente, me hallaba ante el insólito espectáculo del cadáver putrefacto. Cuadriplicado.

Los adultos están sobre sendas planchas de granito. Ambos son de complexión robusta y altos;

casi las mismas proporciones. Los dos niños están en el suelo, sobre dos camillas; el más pequeño, a los pies del grande. Los adultos y el niño mayor son tan parecidos a los judas gigantes de cartón que, en su intento de parecerse a un cuerpo humano, son grotescos. Estos muñecos tiesos están pintados con burdos brochazos de chapopote. Y tienen el verdor oscuro de la muerte, manchado de purulencias sanguinolentas. La lengua de fuera, amoratada y tan desmesurada, que la sola lengua parece haberlos ahogado. Los ojos están abultados como si les hubiesen cocido por dentro un limón. El hombre es un cíclope. Otra vez ese único ojo abierto, desorbitado, terco en leer el final de la historia. Pero carece de la acuosidad del ojo de «Maribel»; éste es más pequeño, menos expresivo. El doctor y yo estamos en medio de las dos planchas. Saco la grabadora —mi asidero—, y le formulo algunas preguntas.

—¿Por qué el cuerpo del niño pequeño no está descompuesto?

—En los niños, entre más pequeños, tarda más el proceso de descomposición. Por el tipo de alimento que consumen.

El crío conserva su pañal desechable, pero deja al descubierto el sexo. Tiene dos grandes moretones verdosos; uno, en su pecho y otro en el estó-

mago. Y zonas enrojecidas, como cuando la piel se ha quemado.

Hay un momento en que avanzo para ver a los niños. El mayor está negro, hinchado. Los dos ojos están abiertos, desorbitados: vidrio opaco. Calculo que tiene 10 años. Y el pequeño, seis meses. Me detengo a mirar los testículos del hombre: una bolsa sanguinolenta del tamaño de un melón mediano, lleno de agua rosácea. Los cuatro cuerpos tienen la misma piel que está descamándose, abriéndose, exponiéndose, como cuando se revienta una ampolla. Me da la impresión que la epidermis resuma, que está en plena ebullición. Membranas animadas por un calor interno. La mujer es monumental. Las mamas están completamente expandidas; le cubren el pecho gorileSCO. Está sobre una sábana y una toalla color azul marino, con restos de excremento, que también se halla en sus piernas y en sus brazos.

A la putrefacción hay que agregar el penetrante olor a gas. Y el sonido de grandes moscas zumbonas de la especie *sarcophagidae*. Es el vuelo de la danza y el festín. Son los únicos seres vivos que se sienten atraídos; nadie más se asoma, a pesar de que las puertas metálicas están abiertas. Salimos.

La fotografía le informa al doctor Estrada las novedades del caso:

—Los familiares ya están declarando. Sólo reconocen al niño más pequeño. Encontramos dos identificaciones del IFE; al parecer de la mujer, pero una es del estado de Yucatán y la otra de Nuevo León.

—Es la hora en que aparecen los capítulos escondidos —me explicó el doctor—. Todos los seres humanos tenemos secretos. Una vida oculta que de pronto queda al descubierto —el comentario de Estrada suena a confirmación de una constante.

—Los familiares dicen que no saben quién es la mujer. Él estaba separado de su esposa, pero los niños son de él.

Otro perito señaló, excitado:

—Y en efecto, se trata del mismo departamento. Ya revisamos el expediente que nos acaba de entregar. Ahí mismo, el 19 de julio del año pasado, una joven pareja murió en las mismas circunstancias: intoxicación por monóxido de carbono. No hay duda. En ese departamento, en menos de un año, ha habido seis muertes.

Y hasta entonces pude percibir la adrenalina que corría desbocada por la sangre de los peritos. A ello se debía la inquietud del doctor y sus cola-

boradores. Estábamos en el pasillo, a unos pasos del anfiteatro y parecía extraño que no hubiera mirones agolpándose. Por allá alcancé a ver, junto a la barda de piedra volcánica, a un grupo de afanadoras azules, escoba y cubeta en mano, muy juntas, como si hablaran en voz baja. Es probable que no puedan retirarse hasta que la sala quede vacía y la laven a conciencia. Pero dudo que sea fácil desaparecer esa fetidez.

Bajo los grandes troncos crecen agusanados los recuerdos.

Cuando regresamos a las oficinas del doctor Estrada le pregunté si quedaba sugestionada o si realmente mi ropa, mi piel y cabello quedaban impregnados de putrefacción.

—Es cierto. Es un olor que se deposita en los pulmones, que impregna la ropa. Que taladra la conciencia.

Llegué a mi coche y me quité la bata y una blusa. Saqué las prendas hasta la tarde siguiente. Durante varios días el auto olió a gas. En cuanto a mí, de vez en cuando, me vuelve el tufillo. Como si la muerte tuviera manos y llegara por detrás, a

cubrirme los ojos. Juego inútil: su esencia la delata. Pero terca, viene para recordarme que vive conmigo, en mi gente querida, y en el peatón imprudente que se cruza cuando manejo. Sé que me entrega su atributo porque la he llamado, buscado. Y volví a encontrarla aquella noche en esos cuerpos en avanzado estado de descomposición; tanto, que los peritos capacitados para analizar cadáveres, en su informe señalaron que no podían apreciar medidas ni facciones.

Pero ese olor sólo taladra la conciencia de los cuerdos. Al parecer los locos pueden convivir con esa pestilencia. Es el caso de Natalia Belmont Ontiveros, quien convivió con su hijo muerto a lo largo de 20 días. Este suceso se difundió el lunes 10 de junio, en el canal 9, en el programa «Policías» —una pareja de policías viaja en una patrulla y la cámara los va siguiendo mientras realiza su labor—. Cuando vio ese programa, la recepcionista Gloria Estrada Ortiz comprendió por qué doña Natalia había dejado de ir a la Unidad de Medicina Familiar, Número Uno, para recoger las medicinas de Jorge López Belmont, el joven-niño, como su madre lo llamaba. Diez años atrás los había conocido. El muchacho sufría de ataques epilépticos y era sordomudo. Ella era equizofrénica; su esposo, bisexual y promiscuo. El matrimonio era farmacodependiente y ambos termi-

naron enloquecidos por las drogas. El esposo ya había fallecido cuando Gloria los empezó a tratar. Natalia solía calzar botines de hombre, probablemente habían pertenecido a su marido. Delgada, bajita y canosa. Usaba faldas largas. Madre e hijo lucían desaliñados y olían a orines. Jorge parecía profesarle una sospechosa adoración a la madre. Cuando Natalia se levantaba, él se postraba para besar el asiento. Y cuando se sentaba a su lado, él la abrazaba con excesivo amor; deseo, podría decirse. Ella trataba de mantenerlo a raya, pero él no podía evitar estarla tocando.

La mujer con frecuencia hablaba de que tenía otro hijo que se llamaba Martín, pero que se le había perdido en el terremoto. En varias ocasiones, le informó a Gloria, muy emocionada:

—¿Qué cree? Que ya encontré a Martín.

Semanas después, decepcionada, le comentaba:

—¿Qué cree? Que no era Martín. Ya van dos Martines que me engañan.

La mujer tenía la certeza de que su casa era continuamente asaltada por los *activeros*, drogas y toda ralea de malvientes.

En espera del rayo que los quite del mundo dos niños de granizo se drogan sobre las rodillas de un eucalipto.

Gloria no sabe a ciencia cierta si se drogaba en compañía de esos jóvenes, pero estaba obsesionada por ese universo.

—Y es que yo creí que uno de ellos era Martín. Pero no. Son los malos. Por eso, a veces, no puedo ni entrar a mi casa. Me tengo que esperar a que llegue el verdadero Martín para que me defienda de los *activeros*.

Y casi sin una pausa, se interrumpía para preguntarle a la recepcionista:

—¿Le bailo?

—¡Pues báileme!

Y Natalia doblaba su brazo derecho, a modo de escuadra, a la mitad del cuerpo, y empezaba a bailar el taconazo, tal como lo haría el Piporro.

—¿Le canto?

—Pues cánteme.

—Y es que todos sabemos querer, pero pocos

sabemos amar. Es deseo fugaz...

Durante diez años zapateó como Piporro y entonó las melodías del Príncipe de la Canción. Bailaba como si matara ejércitos de cucarachas y cantaba como tambora de pueblo, pero su hijo le aplaudía con exaltación. La bonhomía de la mujer prematuramente envejecida terminaba cuando le negaban los medicamentos. Debía recogerlos una vez por mes, pero regresaba cada semana. Gloria sospechaba que ella los ingería. Ante la negativa aparecía una furiosa y mal hablada persona que amenazaba con sacar un cuchillo y encajárselo en el alma a quien se le pusiera enfrente. Sus panchos y sus iris eran idénticos a los malos que supuestamente tomaban por asalto su casa. Nadie llegó a ver el cuchillo: metía la diestra a la bolsa de la falda y simulaba el arma. Para evitar mayores problemas, el doctor terminaba dándole los medicamentos. A la semana siguiente, Gloria le preguntaba:

—¿Ya viene más tranquila, doña Natalia?

—¿Y por qué me pregunta eso? Si yo soy una persona muy calmada. Usted me conoce.

—Entonces, ¿por qué se portó así?

—Ah, no. Ella es la otra. Mi hermana gemela.

La otra es mala y venenosa como el escorpión. ¡Y grosera como una guacamaya! No la hagan enojar porque mata al mismo Diablo. ¡Uy, con ella, cuidado!

En agosto del 2001, la mujer dejó de ir acompañada de Jorge. Le comentó a Gloria:

—Está malito el joven-niño. Nomás quiere estar acostado. Ya ni quiere comer. Pero con sus pastillas se va poner rete contento.

La locura es infame mas no duele.

Gloria calculó que por ese tiempo el muchacho falleció porque el programa fue filmado en 2001. Le impactó que la mujer no razonara que su hijo había muerto y se viera sometida a un cuestionario que sólo exhibía su locura:

—¿Qué le pasó al muchacho? —le interrogó el patrullero.

—Nada. Nomás estaba como pajarito. Lo levantaba y le quería sacar ese gusano de la boca. Porque ése ha de haber sido el que le hizo algo.

—¿No tiene familiares?

—Tengo un hijo que se llama Martín, pero nunca ha visto por nosotros.

Qué algarabía de plumas y destellos acampa entre los muertos y el eco que producen los derrumbes.

Antes de dormir me quedé pensando: ¿Por qué el doctor supone que las muertes habían acaecido en la noche? ¿Por qué no en la tarde? O en la mañana. Y llegué a la conclusión de que el escenario de una casa va cambiando a lo largo de la jornada. A menos que suceda un evento que eternice la escenografía. Como aquella mañana del 19 de septiembre de 1985. Mi familia y yo vivíamos en Tlatelolco, en un edificio de 13 pisos; habitábamos en el piso 11, desde donde podían verse los majestuosos verdes y azules del Ajusco. Y hubo días en los que ni la Torre Latinoamericana se alcanzaba a distinguir de tanta grisura. El edificio Niños Héroe resultó seriamente dañado y desde ese día fuimos desalojados. Sin embargo, a lo largo de un mes, fuimos convocados por los peritos para revisar con detalle cada departamento. Nos recomendaban que mientras permaneciéramos adentro no cerráramos la puerta. De esta

manera, al ir subiendo las escaleras, en cada uno de los 80 departamentos, podía verse en la mesa del comedor envases de leche, tazas de café, pan, cereales... ¿Para qué limpiar una mesa cuando se ha perdido un techo?

¿Debo obedecer a los dueños del silencio?

Martes 18 de junio

El periódico *La Prensa* le dio el encabezado principal, en la contraportada, a la noticia de la muerte de la familia que había fallecido en la colonia Nápoles: **¡4 MUERTOS!** (en negras y en altas). Abajo en altas y bajas: «Misterioso deceso de una familia en la Nápoles; se intoxicaron con gas, pero indagan problemas conyugales». Abajo están las fotografías de los jugadores brasileños y sobre ellas dice: «Ronaldo y Rivaldo llevan a Brasil a cuartos de final». Y tres fotografías donde se ve al Conejo Pérez recibiendo un gol y dos fotos que muestran la tristeza de los aficionados que habían ido a celebrar al Ángel de la Independencia. Ante la derrota, y sin ánimo de vitorear al seleccionado nacional, tuvieron que pasar la noche bien quietecitos, mientras esperaban que el Metro abriera sus puertas. El encabezado de la primera plana

dice: *SÍ DOLIÓ, PERO ¡ÁNIMO!* (en altas y en rojo). Y tres fotografías; la inferior derecha muestra a Vicente Fox y a su esposa, acompañados por el secretario de Hacienda, Gil Díaz, el *Cuenta chiles*, según Magú. Los tres con cara de asombro y frustración.

Yo continuaba intrigada: ¿Cómo le hacían los periodistas de nota roja para llegar a cubrir tan rápido la nota? Sencillamente no veía a las autoridades llamándoles; es un trabajo complejo y tardado. El doctor Estada solamente me dijo que los periodistas contaban con sus propios medios. Para despejar la incógnita, me di a la tarea de localizar a Óscar Herrera, periodista de la nota roja de *El Universal*, quien había sido mi alumno de Ciencias de la Comunicación, en la UNAM. Su reflexión sobre los muertos que había visto tendidos sobre el asfalto me pareció poética. Se reportó a mi llamado y le comenté a grandes líneas este trabajo. Le dije que me gustaría ver el desempeño del reportero gráfico, policíaco, de su periódico. Me reveló un dato muy curioso:

—Maestra, por lo que me platica, usted necesita conocer al Grupo de los Once. ¿No ha oído hablar de él? Así se les llama porque once reporteros gráficos, subidos en una ambulancia de la Cruz Roja, llegan al lugar de los hechos. Déjeme hablar con Juan Carlos Buenrostro, nuestro re-

portero gráfico de la sección...

—¿Una ambulancia de verdad?

—Sí. Pertenece a la Cruz Roja, la maneja un paramédico. El vehículo también tiene pintando el número 11. De esta manera todas las autoridades saben que adentro de esa ambulancia viajan los fotógrafos.

—¿Y dónde se reúnen?

—En la Cruz Roja, entre 7 y 8 de la mañana. De ahí se desplazan a Basilio Badillo, frente a *La Prensa*, donde en dos radios troncalizados están escuchando los movimientos de las autoridades y cuerpos de rescate; cuando captan que hay un hecho llamativo, se desplazan. En cuanto consiga ver a Buenrostro, le hablo de usted para pedirle que le permita acompañarlos. Le aviso que son bien cábulas.

Esa noche le hablé por teléfono al doctor Pedro Estrada para decirle que había leído las notas del caso de la familia intoxicada en *El Universal* y en *La Prensa*. Y que en un noticiero de televisión, en la madrugada, habían comentado los sucesos del año pasado. Por lo tanto, era pública la dirección donde habitaban las víctimas y hasta el número del expediente.

—Con todo respeto, doctor, no veo la razón de la prudencia ni que usted me niegue la posibilidad de ver cómo trabajan los peritos. De todos modos, los periodistas publican datos y especulaciones que debieran mantenerse en secreto. Yo le pido que analice mi petición y me otorgue su permiso.

El doctor me comentó que ya había leído los dos libros de mi autoría que le había obsequiado y me hizo varios comentarios al respecto. Aseguró que le había gustado mi estilo y el «toque humano» que le daba a mi escritura. Me comentó que tenía el hábito de la lectura. Entre los libros que más le habían gustado estaba *El libro vacío*, la primera novela de Josefina Vicens. Le pregunté si conocía *Los años falsos*, me contestó que no. Por un rato estuvimos hablando de la autora y de los procesos de la creación.

Cuando colgué supe que me otorgaría el permiso. Pero no le hablé al día siguiente, como habíamos quedado, sino el miércoles 26, cuando me indicó que me presentara el lunes 1.º de julio, en Servicios Periciales de la Delegación Benito Juárez, para hacer guardia y a ver qué salía. Era lo mejor. Supuestamente desde que le hice la entrevista me había encargado con el ingeniero Elías Nazar, jefe de Periciales de la Cuauhtémoc. Pasaron los días y yo les hablaba a uno y a otro,

y les comentaba que me parecía magnífico que no hubiera muertes violentas en mi Delegación. Nada más se reían. «Qué malos. Habiendo tantas ejecuciones en Tepito, pegado a las oficinas de Periciales, y no llamarme», pensaba. Hubo noches que hasta me dormí vestida y con los tenis puestos, para no perder tiempo amarrándome las agujetas. Yo creo que querían cansarme. No podían darme un no enfático porque eso sería negarme la información. Y no debían hacerlo porque en el nuevo gobierno de la democracia, el derecho a la información es un derecho de los mexicanos y las mexicanas.

Sumar, multiplicar, restar. A la muerte le da exactamente lo mismo cualquier verbo.

Miércoles 19 de junio

Llegué a Semefo y le comenté al odontólogo Paz Osornio que el lunes había visto los cuatro cadáveres en compañía... Y que por favor me prestara los expedientes. Me los facilitó de inmediato. La lectura me develó parte del misterio del que se envuelve una persona que ha muerto en circunstancias desconocidas, violentas o ambas. También me dejó un alud de enigmas. En este

caso, la primera lectura me llenó de confusión porque si el padre se llamaba Emilio Giacaglia Verón, por qué sus hijos se apellidaban Sosa Bencuort. Esta duda quedó despejada al final, con las declaraciones de los familiares. Con la ayuda de mi *laptop* transcribí los datos más relevantes que aportaron la administradora del edificio, así como las actas de los peritos en la descripción del lugar de los hechos y levantamiento de cadáver:

Elizabeth Antonio Esteban, de 22 años, acude voluntariamente a declarar lo que sabe y recuerda. Trabaja en la calle Yosemite número 71, colonia Nápoles, como empleada administrativa en Eucasa Bienes Raíces para dar informes, comprar mobiliario y rentar los departamentos. Dice que a las 12 horas los inquilinos del 104 y del 304 le informaron que había un olor fétido en el edificio, que por favor revisara de dónde provenía. Y se dio a la tarea de inspeccionar piso por piso y se percató que en el primer nivel, en el departamento 102, salía el mal olor. Pensó que podía tratarse de residuos fecales. Tocó a la puerta sin obtener respuesta. Luego tocó muy fuerte. Se escuchaba un televisor encendido. Decidió llamarles por teléfono, pero nunca le contestaron. Luego fue al departamento 302, donde vive un amigo del señor Emilio, pero tampoco lo pudo localizar. Dijo que trató de avisarle a su jefe, Humberto Cabre-

ra, pero tampoco lo encontró. Y por consejo de los inquilinos decidió venir a la delegación.

Elizabeth señaló que la última vez que vio a Emilio Giacaglia Verón fue el viernes 14 de junio, como a las 19 horas, a media calle del edificio, rumbo a Dakota, cuando ella iba a la tienda. El señor Emilio le comentó que iba a recoger su auto, un Cirrus color verde botella; después ya no supo más de él.

La declarante proporcionó un duplicado de llaves al personal de esta agencia que se trasladó al domicilio mencionado y abrió el departamento e hizo el hallazgo de cuatro cadáveres en descomposición: aparentemente sus habitantes.

Una hiena tira la puerta, se detiene en el centro de la habitación y me sentencia: no te rías, este sueño es un círculo.

Inspección ministerial

La ventana de la cocina estaba abierta. Da al cubo del patio o garage. En el mismo muro hay un bóiler de color blanco encendido, de la marca Kruger. La estancia del comedor mide 32 metros, con muebles propios del lugar. En la mesa hay un

tupperware con comida en estado de descomposición. En el piso, frente a la puerta, se aprecia una argolla con tres llaves, así como un lago hemático de forma irregular, que se ubica donde está el cadáver de sexo masculino.

En la sala se aprecian un sofá color verde, donde hay objetos varios: ropa, mochila... Y frente al sillón, en el suelo, un colchón donde se hallan dos cuerpos sin vida del sexo masculino, quienes a simple vista se aprecian menores de edad. En la recámara hay una cama con buroes, un closet empotrado, un librero frente a la cama, de madera color blanco. En la cama hay un cadáver de sexo femenino. En esa misma recámara está el cuarto de baño. No hay más huellas o indicios que se relacionen con los presentes hechos.

El perito tiene a la vista, en el interior del anfiteatro, las siguientes prendas: un bóxer color naranja, con figuras tipo cuadrado; una camiseta azul, una trusa blanca, una playera blanca, una playera roja, una playera tipo pañalera blanca, unos calcetines azules y una toalla de color azul marino, que se le deja al cadáver por el estado de descomposición en el que se encuentra.

Los objetos fedatados son una cartera de piel, de color guinda, sin marca, cuyo interior contenía 7 billetes de 200 pesos, un billete de 100 pesos

y un billete de dos dólares, moneda americana, una moneda de 20 pesos, dos tarjetas del Palacio de Hierro, expedidas a favor de Emilio Giacaglia Verón, una tarjeta Blockbuster de socio distinguido, una cédula de copia simple con identificación fiscal a favor de Emilio. Una tarjeta del Banco Bital electrónica, una tarjeta del Banco Santander, una piedra de cuarzo, una argolla con tres llaves. Un teléfono celular Motorola. Una credencial del IFE, a nombre de Imelda Guadalupe Rocha Verlanga.

De acuerdo con los datos aportados por Sara Rivas de Sosa, madre del supuesto Emilio, se desprende que el nombre verdadero de su hijo es Said Sosa, quien le informó que se cambiaría el nombre para evadir el pago de impuestos con Hacienda. Que su hijo había estudiado hasta el segundo año de preparatoria. Se desempeñaba como agente de ventas. Indicó que tiene otro hijo de 17 años. Durante un tiempo Said y Rocío Bentacourt, su nuera, y sus nietos vivieron en Quintana Roo. La señora jamás conoció el departamento de la Nápoles porque su hijo la visitaba regularmente en su domicilio. Sector Popular, Iztapalapa. También ignoraba que su hijo viviera con otra mujer. Pero sabe y le consta que el matrimonio guardaba buenas relaciones, y no se habían divorciado. Sus nietos se llamaban Luis

Enrique Sosa Bentacourt, de cinco años, quien asistía al kínder, y Diego Verón Sosa Bentacourt, de un año de edad.

La tía de Said, Margarita Torres Rivas, señaló que supo de la tragedia porque dos conocidos suyos vieron que afuera del edificio donde vivía su sobrino Said había un gran despliegue de periodistas y policías, por lo que se acercaron a indagar. Al constatar que se trataba del departamento 102, le llamaron por teléfono a su oficina, y desde ahí le llamó a la madre de Said. Dice que su sobrino no tenía carácter depresivo; por el contrario, era buen padre, cuidadoso de su persona, de sus bienes y de sus hijos, a quienes adoraba. Era de buen carácter y desconoce que tuviera problemas con persona alguna. Desde hace dos semanas sabía que vivía con una mujer llamada Cyntia.

El dictamen médico forense determinó que los cuatro murieron a consecuencia de congestión visceral generalizada. Transcribo únicamente los datos de la necropsia al niño Luis Enrique Sosa Betancourt, quien medía 1.32. Con ligeras variantes los mismos datos se repiten en los otros tres expedientes:

«Rigidez muscular generalizada, en avanzado estado de putrefacción, con bulas enfisematosas, desprendimiento dermoepidérmico generaliza-

do, red venosa generalizada, efisema escrotal y peneano. No presenta lesiones exteriores.

»Abiertas las grandes bóvedas craneanas encontramos el encéfalo en licuefacción, de color rojo escarlata; bóveda y base sin trazo de fractura. En el cuello: esófago y tráquea con su mucosa congestionada y de color rojo escarlata, ambos libres de luz. En la torácica: los pulmones con equimosis subpleurales, congestionados, de color rojo escarlata y orificios valvulares normales. El corazón con equimosis subpericárdica, de color rojo escarlata y orificios valvulares normales. En la abdominal: hígado, bazo, páncreas y riñones congestionados de color rojo escarlata; el estómago con alimentos semidigeridos, la vejiga vacía».

Se envía muestra de sangre químico toxicología carboxihemoglobina, la cual fue «positiva y se halló una cantidad al 50%. Con ello se confirma, sin lugar a duda, que murieron a consecuencia de la inhalación de gas butano».

En la madrugada del 18 de junio, 2:20 horas, las dos mujeres, Sara y Margarita, recibieron los cuerpos de Said, Luis Enrique y Diego para darles «cristiana sepultura». Se quedó el cadáver de quien en vida llevara el nombre de Imelda Guadalupe Rocha Berlanga. Sería identificada este miércoles. Por ello, a las 14:26, Edilberto Mora-

les Ruiz, el pasante de antropología forense, que presta su servicio en el departamento de Identificación, me pidió el expediente porque ahí estaban sus familiares.

Posteriormente me enteré que el padre de Imelda, Francisco Manuel Rocha, y su tío, Gonzalo Santos Rocha —oriundos de Simón Almaguer, el Cercado Municipal de Santiago, Nuevo León—, aportaron para su identificación datos odontológicos, los cuales indicaban que Imelda recibió un tratamiento de ortodoncia superior e inferior.

Según las actas, Said medía 1.81 de estatura. Por eso me pareció tan grande. Y pesado. Como los cuerpos que temen manejar, por su peso y complexión, los técnicos forenses. Lo constataría el sábado 29 de junio, cuando los acompañaría a la fosa común a sepultar varios cuerpos que no fueron reclamados.

No ver a nadie más: ni con los ojos ni con los dedos.

Viernes 21 de junio

No encontré al odontólogo Paz Osornio; había

pedido permiso para faltar al trabajo. Entonces me dirigí al departamento de Identificación en busca del pasante panameño, moreno oscuro, bromista y de amplia sonrisa. Me había ofrecido mostrarme un retrato de Imelda. Pero tampoco estaba. Su jefe, el antropólogo Daniel Trejo López me interrogó y gentilmente se ofreció a presentarme con Lázaro Hernández Bernal, el jefe de Relaciones Pública y Archivo para que, en lo futuro, él me proporcionara los expedientes y no estuviera a expensas de nadie más. Estuve a punto de darle las gracias porque tenía clara conciencia de que yo estaba haciendo uso de información reservada y el director lo ignoraba. Hasta ese momento, seguía haciendo una averiguación periodística sin ninguna credencial que me acreditara como periodista o escritora. Tampoco podía señalar para qué fuente trabajaba. Por eso me había ido a dar de alta a la SOGEM, el 13 de junio, pero tardarían un mes en estudiar mi solicitud y resolver si me admitirían como miembro. Prefería identificarme como escritora, lo cual en todas partes, resultaba extraño: se tiene la idea de que éstos no andan husmeando; los periodistas, sí; demasiado. Y más los de nota roja. O los que andan queriendo saber de muertos. Es un gremio muy desacreditado en esos ámbitos. Entonces andaba a la buena de Dios, presumiendo de escritora *free lance*.

Mientras el antropólogo me atendía, una mujer de suéter rojo, visiblemente turbada, se paró en la puerta y dijo:

—Volvimos a Ecatepec y allá nos confirmaron que mi familiar ya está aquí. Por favor, atiéndanos. Ya vinimos, ya nos regresaron...

—Sí. Un momento, por favor. ¿En qué le puedo servir, oficial? —le preguntó a un gallardo agente de la Policía Federal de Caminos, vestido con pantalón beige y camisola verde olivo.

—Soy familiar. Vengo acompañándola —también se mostraba agitado y perturbado.

—Les ruego me esperen un momento. Sí, ya esta aquí su familiar. En lo que ustedes regresaban, ya se le practicó la autopsia.

El antropólogo me pidió que lo acompañara. Me hubiera gustado despedirme y permitir que atendiera a los recién llegados. Pero como ya sabía que tarde o temprano me vería en este aprieto, decidí tomar al toro por los cuernos y accedí subir al tercer piso, a espaldas de la dirección, donde está el departamento de Archivo. El jefe del mismo resultó ser un mastín verdaderamente feroz, que a duras penas pudo controlar su irritación cuando supo que había estado leyendo ar-

chivos sin contar con un memorándum firmado por el director. Le pedí el expediente de Imelda; ásperamente me solicitó el número. Le dije que no lo traía apuntado en papel sino en mi computadora, que si me permitía prenderla, se lo proporcionaría.

—¡Pues préndala! —me ordenó.

Me dirigí a una amplia y despejada mesa que estaba a sus espaldas. Le proporcioné el número del expediente; con una seña le pidió a una joven de pelo corto y teñido de pelirrojo que me lo entregara. Mientras lo copiaba, podía sentir el malestar que le causaba mi presencia. No estaba la foto de la que me había hablado el panameño. Cuando terminé de revisarlo, solicité el del joven que había sido baleado. La señorita me indicó que debía proporcionarle el número del expediente. Hacía varios minutos que el jefe de Archivo estaba ausente. Supuse que ya había ido a reportar la grave anomalía que acababa de detectar. Bajé a Identificación para que nuevamente me auxiliara el antropólogo forense.

La mujer del suéter rojo ya estaba sentada, frente a un escritorio. La acompañaba otro joven, que vestía de negro y una chamarra de piel del mismo color. Alto, fornido, guapo. Me senté en un sofá a tres pasos del antropólogo, que estaba leyendo,

sentado, las causas por las cuales había fallecido su familiar, una mujer. Su voz era cálida, suave, contrastante con la brutalidad de la información:

—Recibió varios golpes en la cara. El acta señala que dos policías dieron aviso a las autoridades...

—¿Ya agarraron a los que lo hicieron? —preguntó el joven, esperanzado.

—No. Se refiere a los policías que se presentaron al lugar...

—¿Ahí murió? —interrumpió el muchacho.

—No. En este caso se refiere al sitio donde se halló el cadáver. El acta señala que los testigos vieron que de un taxi fue arrojada a la vía pública. No traía identificación.

—Le robaron. Porque ella usaba bolso. ¿Qué más? —preguntó la mujer.

—La ahorcaron.

—¡No! —la mujer se cubrió la boca para ahogar un grito. El joven dejó de ver de frente al doctor e inconscientemente giró su cuerpo para quedar de perfil; necesitaba espacio para soportar el enorme peso que pareció caerle sobre las espaldas. Sacu-

dió la cabeza, como si dijera «no, no, no»; se me-saba los cabellos y lo único que pudo proferir fue una maldición:

—¡Pinche país!

El antropólogo se solidarizó con los deudos:

—Las autoridades nos pintan otro panorama, pero aquí vemos que estos tipos siguen actuando cada vez con más saña —hizo una ligera pausa y agregó—: Mientras tanto, pueden ya pedir los servicios de una funeraria.

—¿Cuál? ¿Dónde?

—La que ustedes deseen. Soliciten una carroza con un féretro para que trasladen a su familiar a la funeraria de su elección —el antropólogo proporcionó estos datos despacio, lentamente. Los dejó caer como arena fina para evitar que los lastimara la enunciación de la ingrata tarea que los aguardaba. Sabía que si alguien les aventara en ese momento un guijarro, podría brotar una catarata de lágrimas o un alud de furia e insultos. En pocos minutos habían recibido la certeza de la muerte, ya habían bajado a identificarla, ya se habían enterado de algunos datos de la causa de su fallecimiento, y casi sin tregua escuchaban una serie de palabras que confirmaban más y más la

terrible verdad:

—También pueden traer su ropa...

—¿Su ropa?

—Para que se la lleven vestida. Nuestros compañeros pueden vestirla. O ustedes pueden traer una sábana y se la entregan amortajada.

Estoy harto de todo, Robert Schumann, de esta urbe pesarosa de torrentes plomizos, de este bello país de pordioseros ladrones donde el amor es mierda de perros policías y la piedad un tiro en parietal de niño.

Hasta ese momento sólo me había atrevido a acercarme a los familiares de la muchacha que había visto de lejos el miércoles 12 de junio, el primer día que entré al anfiteatro. A la salida, me acerqué a uno de los grupos que se veían afligidos. Conversé brevemente con Verónica Sánchez Carmona, quien me contó las circunstancias en que su hermana había fallecido a causa de un accidente:

—En calle 4 y avenida Pantitlán, Delegación Iztacalco, un micro aventó a una combi; la

combi empezó a dar vueltas y aventó a mi hermana. El lunes, a las seis de la tarde. Una amiga que estaba con ella fue a avisar a mis papás. Otro amigo se fue con ella en la ambulancia que la llevó a Balbuena, donde le practicaron una cirugía. Como estaba llena terapia intensiva, la trasladaron al hospital de La Villa. Llegó a las 11:30 y hasta las seis de la tarde, la ingresaron a terapia intensiva. Mi papá entró a la visita de las 23 horas y la vio respirando; a la una de la mañana ya había fallecido. En cuanto le avisaron, entró a verla, pero ya no estaba en su cama. Fue a Patología, donde las llevan cuando están fallecidas. Dice mi papá que cuando entró, su carita estaba llena de hormigas. Yo pienso que eso no debe ser en un hospital. ¿Cómo es posible que un cuerpo recién fallecido ya esté lleno de hormigas? Eran miles...

«Esto fue hoy. La trasladaron para acá a las diez de la mañana. Acaba de llegar la funeraria; a ver si ya nos la entregan. Mi hermana tenía 24 años. Trabajaba en un taller de sábanas y colchas. Era terminadora».

Salvo los datos que la desconsolada joven me proporcionó sobre las carencias de los hospitales, confirmé que eran inoportunas e inapropiadas mis indagaciones en esas circunstancias. Pero la

casualidad me había puesto como testigo de esa breve conversación que me conmovió profundamente.

Comprendí que el antropólogo me había permitido escuchar. Cuando los familiares salieron, la odontóloga Briseño, frente a la computadora, elaboraba los documentos que se requieren para entregar el cadáver. Con la tersa voz que la caracteriza me comentó:

—Allá abajo —se refería al anfiteatro—, trabajar con ellos es lo más fácil. Lo difícil de este trabajo son estos momentos. Hablar con ellos. Con los vivos —y levantó la vista, señalando, detrás del vidrio opaco, a la mujer del suéter rojo. Estaba hablando en su teléfono celular. O había mucha interferencia o quien recibía la información no comprendía. Por eso le tuvo que decir tres veces:

—¡Silvia fue asesinada!

Me dirigí a la otra oficina para localizar al antropólogo y pedirle su ayuda para localizar el número del expediente. Me dijo que lo mejor sería bajar al primer piso, en Relaciones Públicas, para revisar la gigantesca libreta de admisión. Ya viéndola, me indicó que ese miércoles ingresaron dos masculinos, uno seguido del otro; jóvenes, con un

año de diferencia, pero los dos tenían nombre. Yo insistí que los técnicos nos habían informado que era un desconocido. Le señalé que la autopsia se realizó alrededor del mediodía.

—Entonces es éste. Apunte el número del expediente y el nombre: Emilio Roan Pavón.

Volví a subir al tercer piso. El jefe del archivo es delgado, flemático, severamente vestido, como corresponde a su cargo. Estaba sentado, casi frente a la puerta. Cuando pasé no levantó la vista, a pesar de que le dije: «Con permiso». No me contestó. Le di el número a la chica pelirroja; en silencio y con las cejas me señaló que me dirigiera a su jefe. El hombre con voz seca y victoriosa me informó:

—No se le va a poder entregar ni un expediente más. El director dice que no la recuerda y le pide que pase a verlo.

—Muchas gracias. Ahora mismo voy.

—No. El lunes —encajó el último par de banderillas.

Me guardé mi ironía: «Qué amable. Justamente iba a ir a pedir una cita para ese día». O algo así. Me callé y me dirigí a recoger mi laptop, que es-

taba apagada.

«¡Ándale!, a lo mejor le hicieron algo y borraron la información. O se descargó la pila. A saber».

—De todos modos voy a pedir la hora —le dije mientras guardaba mis herramientas.

—A las once —encajó la espada limpiamente. Hasta el fondo.

—Perfecto. Muchas gracias.

Me despedí y salí. El rostro de la joven denotaba pena ajena. Su jefe ya escuchaba los aplausos y daba el paseo triunfal: ninguno de sus papeles sería leído sin su venia.

Debe el poeta regresar de la oscuridad para llenar de sangre la blancura.

Llegué a la oficina de Odontología y Dactiloscopia, donde el antropólogo y la odontóloga me miraron sorprendidos, como preguntándome por qué estaba tan pronto de regreso:

—Me fue a acusar con el director —me dejé caer en una silla y les sonreí apenas. Estaba

soportando una súbita regresión. Me aquejaban los mismos síntomas que sufrí en la adolescencia y en la infancia, cuando en la escuela me metía en líos y me mandaban reportada a la Dirección. Tenía la idéntica sensación de bochorno, angustia e incertidumbre. El antropólogo a manera de disculpa me comentó:

—Entiéndalo. Está cumpliendo con su deber.

Por supuesto. Y Trejo López siguió platicando conmigo. Para él no me volví intrusa. Hasta me confió el grave error de los compañeros que habían recibido el cadáver de la mujer que había sido arrojada del taxi. En la libreta, dieron de alta a un masculino, que se señala con una M, en lugar de señalar un Femenino, que se indica con una F. Por eso, horas antes, a los familiares les habían dicho que el cuerpo no estaba ahí.

—Tenemos errores, somos humanos. Por más que tratamos de hacer bien nuestro trabajo para evitarles a los deudos el mayor número de contratiempos, llegan a suceder cosas así. La mujer que falleció al parecer tenía hijos pequeños, porque tenía una cesárea. Ayer salió de su oficina, digamos que a las 9:30 de la mañana a entregar unos documentos a no sé dónde. Supongo que tomó un taxi. Y a las 11:45 fue arrojada a la vía pública. Muerta.

Ese día, en los diarios vespertinos, salió la noticia en la sección de nota roja. *El Sol de Mediodía* mostraba la fotografía de una mujer vestida con pantalones y suéter negros, con el rostro ensangrentado. Sus pies, de lado, sobre la banqueteta; la pierna izquierda pegada a la banqueteta y el resto del cuerpo sobre el asfalto. Traía botines negros y calcetines de color azul turquesa. La sábana está levantada para permitir la toma fotográfica. La nota firmada por Jacobo Mendoza Chávez señala que el cadáver fue arrojado desde un automóvil en marcha, en la calle Cuauhtémoc y Acueducto de Guadalupe, colonia Santa Isabel Tola, en la Gustavo A. Madero. «Este asesinato se suma al de otra fémina que fue estrangulada y empaquetada en una caja de cartón abandonada sobre Río Consulado, colonia Cerro Prieto, la semana pasada, el móvil y paradero del o los homicidas se desconoce».

El sábado 29, Juan Carlos Buenrostro, reportero gráfico de *El Universal*, me relató el comportamiento de los judiciales frente al cadáver de Silvia:

—Cuando llegamos ya hay como 20 judiciales y 10 policías preventivos.

Está tirada la muchacha; cuando nos ven bajando de la ambulancia, la tapan con una sábana blanca para que no la tomemos.

—¡Oye, déjanos!

—No. A 20 metros tienen que estar ustedes. Debemos resguardar la zona, por las evidencias.

Juan Carlos echó el cuerpo para atrás, para simular una amplia barriga, y colocó los pulgares en los bolsillos de su chaleco de fotógrafo e imitó los pasos —con las piernas abiertas, como de charro— del judicial panzón:

—Con su metralleta, pisando, brincando, fumando. Y enfrente de ella avienta la colilla y la pisa ahí. Llega otro judicial y hace exactamente lo mismo: su cigarro semi apagado queda a 20 centímetros del cadáver.

Parece que estaba viéndoles y les lanzó una mirada de desdén, como la que se les dedica a los lerdos prepotentes.

—Después, llega el perito; pinta el contorno del cuerpo. Toman fotos. Y si el perito es observador, como deben serlo, pues debió haber recolectado esos cigarros como evidencias; el asesino pudo haberlos tirado. Y hasta las quinientas se va a ir enterando de que pertenecen a los policías que estuvieron morboseando cómo quedó la dama. Y además, diciendo ta-

rugada y media:

—Cómo ves. Éste ha de ser un mujercito. Mírale las pinches manotas que tiene. ¿A quién te recuerda, pareja?

Otra vez volvió a exaltarse. Ante los malos servidores siempre le sucede lo mismo; lo enervan. Me contó que una vez se iba a trompear con un camillero. Habían atropellado a una mujer con su bebé; la señora estaba herida. Llegaron los reporteros y el camillero se molestó ante la solicitud de fotografiarla. Empezó la discusión. El camillero se apresuró a recoger el cadáver del niño y, sin ningún miramiento, lo aventó al piso de la ambulancia, como un muñeco. Fue cuando Juan Carlos levantó el puño y le dijo:

—¡Óyeme, cabrón! ¡Está bien que el bebito esté muerto, pero no es para que le des ese trato!

Se hicieron de palabras y los compañeros tuvieron que intervenir para separarlos. Pero volviendo a este caso, Juan Carlos reiteró:

—No entiendo para qué llegan 40 judiciales a observar a la misma chica. A esos 40 ya los hubiera querido ubicando al taxista y no perdiendo el tiempo, supuestamente custodiando

el lugar de los hechos.

Tu sueño está despierto bajo tierra...

Sábado 22 de junio

Ese fin de semana me la pasé preocupada: temía que Fernández Cáceres girara instrucciones a los empleados para impedirme el paso y que hasta aquí quedara la crónica. Trabajé la entrevista que le hice y confirmé la impresión que me dio cuando lo conocí: un hombre que ama entrañablemente su trabajo, la institución, el edificio, a la gente que ahí labora. Todo ello le habla de su pasado, de su infancia. Y de su padre, Ramón Fernández Pérez, quien también fue director del Semefo. De una persona que ama los libros especializados. Y colecciona obras antiguas de medicina forense. Que viaja por todo el mundo para dictar conferencias que ponen en evidencia el avance de la medicina forense en nuestro país. Un señor así tenía que entender que yo debía seguir entrando a su casa. El Servicio Médico Forense había ido adueñándose de la crónica. Me interesaba como institución y también las instalaciones.

El actual edificio fue inaugurado el 24 de sep-

tiembre de 1960, en el sexenio de Adolfo López Mateos y cuando Ernesto P. Uruchurtu era regente de la Ciudad. El licenciado Pedro Guerrero Martínez era el presidente del Tribunal Superior de Justicia del Distrito y Territorios Federales, según datos de la placa que está en la recepción.

La puerta de entrada está cubierta a la vista por una reproducción en cantera rosa de la Coatlicue. La diosa de la falda de serpientes está colocada en un pedestal en la explanada, antes de subir los escalones que conducen a la puerta principal. No puedo imaginar la impresión que les produce a los deudos el cráneo en la falda de esta deidad. ¿Acaso servirá para recordarles que después de la oscuridad vendrá la luz? El mito dice que Coatlicue es la madre del sol, pero a la vez de la luna y las estrellas, las que al alba luchaban simbólicamente con el sol por la supervivencia. Siempre ganaba el sol y renacía resplandeciente, desmembrando a la luna y haciendo que sus restos rodaran por el cerro (fases de la luna). El triunfo diario del sol se debía a la sangre derramada al matar a la estrellas y a la luna. La falda serpentina también puede interpretarse como una especie de coatepantli, muro de serpientes. De ahí el sacrificio de los prisioneros, cuyo corazón y sangre alimentaban a las deidades de las fuerzas naturales. Entonces, en Semefo, ¿la Coatlicue sigue recibiendo como

ofrenda a los corazones que a diario son extraídos de los cuerpos que entraron a la noche eterna?

Cito los párrafos donde Fernández Cáceres expone los planes y las características del nuevo edificio:

—Va a tardar dos o tres años por la magnitud. Lo autorizó el presidente del Tribunal Superior de Justicia cuando se enteró de que este edificio corre peligro de caerse en un sismo... En tres meses, en compañía de tres arquitectos, estuvimos haciendo los planos, con lo mejor que he visto para que sea uno de los principales del mundo.

»Hemos contemplado que para el área pública haya cuatro niveles de estacionamientos. Doce mil metros cuadrados de construcción. Actualmente la gente está en el pasillo esperando sus cadáveres; mejor que pase a una capilla; la que teníamos está en el área dañada. Tendrá un velatorio. La espera no es fácil, pero es más llevadera, rezando. Noventa y tantos por ciento de los mexicanos somos católicos. Por eso le vamos a poner un crucifijo e imágenes. Si es judío... Bueno, en una capilla se ora de la religión que sea.

»Estamos pensando construirlo en el norte de la ciudad. O en el oriente; Iztapalapa es la zona

que genera 25 por ciento de los cadáveres. De las seis mil autopsias, entre 1,500 y 2,000 provienen de ese rumbo. Es la delegación más grande, territorialmente y en población. Por eso debemos estar cerca. Imagínese a la gente de Gustavo A. Madero, de Cuajimalpa, trasladándose hasta Xochimilco. Finalmente, se está licitando la oferta de un terreno cercano al hospital de La Raza, que está muy bien ubicado.

»Nos habían cedido un terreno cerca de aquí, donde estaba la antigua Procuraduría, de mil metros cuadrados, pero le comenté al presidente de la Suprema Corte de Justicia:

«—Si lo construimos aquí, con su mecánica de suelos, gastaríamos la mitad del presupuesto en la cimentación. Tendríamos que hacer cuatro pisos hacia abajo y ocho hacia arriba. Mejor que consigan un terreno de cuatro o cinco mil metros cuadrados.

»Construiremos seis plantas de dos mil metros cuadrados. Nos quedarían tres, cuatro o cinco mil metros de área verde, que a mediano plazo será una reserva territorial para el Semefo, para la construcción de nuevos laboratorios, de acuerdo al avance de la ciencia.

»El edificio actual debió tener tres mil metros de

construcción, la cuarta parte del nuevo proyecto. En el programa de la construcción estuvieron mi padre y el doctor Miguel Girón, quien intervino directamente en la planificación de este edificio, que en su momento fue copia fiel —así me lo dijo— del de Nueva York. La cimentación estaba proyectada para construir dos pisos más hacia arriba. Desgraciadamente, cuando se construyó el Metro, salió mucha agua del subsuelo y esta cimentación está flotando. Se secó el subsuelo hacia el poniente. Y como se construyeron los edificios de los juzgados familiares, se sacó más agua todavía. Se quedó el barco sin agua. Si no hubiera ocurrido eso, se habrían podido construir otros dos pisos. Del cimiento para arriba está el sótano, planta baja, primer y segundo piso; cuatro pisos de construcción: cuatro mil metros construidos.

»Actualmente, a pesar de lo dañado del edificio, tenemos un Semefo que es de los mejores de América Latina. Ese nuevo edificio va a tener mayor capacidad, biblioteca y un museo, con piezas obtenidas del anfiteatro. La Ley Federal de Salud nos permite tomar órganos o partes del cuerpo con fines de enseñanza e investigación. Por ejemplo, un desconocido que va a ir a la fosa común y tiene un clavo, ¿no es digno de enseñanza para que un muchacho aprenda cómo identificarlo? Tenemos un acuerdo con la Facultad de Medici-

na de la UNAM, que nos va a incluir todas estas piezas en acrílico o en materiales más modernos. Estarán en vitrinas como cualquier museo, sin el riesgo del olor, sin la sensación de malestar.

»Cuando doy conferencias al interior de la República, para intercambiar conocimientos, los invito a que acudan aquí. En mi institución no aprende el que no quiere o el que no tiene la capacidad mental para aprender —los hay también—; por el cúmulo de trabajo que hay: 15 autopsias al día. Al año son cerca de seis mil. Si le digo que he visto alrededor de 100 mil, me quedo corto. Viendo esa cantidad de cadáveres con muertes tan variadas, no aprende el que no se acerca, el que no estudia.

»Desafortunadamente, estamos muy bajos en salarios. Nos estamos convirtiendo, como ya se lo expresé a los ámbitos superiores, en maquiladores de médicos forenses. En la Ciudad de México, la Dirección de Salud del Gobierno del Distrito Federal solicita médicos forenses en las agencias. Y médicos legistas, en las agencias del Ministerio Público de toda la ciudad. El salario es el doble pero su trabajo también lo es. En el Semefo su obligación es de cuatro horas, allá son siete u ocho horas. Allá no tienen secretaria, aquí sí. No están sindicalizados, aquí sí. En la PGR tienen un salario muy bueno, pero su función es distinta, es

toxicología básica. Además, de buenas a primeras los mandan a la plaza de Guadalajara, de Baja California».

*Cuando era niño yo quería ser un poeta maldito.
¿Tú a qué jugabas?*

Domingo 23 de junio

El doctor Fernández me habló un poco de su infancia y de los textos antiguos, las joyas, que un librero de viejo le lleva a su oficina.

—Mi padre me inculcó la profesión y el gusto por esto. A los 11 años, le decía: «Papá, llévame: quiero ver cómo es el corazón». Tomaba un libro de Anatomía y me decía: «Está bien, pero ponte a leer algo».

«El corazón tiene cuatro cavidades. Esto es el aurículo, dos ventrículos, las válvulas...».

—Al llegar aquí me ponía una charola, en un lugar aparte, y yo revisaba con guantes un corazón sano; digamos, el de un muchacho atropellado. Iba abriendo, él me ayudaba, e iba viendo en vivo, a todo color, lo que había visto en las laminillas del libro.

Ramón Fernández Pérez escribió el libro *Principios básicos de medicina forense*, que durante varios años fue libro de texto. Actualmente está agotado y sin posibilidades de reimprimirse por problemas familiares entre los medios hermanos del doctor Fernández Cáceres.

—Cuando mi padre me trajo, este edificio tenía dos años de haberse inaugurado. Estaba orgulloso de estar logrando un proyecto para el futuro. Tengo 53 años. Aquí estoy trabajando desde los 15 años de edad. Tengo 33 años de trabajo. Espero llegar a que me den medalla de 40 años. Aquí se han jubilado tantos compañeros y, casualmente, quedé yo de decano.

Me permitió hojear sus joyas bibliográficas: *Medicina legal y ciencias conexas. Resumen de medicina legal y ciencias conexas para uso de los estudiantes de las escuelas de Derecho*. Texto explicado por numerosas figuras reunidas en un atlas por el doctor Román Ramírez. 1905.

Y otro más antiguo: *Introducción al estudio de la medicina legal mexicana, pudiendo servir de texto complementario a cualquier libro de asignatura extranjero que se adopte para la práctica de aquel ramo en la Escuela de Medicina*. Escrito por Luis Hidalgo y Cartier, profesor de Medicina Legal de dicha escuela, en 1869. Imprenta de I. Escalante y

Compañía.

—Luis Hidalgo y Cartier es considerado el padre de la medicina forense mexicana y este fue su primer texto. Luis Hidalgo fue el primer profesor de medicina forense de México. Este libro tuvo un tiraje de 100 ejemplares, únicamente. Vea qué conservado está. Quedan muy pocos. Cuando tenga el museo, se lo voy a prestar, para exponerlo en una vitrina: público y protegido, al mismo tiempo. En este libro he encontrado cosas que se tenían como ciertas y no lo son, que se mantenían vigentes; estaban en otro entorno legal, claro. Hay cosas que son chuscas. Por ejemplo, en el siglo XIX un diagnóstico de muerte se hacía con un actuario presente —equivalente a un notario—. El actuario acudía y decía:

—Al dijunto se le llamó tres veces por su nombre y no respondió. Se le da oficialmente por muerto.

—¿Y si estaba sordo? —acotó el doctor Fernández.

Porque ante la esperanza de la muerte y el zumbido de la tormenta sólo se puede ser útil cuando se está completo o extraviado.

Lunes 24 de junio

La reprimenda del doctor Fernández fue suave, como la que se le da al hijo que tuvo la lógica y esperada conducta: echarse a volar sin pedir permiso. A grandes rasgos le comenté lo que andaba haciendo, le pedí disculpas y permiso para continuar trabajando.

—Usted puede ver lo que quiera. Nadie le ha cerrado ninguna puerta para impedirle ver nada. Pero si necesita algo, pídamelo. Eso es todo.

Le mostré el libro que estaba leyendo: *La muerte violenta*, de Raffo, editado en Argentina, en 1993. Un año después lo compré en la Feria del Libro de Minería: una prueba de lo mucho que siempre me ha interesado el tema. Para mi sorpresa, se mostró interesado y me dijo que no lo conocía. Le prometí regalárselo en cuanto le sacara fotocopias.

De inmediato bajé a Identificación, que está junto a los departamentos de Dactiloscopia y

Odontología, donde me prestaron un escritorio. Allí trabajan, en el turno matutino, las odontólogas forenses Blanca Briseño y María Antonieta Castillo Ramírez. El antropólogo Daniel Trejo López. Gloria Berta Vega, secretaria del departamento de Identificación; atareadísima siempre, con sobrecarga de trabajo porque su jefa, la doctora Fabiola Gutiérrez, tiene licencia por maternidad. El perito en Dactiloscopia, Arturo Hernández García. Y Edilberto, Eddy, el pasante de antropología forense.

Yo estaría escribiendo en mi *laptop* y sólo me levantaría cuando escuchara algo interesante. Ambos departamentos están unidos por una entrada, la cual casi está cubierta por las puertas de los dos departamentos que se abren hacia adentro; apenas queda un mínimo espacio. Generalmente el personal sale al pasillo para entrar a uno u otro lado. Yo sí podía pasar cada que alguien venía a buscar a un familiar desaparecido. Vestida con una bata con el logotipo del Seguro Social parecía ser una doctora que tomaba el dictado de los datos que iban proporcionando los familiares.

Acuden personas que llegan cansadas, agobiadas por la pena y la terrible esperanza de hallar a su gente. A veces las están buscando muy rápido, a menos de 24 horas, o después de meses y hasta años. Le preguntan a cualquiera de los antes

mencionados, a excepción de Arturo y Tony; la segunda sale apresurada a la una de la tarde. Y Arturo no se despega de la lupa gigante analizando los surcos, islas y encierros de las huellas digitales.

—¿Por qué lo viene a buscar apenas ahora? — preguntan los trabajadores cuando ha pasado mucho tiempo.

—Es el último lugar al que uno quiere venir. Pero estábamos al pendiente de Locatel.

—Nosotros no le damos informes a Locatel.

—También lo hemos reportado a Capea.

—Capea nos manda documentos de confronta, vía oficio. Es decir, debe entregarnos la huella digital. ¿Usted se la proporcionó?

—Le digo que no la tenemos.

Muchos familiares no pueden aportar la huella digital porque el desaparecido traía consigo la credencial de elector. O el colmo, cuando el emparentado trae como un trofeo la ansiada credencial de elector, sucede que el empleado del IFE no tomó correctamente la huella: recargaron el pulgar con fuerza y quedó emplastada. O la tomaron incompleta.

—Deme, entonces, las señas particulares de su hermano.

—Este... No entiendo. ¿Señas?

—Lunares, cicatrices, tatuajes, operaciones, verrugas, fracturas...

—Ah, ya me acordé: tiene un lunar.

—¿Dónde?

—En el talón izquierdo. ¿O era el derecho?

—¿De qué forma?

—Chiquito, casi ni se nota.

—¿Es casado? ¿Por qué no viene su esposa?

—Porque no queremos que se entere mi mamá. Está muy enferma y mi cuñada la cuida.

—Pues es necesario que venga. Es posible que ella nos pueda proporcionar mayores datos de su hermano.

—¿No es suficiente con la foto que traemos?

—Desafortunadamente, no. Dígale a su cuñada que busque entre sus documentos la cartilla del servicio militar.

Las personas salen más abatidas que como llegaron; pareciera que ellos también buscaran descansar en paz. Pero la tarea es larga todavía: deben recorrer los siete hospitales de urgencias en el Distrito Federal: Balbuena, Rubén Leñero, Xoco, La Villa, Cruz Roja Mexicana, Magdalena de las Salinas y Adolfo López Mateos. Se sugiere que no lleguen preguntando por el nombre de su familiar sino que soliciten ver personalmente a los pacientes que estén como desconocidos, porque pueden estar inconscientes. También se recomienda que se visite el Centro de Atención a Personas Ausentes y Extraviadas, Capea.

De igual forma, se les indica que para agotar todas las posibilidades deben acudir a los cinco Semefos que circundan a la Ciudad de México: Tlanepantla, Texcoco, Nezahualcóyotl, Ecatepec y Chalco. Si la persona padece de sus facultades mentales deben buscar en los 11 psiquiátricos —varios de ellos ubicados en diversas carretera— que se señalan en una de las tres hojas de información que el departamento proporciona a los familiares. La sola lectura de la información agota. Más si se piensa que la mayoría carece de vehículo particular. Por eso pueden pasar varias semanas antes de que regresen al Semefo de la colonia Doctores.

Los miro retirarse, arrastrando los pies, tan hu-

mildes muchos de ellos. Guardan cuidadosamente sus documentos en bolsas de plástico y los meten a la bolsa de mandado. Como el señor que indaga el paradero del hijo serio y responsable:

—Nomás salió a buscar trabajo. Se bañó, se arregló. Me habló a las 14:30, que ya venía de vuelta, a comer. Y ya no regresó.

Y cuenta su vía crucis, buscándolo en todos los semefos y hospitales.

—Negativo. Afortunadamente no ha ingresado nadie con los datos que usted nos ha proporcionado —le responden por segunda ocasión.

*Nada sé de tu piel. Sólo que está en la noche,
amaneciendo.*

Gloria me comenta:

—La gente no tiene ni la menor idea del estado en que nos llegan los cadáveres. A veces ni cara traen; como los atropellados. O fue roída por los animales. Pero ¿cómo les explica uno todo esto? También nos señalan mucho la ropa

que traían. Es un dato que no nos ayuda porque nos llegan desnudos.

—Y cuando viene la esposa, ¿ella sí puede dar los datos que se necesitan? — pregunto.

—A veces —explica Eddy—. La mayoría anda buscando un cuerpo que no conoce. No puede darnos sus señas particulares porque es gente, estoy seguro, que no conoce ni su propio cuerpo. No acostumbra mirarse. Reconocerse.

También son frecuentes los casos de personas desaparecidas con deficiencias mentales. Una madre que busca a su hija dice:

—La última vez que la vi fue a las 3:30 de la madrugada, del domingo para amanecer lunes. Ya averiguamos en hospitales y nada. Ella tenía obsesión por Polanco. De niña tenía una amiguita ahí, y siempre hablaba de venir a visitarla. Pero nosotros vivimos por la salida a Puebla. Es lo malo porque todos nos mandan a buscarla al Estado de México, pero no creo que esté por allá porque... En Polanco...

—y la anciana vuelve a contar la obsesión de su hija. La dejan que termine y suavemente le preguntan:

—¿Recuerda sus dientes?

—Los tenía un poco chuecos.

Cuando un familiar aporta datos sobre la dentadura, está brindando información relevante. Desafortunadamente, en ocasiones ignoran qué dientes les faltaban. Los parientes deben contestar una serie de preguntas sobre la dentadura del desaparecido. Primero necesitan saber si su familiar fue al dentista y el motivo de la consulta. De esta manera puede conocerse si tenía amalgamas o resinas. O prótesis dentales fijas o removibles. Si lucía los dientes derechos o apiñados. Si estaban manchados. Si eran grandes o chicos. Si tenían sarro. Y si el desaparecido carecía de piezas dentales, que especifique cuáles. También inquieten si los labios eran delgados o gruesos. Si tenía la costumbre de morder lápices, plumas, uñas o chuparse los dedos. Y si padecía de dolores bucales, que el familiar trate de señalar sitio, frecuencia y magnitud. Si al sonreír mostraba los dientes y cuáles. Por último, si cuando dormía rechinaba los dientes: bruxismo nocturno.

Por ejemplo, puede coincidir que un anciano de 75 años que murió por atropellamiento en la Colonia del Valle, por la complexión y por la fecha de desaparición podría tratarse de equis desconocido. Pero como el familiar ha aportado datos

muy precisos de la dentadura, definitivamente no es el cadáver que está en la gaveta 27 porque éste es edéntulo, carece totalmente de dientes.

Cuando el familiar llega con la huella digital, se le entrega al perito Arturo, quien de acuerdo con la fecha de desaparición indaga en su archivo. Por su parte, Blanca Briseño hace la búsqueda en la computadora que está cargada con el sistema AFIS — Automatic Finger Identification Sistem—, conectada a una red que controla Seguridad Nacional. El sistema posee 10 millones de huellas, las cuales pertenecen a administrativos del sistema AFIS; las del personal que presta sus servicios en Sedena, Marina, Fuerza Aérea y Tribunal Superior de Justicia; y las diversas corporaciones policiacas: Policía Judicial, Policía Federal, Policía Preventiva... La doctora Briseño únicamente hace el rastreo de las huellas de los cadáveres que están en el anfiteatro en calidad de desconocidos. En cinco y 10 minutos la computadora le hará una exploración nacional. Si le da un hit positivo le indicará si la huella pertenece a un administrativo, un policía o un criminal. Es tan alto el porcentaje de hit positivos del Servicio Médico Forense de la Ciudad de México que el año pasado obtuvo el 1er lugar nacional, con 180 hits: una huella cada tercer día.

A veces la gente se desespera porque debe

aguardar su turno para que sea buscada la huella de su familiar. Arturo se tarda un promedio de cinco a 15 minutos si la persona que se busca desapareció en el mes en curso. Pero si tiene varios meses, serían 15 minutos por cada mes. Por eso es frecuente que algunos pidan ver los cadáveres para ganar tiempo y continuar su búsqueda. La respuesta de los empleados es contundente:

—Lo sentimos. Aquí no mostramos cuerpos. Por eso solicitamos información para dar respuestas concretas. Si desafortunadamente la huella de su hijo sale positiva, es decir que su cuerpo está en una de las gavetas, le pediremos que nos acompañe a identificarlo; de lo contrario, es imposible. Por sentido común no mostramos cuerpos. Le rogamos que nos tenga paciencia.

Tampoco falta el prepotente o el señor de influencias que pida ver de inmediato, *como compañeros*, a los cadáveres:

—Enséñame los que te llegaron desde el domingo.

—Semefo no enseña cadáveres. Entrega personas plenamente identificadas. Los cuerpos nos los dan en custodia. Los conservamos un tiempo prudente para entregarlos o inhumar-

los. Ése es nuestro trabajo.

A pesar del poco personal y del alto número de apesadumbrados que llegan buscando información —10 a 15 en el turno matutino; de 20 a 25 a lo largo del día—, los empleados escuchan con suma paciencia todo tipo de historias.

—La huella que usted nos ha entregado es positiva. Desafortunadamente, el 22 de mayo se fue a la fosa común. ¿Qué era de usted? ¿Por qué no vino antes?

—Mi padrino.

—¿Y sus hijos? ¿Sus familiares directos?

—Todos están más preocupados por las posesiones que dejó, que en encontrarlo. Es gente mala. Precisamente en mayo lo llevaron en coche a Michoacán y luego nomás hablaron para decir que mi padrino se había regresado solito. Por eso, porque ellos andaban en Michoacán, no lo buscaron. Yo quisiera darle cristiana sepultura. Pero nadie me había confirmado que estaba muerto. ¿Y cómo lo desentierro?

—Usted debe ir al Ministerio Público de la Delegación Miguel Hidalgo, donde fue recogido el cuerpo. Murió por atropellamiento en Cir-

cuito Interior, a la altura de Ingenieros Militares.

—Lo mataron. ¿Qué iba a andar haciendo mi padrino por allá?

También llegan dos hermanos angustiados, que proporcionan como señas particulares de su allegado una corona de oro, amalgamas. Salió de su casa el jueves 20, a las 20 horas. Iba en coche y tenía que recorrer una distancia de 10 minutos, pero ya no llegó. Tampoco se sabe nada del coche. Tiene 54 años. Acostumbraba estar en contacto con su madre y esposa y a ninguna le ha hablado.

—No fuma. No toma; es muy ordenado. Algo le pasó. En su celular nada más se escucha el buzón, pero no contesta.

La búsqueda es negativa. Y les piden que regresen en cinco días. Es el tiempo mínimo necesario para permitir que lleguen los cuerpos de los desconocidos que fallecieron en los hospitales o fueron enviados a las delegaciones. Si así fuera, cuando los familiares regresaran, el cuerpo sólo ha permanecido tres días en Semefo. Los conservan de 12 a 15 días antes de mandarlos a la fosa común.

El sueño es la vida más pura, por eso amor y dolor se agrandan con la noche y todas las puertas se cierran cuando despertamos.

Martes 25 de junio

Regularmente, Eddy va poniendo al corriente la libreta e incorpora los datos de las personas que han sido identificadas. A cada expediente le coloca una portada de papel manila amarillo y en la libreta marca la inicial I, Identificado. Eso estaba haciendo cuando la odontóloga Briseño me extendió el expediente de la chica que fue hallada en el canal de Xochimilco. En efecto, se llamaba Maribel. Y se apellidaba Ortiz López. La identificó César Cabrera González, «su concubino y amistad». Vivían en el Quinto Callejón de Nuevo León, colonia Caltongo, casa sin número. En el sitio donde fue hallada. Estudió la primaria y se dedicaba a la cocina. Era hija de Cenobio Ortiz Sánchez y Reyna «N» «N». César indicó que el 10 de junio se enteró —en la oficina del Ministerio Público— que su hermano Andrés y su amigo Samuel Cabrera Romero, después de haber ingerido bebidas alcohólicas, habían matado a su concubina.

Estos datos me permitieron entender que el 12 de junio, cuando vi la autopsia, el M. P. ya cono-

cía la identidad del cadáver, pero nadie se había presentado a Semefo para reclamarlo. La odontóloga me comentó que una semana después, el concubino lo solicitó, pero la institución se lo negó porque no poseía documentos que avalaran el parentesco. La ley señala que cuando menos una pareja debe vivir un año en concubinato para obtener los derechos de cónyuges; ellos tenían seis meses en unión libre. Aun así, aportó verbalmente señas de identidad muy precisas. Cuando la doctora Blanca le preguntó cómo estaba peinada ese día, él contestó:

—Con una colita de caballo —y se llevó las manos al centro de la cabeza, indicando el lugar del racimo de cabello—. Amarrada con unas bolitas que hacía poco se había comprado en el mercado. Eran blancas... No. Amarillas.

Asimismo, la doctora me contó que los jóvenes se conocieron en la parada del camión. Pronto se hicieron novios y César le propuso a Maribel irse a vivir al domicilio de su hermano, quien ya tenía mujer. Maribel accedió y empezaron a convivir las dos parejas bajo el mismo techo. El concubino trabajaba de noche, y una de ellas, probablemente la del viernes siete, su hermano Andrés, en compañía de su amigo Samuel, estuvieron bebiendo en el patio de la casa, en compañía de Maribel, pero ella no tomó, según el resultado del examen

de grupos tóxicos que se le practicó «para hallar en su cuerpo la presencia de alcaloides, benzodiazepinas, cannabinoides, anfetaminas y barbitúricos».

En la madrugada, Andrés le hizo propuestas amorosas a su cuñada, pero ella lo rechazó; ante la negativa, le pidió ayuda a su amigo para doblegarla. Para ponerla rápidamente quieta la golpearon con un objeto en la cabeza. La empezaron a desnudar, pero antes de quitarle toda la ropa debieron de haberse dado cuenta que la habían matado. Y la aventaron al agua sin violarla. Un vecino los vio, y en cuanto la policía judicial inició la investigación, los agresores fueron delatados. El 10 de junio, cuando hallaron el cadáver, los detuvieron y confesaron. Un día después, el cadáver ingresó a Semefo.

El 18 de junio, a las 11:30, se le entregó el cuerpo a César, a pesar de que no cumplió con los requisitos que exige el Forense. El permiso lo obtuvo del Ministerio Público de Xochimilco.

Por otra parte, el expediente de Emilio Roan Pavón, el joven que había sido baleado, lo pude revisar hasta el 22 de julio. Emilio tenía 24 años y se dedicaba a lavar autos. Era el último de siete hijos. El 17 de junio, a las 1:30, falleció en el Hospital Balbuena. 15 minutos después de haber

recibido una herida de proyectil de arma de fuego penetrante de abdomen y tórax. Se ignora quién lo agredió en la calle José María Patoni, esquina con José María Frías, colonia Juan Escutia, Iztapalapa. La misma colonia donde vivía. Por ello, sus familiares llegaron de inmediato al lugar de los hechos; sin embargo, la ambulancia ya lo había recogido. Las autoridades del hospital les concedieron a los deudos el permiso de llevarse a velar el cuerpo, con la promesa de trasladarlo a Semefo para que se le realizara la necropsia que marca la ley.

En los pensamientos del suicida hay un vacío que sólo se llena con temperatura bajo cero.

Jueves 27 de junio

Es relativamente común que los familiares lleguen al departamento de Identificación porque vieron en el periódico, en la nota roja, la foto de alguien que tiene cierto parecido con su familiar. Llegan muy alterados queriendo ver de inmediato el cuerpo. Con paciencia se les explica que deben traer una identificación con huella dactilar. Por lo general no la traen y regresan después. Así sucedió con una mujer que identificó a su sobri-

na, la cual se había aventado desde un puente peatonal a los carriles centrales de La Viga y Río Churubusco, a la altura de la colonia Escuadrón 201, en Iztapalapa. La fotografía de la joven apareció en los vespertinos desde el lunes 24. Se ve a una jovencita que viste una blusa azul marino, con la boca y parte de la nariz semi destrozados. Se calculó que tenía 30 años de edad. Gloria me comentó el caso:

—¡Ay! Hubiera estado usted aquí ayer. Era una niña. Tenía 15 años. La que se aventó del puente. Primero vino la tía, con la foto del periódico. Nos contó que hace años su mamá se fue a Chicago y que se la dejó encargada. Ella la crió como su hija. Un día, a la madre, le nace el amor por la niña y pide que se la manden. La muchacha ya tenía 13 años. Y ya estando en Chicago, la mamá se da cuenta de que su hija está embarazada del novio que dejó aquí. Se regresó y se juntaron. Entonces le exigimos a la tía que fuera por el concubino. ¡Ay, nada más me acuerdo...! El chamaco era un baboso, que me hizo enojar. Tenía un desinterés, que era para zarandearlo. La tía era la que hacía todo. Cuando le dije que había que bajar a identificarla, él no quería.

Cómo que no. Ah, pues ahí va, detrás de la tía. Apenas se acercó. La policía debe de averiguar

si las marcas de arañeo que traía en los brazos se las hizo la muchacha. Deben investigar si él la aventó. No, es que mire, yo creo que el chamaco hubiera prestado más atención si hubiese venido a recoger a un perro. Para que se dé una idea: estoy elaborando los papeles que se deben entregar en cada identificación. Ya era tardísimo; pasaban de las cuatro. Cuando voltee no hay nadie. ¡Caray, de qué se trata! Salí y estaban en la calle. «Señora, ¿qué pasa?» «Es que vine por él; se salió.» Ahí sí, ya me colmó la paciencia: «Oye, niño, ¿entiendes que estás haciendo un trámite de identificación, y es muy serio? ¡Te estoy entregando un cadáver! ¡A la mamá de tu hija! Y debes quedarte en un solo lugar hasta que termine el papeleo». No, si le digo que aquí vienen individuos de todo tipo. Desde los que se movilizan por cielo mar y tierra para encontrar a su familiar hasta gente apática, como este chamaco que no oculta su desamor, su fastidio por las molestias que le causa esta muerte.

En la noche, cuando revisaba los periódicos atrasados, encontré una fotografía de los presuntos asesinos de Maribel. Apareció el martes 11 de junio. Muestra a dos jóvenes con las manos abiertas, hacia el frente; en medio de los dos está una jovencita escuálida, pequeña y anonadada,

que no está identificada en el pie de foto; supongo que es la mujer de Andrés. La breve nota, encabezada «Violada y ultimada» afirma que a la víctima la ahorcaron y la violaron. El ahorcamiento también lo supuso el criminalista, por el lazo y la bufanda. Los jóvenes se dedicaban a la floricultura en Xochimilco.

Interrumpí mi revisión para razonar un suceso que me intrigaba. Tres personas, supuestamente judiciales, se habían presentado al departamento de Identificación, queriendo saber si el cuerpo de la mujer que había sido arrojada del taxi, ya había sido reclamada por sus familiares. La primera vez se presentó un judicial y mostró una credencial vencida. Dijo que quería saber el destino del cuerpo.

—Es que se parece a una compañera que le decíamos la Güera. Desde ese día ya no regresó a trabajar. Si todavía está aquí, los compañeros haremos una cooperacha para darle cristiana sepultura. ¿Todavía está?

—Dígame el nombre —le preguntó Gloria.

—Sólo la conocíamos por la Güera. Pero usted sabe a quién me refiero.

Gloria le dio las consabidas respuestas; el su-

jeto se retiró sin saber nada. Dos días después se presentaron dos supuestos judiciales con el mismo cometido. Sus credenciales también estaban vencidas. ¿Qué interés les despertaba ese cuerpo?

Amorgue: depósito de los amores muertos.

Viernes 28 de junio

Esa mañana acompañé a las odontólogas forenses a realizar su trabajo.

Exclusivamente revisan la dentadura de los cuerpos que han ingresado en calidad de Desconocido. En esa ocasión había cuatro; tres de ellos ya estaban dentro de una gaveta refrigerada de acero galvanizado. Las gavetas están alineadas en dos filas, de ambos lados. Afuera están marcadas con un número. Esa área huele a muerto; no es la franca putrefacción sino una densa atmósfera. Lo suficiente para no olvidar que hay cadáveres en diversos estados de descomposición, ahí guardados. Dos de los cuerpos estaban en la fila superior y las doctoras tuvieron que subirse a unas pequeñas escaleras de hierro, de dos escalones, para poder revisar la dentadura. El primero era

un hombre moreno de grata apariencia. Briseño vio sus manos, bien cuidadas. Miró su rostro y determinó:

—Van a venir pronto a buscarlo. Es un hombre querido, ordenado —procedió a abrirle la boca y empezó a dictarle a Tony:

—Se ve muy unido a canino. El lateral, desgaste incisal. Y tiene algo aquí, parece... Sí, Tony. Una resina mesial, tercio medio interproximal, desde palatino... El lateral tiene un giro. Está cristalizado... Todos tienen sarro.

En ese momento las doctoras repararon en que no habían traído la cámara fotográfica. Se quedaron viendo, como diciéndose, quién va. Me ofrecí como voluntaria. Abrieron otra gaveta...

Subí a pedirle su cámara a Gloria. No entendía por qué ellas estaban fotografiando, en lugar del fotógrafo forense. El departamento de Fotografía también está ubicado en el primer piso. Les llevé la cámara. En ese momento se dieron cuenta de que tampoco habían bajado las reglillas.

—¿Dónde están? —pregunté.

—En el departamento de Fotografía.

Subí rápidamente por ellas. Se las entregué.

Conteniendo la risa que delataba su propio asombro por lo distraídas que estaban, comentaron:

—También nos falta un plumón. Negro.

Vámonos otra vez para arriba. Gloria me lo prestó. Bajé. Tony escribió sobre la reglilla el número de expediente, se subió a la escalinata y se preparó para tomar la foto. No funcionó. Abrió la cámara y vio que el rollo se había terminado. Ya no necesitaron decirme nada.

—Profesora, qué pena... —en un principio, me llamaban *doctora*.

Yo estaba encantada de subir y bajar y volver a entrar a toda carrera a esa área. Los técnicos Raúl y Roberto, sentados en dos sofás, al final del pasillo, me veían divertidos. Gloria me proporcionó el rollo.

En la segunda gaveta estaba un hombre delgado con huellas rojizas en el pecho y en rostro, que yo no había visto antes. Cuando la doctora Briseño le vio las dedos, dijo:

—Es de Metro.

—¿Cómo sabe?

—Por la grasa en sus manos.

Supuse que vivía en la calle.

—¿Y por qué se ven así sus heridas?

—Por el arrastre —vio que no comprendía—. El Metro lo arrastró. En sus manos quedó el aceite de las vías del tren.

Una hora después se presentaron sus familiares a identificarlo. Discretamente, la doctora me mostró el expediente, la línea donde señalaba que el hombre se había arrojado a las vías del tren, en la estación Isabel la Católica.

*Los pensamientos del suicida no son rápidos ni
brumosos: únicamente son fríos.*

El tercer cuerpo era una anciana de facciones serenas y bellas. En su anular izquierdo lucía dos argollas; una de ellas, cobriza o de oro de bajo kilataje, de grabado antiguo.

Nos salimos al pasillo, y la doctora Briseño aprovechó para presentarme con el técnico Raúl González, quien nos acompañaría a la *carga* —así le dicen al conjunto de cuerpos— que se deposita en el Panteón Civil.

El cuarto cadáver estaba en la sala donde vi la primera autopsia; hay otra más. Los cuerpos en estado de putrefacción o infectocontagiosos, los llevan a esas pequeñas salas que cuentan con aire acondicionado, tarja a lo largo de la pared y mesa de disección, con su respectiva tarja y mangueras. Tenía el rostro ennegrecido. Hinchado. Su cuerpo no descansaba perfectamente sobre la plancha, como si a los técnicos les hubiera pesado tanto, que dejaron de batallar y así lo dejaron. O quizás porque en cada movimiento, por mínimo que fuera, reventaba una ampulita hedionda. Pero apenas olía. Ya habían terminado la autopsia. La doctora Briseño se subió a la escalinata y dijo:

—No le quitaron la lengua.

Pensé que bromeaba. La odontóloga no podía revisar la dentadura porque salía abundante espuma rojiza; por más que la secaba con un pedazo de sábana, volvía a salir más líquido. Tony recibió una llamada telefónica y salió un momento. Aproveché para pedirle a la doctora que me explicara por qué el pene se inflamaba de tal modo. Lo estaba viendo otra vez en el cuerpo de un hombre que llegó bajo el nombre de Alberto Hernández Herrera:

—La causa fue infarto al miocardio. Por eso se presenta —tanto en el pene como en el es-

croto— un negro intenso. Dentro del escroto se encuentran unas glándulas muy susceptibles a la autólisis, a la destrucción debida a la putrefacción. El escroto y el pene son cavidades herméticas y no permiten la salida de esos gases de putrefacción que se han formado por la destrucción de las glándulas. Al formarse una gran cantidad de gases, se distienden las zonas genitales masculinas de manera fenomenal. Si nosotros hiciéramos ahora una incisión, daría salida a ese gas metano, el gas de la putrefacción. Y ese aire, en contacto con un cerillo, provocaría un flamazo.

»Además, se presenta con cianosis muy pronunciada en la cara. Este cadáver ya se encuentra en estado de putrefacción, en una fase que llamamos cromático efisematosa. Ya hay una red venosa póstuma en la cara, la cual muestra una característica que se llama facie negroide. Hay protusión oftálmica, protusión lingual; se pierden las características fisionómicas de cara. Adquiere un tinte negruzco muy intenso. El cuerpo ya presenta zonas de declive, donde estuvo el cuerpo, y donde correspondería a las livideces ya se empiezan a formar las bulas efisematosas; son como ampollas donde los gases de la putrefacción empiezan a tomar una salida. Ya se empiezan a formar, también, los desprendimientos dermoepidérmicos.

Hay un distensión tanto torácica, abdominal, como escrotal y peneana».

La explicación era clarísima. Los términos ya me resultaban muy familiares.

—Doctora, ¿y por qué está como desconocido, si tiene nombre?

—Le han de haber hallado una identificación. Eso no es prueba que realmente se haya llamado así. Pudieron haberle puesto la de cualquiera. Mientras no se presente una persona y lo identifique plenamente, se le considerará un desconocido.

Regresó la odontóloga Tony. Briceño le dijo:

—No podemos hacer nada. Ahora sí hicieron muy mal su trabajo. Voy a llamarle al técnico Raúl —salió al pasillo y le dijo—: Señor González, necesitamos su ayuda. Es imposible trabajar así —debe recordarse, además, que la lengua estaba hinchada (protusión lingual) y obstruía totalmente la cavidad de la boca.

Don Raúl clavó de nueva cuenta el cuchillo en la costura, abajo del cuello, y el líquido apestoso brotó, haciendo un ruido semejante al que hace el agua cuando se tapa la salida de una manguera.

Las doctoras se hicieron hacia atrás, una en cada extremo de la sala. Se cubrieron la nariz. Era un olor infecto, que superaba a los que ya había oído.

Los técnicos no habían hecho correctamente la evisceración: sacar las vísceras desde la lengua, hasta el recto, en bloque. En ese momento se acercó el técnico Roberto López. Le cubrí el paso y decidí entrevistarlo. Varias veces nos habíamos cruzado; a pesar de lo hosco de su mirada, yo lo adiviné simpático y agradable. Posee una barba espesa, entrecana. Su cabello es ondulado y abundante. De complexión robusta y pronunciado vientre. Lo vi trabajar en la necropsia de Emilio Ruan Pavón. Me pareció que disfrutaba su trabajo, que lo hacía con seguridad y propiedad, diría que con elegancia de cirujano. Seguía escuchando el ruido de la salida de gases con líquidos. Don Roberto entró muy frontalmente a la plática:

—¿Y ya le hablaron de lo bajo que están los sueldos?

—Sí. Me quedó bastante claro.

—¿Quién se lo dijo?

—El director. Es muy consciente de que todos ustedes merecen mejor sueldo.

Roberto tiene 13 años de trabajar ahí. Es originario de Puebla; llegó a la Ciudad de México y estuvo seis meses desempleado. Por medio de un conocido que trabajaba de chofer en el Tribunal, consiguió un empleo como asistente del director. El trabajo de disección lo aprendió viendo, en seis meses. Y también leyendo.

—Gano 1,500, sin prestaciones, a la quincena. Los doctores, entre 7 y 8 mil pesos, y hacen mucho menos autopsias de las que hacemos nosotros. Ponga que hacen una por mes, si es que hacen. Nosotros hacemos un promedio de dos diarias, mínimo; pero llegamos a hacer hasta cinco. Es un trabajo que no cualquiera hace, pero alguien debe hacerlo. La actividad es apasionante. A diario se aprende. Cada muerto deja una enseñanza. Necesitamos mantener alerta los sentidos. La vista, el olfato, el tacto, el oído. El gusto... ése no —y ríe—. Muchas patologías se diagnostican con el puro tacto. Sintiendo la consistencia de los órganos. Por ejemplo, en una neumonía el pulmón aumenta de peso, el volumen. Se despulen las superficies. Y al corte se aprecia salida de material purulento. Y el pulmón toma aspecto como de hígado. El hígado tiene variaciones en su tamaño y consistencia. Un hígado normal, cuando lo presionamos ligeramente, tiene

una consistencia como de mantequilla, se van con facilidad los dedos. En cambio, cuando el hígado está cirrótico, está fibroso. Pero eso no lo sienten los médicos *lejistas*.

—¿Aquí hay médicos legistas? ¿Qué hacen ellos?

—Sí, ¿no los ha visto? Son los que se sientan y hacen anotaciones. Elaboran el protocolo, lo pasan a las oficinas para que hagan el dictamen completo. Y solicitan que se hagan los análisis necesarios.

—Ellos son médicos forenses.

—Ah. ¿No entendió la ironía? —y se ríe—. Son *lejistas*. Porque ven todo de lejos. ¿Ya comprendió? No se acercan; no tocan el cadáver como nosotros. Usted nos ha visto.

Las doctoras han terminado y yo me perdí de ver la extracción de la lengua. En las gavetas — desde que bajé a acompañar a las odontólogas— ya estaban pegadas unas hojas con un letrero en plumón negro: Panteón Civil. Estaba determinando quién descansaría, por fin, en paz.

Pero hay restos que no se han ido a descansar después de varios años. El doctor Fernández me

comentó el caso de los restos del Ajusco, que después se comprobó que pertenecían a muchachos de la Buenos Aires, secuestrados por policías, en 1997. Ahí siguen tres cuerpos. Se identificaron legalmente por genética —legalmente porque Semefo no ha recibido ninguna notificación de que esos desconocidos se llamaran *Juan Pérez, Pedro López*—. No se presentaron los deudos a recoger los cuerpos; nada más cobraron la indemnización. Porque eran pedazos y a ellos no les constaba que pertenecieran a sus familiares. El Ministerio Público dio la orden a Semefo para que conservara esos restos hasta nueva orden. A dos procuradores se les ha enviado escritos, recordándoles su existencia y que den instrucciones al respecto. No se ha recibido respuesta.

En la misma situación están las piezas óseas que fueron sembradas en el rancho El Encanto, por Chapa Bezanilla en contubernio con la vidente la Paca, quien halló los supuestos restos de Manuel Muñoz Rocha, implicado en el asesinato de Francisco Ruiz Massieu, pero en realidad el esqueleto pertenecía al suegro de La Paca.

En contraste, recuerdo el artículo de periódico que narraba la búsqueda de varias mujeres en el Ajusco. Una anciana hizo un comentario que me pareció dramático:

—Busco, a ver si encuentro, aunque sea, un huesito de mi muchacho.

Los cuerpos hallados en la finca El Encanto y en el Ajusco están en las gavetas del sótano. En el primer piso hay 36 gavetas. En el sótano, 24. En periodos vacacionales, principalmente en diciembre, las gavetas se ocupan a su máxima capacidad.

Para confirmar el cálculo anual de 6,000 personas que son enviadas a Semefo, todo parece indicar que este año será una cifra parecida: el viernes 19 de julio, al mediodía, se practicó la autopsia número 3,110.

Cada vez que era sometido al triste invierno de los fosos recordaba su trayectoria en la tierra. No por la soledad y el hambre, sino por el sentido inútil de la esperanza.

Sábado 29 de junio

Esa mañana fueron enviados a la fosa común cinco adultos y dos menores, diversos segmentos humanos y ocho fetos. Algunos tienen nombre; la mayoría son desconocidos. La información sobre los cuerpos y segmentos corporales que se

inhumaron está contenida en 26 expedientes, los cuales me fueron proporcionados para su lectura, con la autorización del doctor Fernández y contrariedad de su custodio, el jefe de Archivo. Tres días tuvo que soportar mi presencia ante su amplia mesa, rodeada de sus impecables archiveros.

*Pronto llegará la aurora. Viene para decirme:
nació la claridad de tu último día.*

Cadáveres

20 de abril. Ingresó al Hospital Pediátrico de Peralvillo Marco Antonio «N» «N», menor desconocido; se encontró en la vía pública. Provenía del Hospital General de Chalco. Nació el 19 de abril. A Peralvillo ingresó en malas condiciones de hipotermia, equimosis en extremidades, neumonía. Falleció el 1.º de mayo por congestión visceral generalizada debido a la isquemia cardíaca y a la necrosis tubular que presentaba momentos antes de su fallecimiento.

14 de mayo. Ingresó al Hospital General de Iztapalapa el cadáver de una niña de 14 días, quien fue identificada como Garza García, hija de Flor Isabel Garza García, originaria de Mon-

terrey, 18 años. Cursó la secundaria. Es empleada particular. Tiene su domicilio en la colonia Bonfil. Informa que su madre la abandonó cuando se enteró que estaba embarazada. Del padre de la niña sólo supo decir que era marino y que siempre estaba en el Zócalo. Lo conoció hace un año y cuatro meses. Desde hace tres meses estaba viviendo con otra pareja. La noche anterior, la niña se despertó varias veces, llorando y tosiendo. En cuanto amaneció, Flor Isabel y su pareja salieron a buscar un consultorio; no encontraron a ningún doctor y cuando regresaron la niña ya estaba muerta. Su concubino no quiso acompañarla al hospital porque tenía que hacer un mandado. La mujer declaró que no tenía dinero para enterrar a su bebé. Aseguró que luego iría al Forense a recoger el cuerpo. Falleció de asfixia por obstrucción de vías respiratorias superiores e inferiores por paso de jugo gástrico.

16 de mayo. En la avenida Santa Fe 505, colonia Santa Cruz Manca, Cuajimalpa, fue hallado el cuerpo de un desconocido en la cisterna de un edificio de 28 pisos hacia arriba y diez pisos para estacionamiento hacia abajo. En el piso 10 está la cisterna. Un ayudante de albañil bajó a la cisterna a sacar agua; a la cuarta cubeta se dio cuenta que había una mancha. Al rato, con ayuda de una lámpara, vio que se trataba de un cuerpo en

avanzado estado en putrefacción. Se le calculó una edad entre 25 y 35 años. La autopsia reveló que murió de infarto pulmonar.

29 de mayo. En Sor Juana y Bordo de Xochiaca, colonia Benito Juárez, Ciudad Nezahualcóyotl, fue golpeado brutalmente un Masculino de 35 años, de 1.74 de estatura. Ingresó vivo al Hospital de Balbuena. Falleció el 1.º junio a causa de un traumatismo craneoencefálico.

7 de junio. A las 6:39, una patrulla de Coyoacán halló a un indigente desconocido sobre el pavimento del primer carril de avenida Copilco el Alto, esquina con Jurisprudencia. Medía 1.60, delgado, moreno. Se le calculó una edad de 25 a 30 años. Estaba ligeramente borracho —190 miligramos de alcohol etílico por 100 mm de sangre—. Falleció por el conjunto de traumatismos y fracturas en todo el cuerpo, principalmente en el cráneo.

7 de junio. A las 22:10, murió atropellado un desconocido de 21 años, 1.69 de estatura. En Avenida Reforma, casi Eje 1, un auto —Neón 296 JUF gris— atropelló y mató a un sujeto que calzaba botas largas, con cierre, para dama. Sin calcetines. Pantalón de mezclilla. Cinturón negro. Payado de color morado. No se sabe si son pantaletas o calzones, pero llevaba puestos dos; uno

blanco y el otro azul con rojo. El conductor intentó frenar cuando se le cruzó el transeúnte, pero el coche se derrapó. Se detuvo de inmediato. Los testigos lo golpearon y lo detuvieron hasta que fue entregado a la patrulla.

13 de junio. En la calle de Murciélago, manzana 13, lote 12, colonia Agrícola Metropolitana, Tláhuac, fue hallado el cuerpo de quien en vida llevara el nombre de Daniel Contreras Cruz, 45 años. Lo encontraron muerto en un cuarto que alquilaba desde hacía cuatro años. Sus vecinos lo vieron por última vez el lunes 10 de junio a las 10 de la noche. Venía de comprar pan y leche, en compañía de su perro. El jueves por la mañana se empezaron a preocupar porque no habían visto al Güero; además, en su vivienda se veía luz, se escuchaba la televisión y el perro ladraba desesperadamente. Fueron por un policía, quien dio aviso y procedieron a abrir la vivienda. El cuerpo estaba en estado de descomposición. En su agenda se encontraron dos teléfonos, el de Ramón y Ana, pero nadie contestó. Murió de infarto pulmonar y congestión visceral generalizada.

Llegan ladridos de color morado. Cae la puerta de color ladrillo.

¿Cómo le hacen las manos para revivir lo palpado o la tierra de ayer acumulada en las uñas?

Segmentos humanos

13 de abril. En Jalapa y avenida Cañada, colonia Cañada, en el interior de la presa Becerra, solamente se hallaron los glúteos y muslos. El fragmento fue cortado a la altura de la cintura y de las pantorrillas. Se encontró en una bolsa de hule color negro. Tiene de muerto entre 30-45 días. Corte irregular de corte no fino de piel. Fauna en forma de larvas y devorado por depredadores. Presenta pérdida de tono muscular del esfínter ano con pérdida de pliegues anales y con presencia de desgarró anal. Tiene un año de edad.

1° de mayo. A las 3:50 horas, en Periférico sur, Tlalpan —a la altura del número 4,839 de la Cámara Nacional de la Industria de la Construcción, colonia Jardines en la Montaña—, en el carril de baja velocidad se aprecia un miembro pélvico desgarrado, con un pants azul marino, también desgarrado.

31 de mayo. José de Jesús Escobar Cerón lle-

gó al hospital Balbuena, procedente de Otumba, Estado de México. En un molino se estaba triturando alimento para becerros; el artefacto estaba conectado al tractor. José pasó junto a la máquina con unos costales en la mano derecha, los cuales se enredaron en un eje y no pudo impedir que el molino le diera un fuerte jalón; sintió un gran dolor. Se percató que el triturador le había despendido casi en su totalidad el brazo derecho. Lo donó para su estudio o para que sea desechado.

Su hermano firma la declaración pues José «ya no puede firmar, debido a la amputación».

4 de junio. Josué Rivera Azuara, 17 años, llegó al Hospital Central de la Cruz Roja, con quemaduras de tercer grado en la mano derecha, la cual quedó atrapada accidentalmente, por cinco minutos, en una máquina con rodillos calientes para asbesto. Sufrió la pérdida de dos dedos: meñique y anular. Es originario de Veracruz, donde conoció a Adelfa Durán, quien, como él, profesa la religión Testigos de Jehová, y lo invitó a venir un día a México. A mediados de mayo decidió tomarle la palabra y llegó a la casa de Adelfa, en Nautcalpan. En ese municipio, Josué vio un anuncio donde se solicitaba mensajero. Se metió a pedir informes; mientras lo atendían vio unos rodillos y encima unos polvos blancos. Se le hizo fácil tocar dicho polvo con su mano derecha; los rodillos le

apresaron la mano.

7 de junio. José Luis Flores Rocha, 35 años, ingresó a la clínica del Seguro Social, donde sufrió la amputación traumática de tres dedos del pie izquierdo; primero, segundo y tercero y falanges óseas. Sufrió un accidente vehicular cuando manejaba su motocicleta en Avenida Central, esquina Valle de las Zapatas, colonia Impulsora. A las 15:30 horas, en el trayecto a su domicilio se impactó en la parte trasera de otro vehículo. Cayó al suelo y fue atropellado por otro coche, el cual le pasó los neumáticos sobre el pie izquierdo.

8 de junio. Ernesto García González, 24 años, sufrió la pérdida del cuarto y el quinto dedo de la mano derecha. Estaba recolectando botes de aluminio en el basurero del Valle de Chamizal. Vive en Mauritana 53, Delegación Iztapalapa, colonia Cinco Estrellas. García González vio que un camión de color oscuro llegó a tirar basura y se acercó para ver lo que traía. El camión tiró su carga. Ernesto vio tiras de plástico que se enrollaban en la parte posterior del camión. Metió la mano derecha y el camión arrancó hacia adelante; él la retiró hacia atrás. Y sintió gran dolor: se le habían desprendido los dos dedos. Las tiras no se trozaron, pero le arrancaron los dedos. El camión se retiró. Los dedos quedaron en el suelo. Ernesto los recogió con la mano izquierda. En un taxi

se dirigió al hospital de Ecatepec. «De los dedos ya no pudieron hacer nada. Ya no es de su deseo recuperarlos».

12 de junio. Luis Miranda Pérez, 70 años, ingresó a la clínica del Seguro Social en Torres Adalid 1305 para amputarle su pierna izquierda. En marzo de 2001 se cayó y tuvo una fractura de cadera izquierda. En el hospital de La Villa le pusieron una placa con 9 tomillos. En junio se volvió a lastimar porque se rompió la placa. Se le recetó un clavo gamma, que costaba 19,000 pesos; como carecía de esa cantidad, lo solicitaron por beneficencia pública; se lo entregarían hasta septiembre. Mientras tanto, lo mantuvieron internado un mes. Posteriormente, se enteraron que era derechohabiente. En agosto ingresó a Torres Adalid, por ruptura de placa y proceso infeccioso. De ese mes a diciembre le realizaron cuatro intervenciones. El 14 de mayo de 2002 continuó el proceso infeccioso; lo curaron en tres ocasiones. El 12 de junio le amputaron la pierna porque la infección ponía en riesgo su vida. Quien narró todo lo anterior es un señor que se encarga de cuidarlo porque Miranda Pérez no habla ni oye.

Su caída se debió a que una mañana, don Luis salió a la calle Marcos Carrillo, frente al 309 bis, a echar agua para limpiar la suciedad de los perros.

*La luz no ha vuelto a encabezar la madrugada.
Quiénes han muerto sin nacer la lloran.*

Fetos

13 de mayo. A las 12 horas, en Tláhuac, los policías preventivos al mando de la patrulla 4712 certificaron el hallazgo de siete fetos en diversos frascos de mayonesa McCormick y Café Internacional. Se encontraron en un despoblado con montículos de basura y cascajo, ubicado en Camino Real Minas, casi esquina con calle Miguel Negrete, colonia Zapotitlán. El tiempo de gestación de los fetos se calculó entre las siete y 29 semanas. Un frasco contenía un fragmento de útero. La autopsia confirmó que nadie «vivió ni respiró fuera del claustro materno». Y la causa de la muerte: «Expulsión prematura del claustro materno».

Los fetos fueron hallados por dos niños que estaban jugando en el basurero porque habían visto juguetes. Cuando vieron los envases fueron a decirle a su mamá que había «unos frascos como con niños». La señora no les creyó y les pidió que ya no salieran. Pero su abuelito salió a ver y lo confirmó.

12 de junio. En un estacionamiento público

se halló un feto de tres meses de vida intrauterina, a un costado de su madre, Carmela Ramírez González, 25 años. En las manos de ésta había manchas hemáticas. Como parecía estar mal de salud fue trasladada en una ambulancia de la Cruz Roja. En el estacionamiento, ubicado frente al número 60 de la calle Peñón, había un altar de la Virgen María, de ocho metros cuadrados. Abajo del retablo estaba un coche quemado; en la llanta posterior, a 1.50 de la guarnición del altar, se hallaron dispersos varios trozos de carne y líquido hemático. Carmela dormía en ese vehículo. Se abrió la averiguación para esclarecer el aborto u homicidio cometido en agravio del producto, el cual murió de asfixia *no-natorum*.

Pero yo, siempre por debajo de todo, sigo pensando que gritar es cosa de mudos y que escuchar es intercambiar ecos con barcos fantasmas o con muertos que han perdido la esperanza de vengarse.

Sábado 29 de junio, 10 de la mañana

Juan Carlos Buenrostro tiene el control de la ciudad en las manos. En una, sostiene una radio donde escucha más de 2,000 frecuencias, donde

se captan las instrucciones directas que los altos mandos de la policía dan a sus subalternos. Ya reconocen las voces del secretario de Seguridad Pública, Marcelo Ebrard, la del procurador general de Justicia, Bernardo Bátiz, y la de los diversos directores operativos sectoriales del Distrito Federal. También capta los movimientos que realizan los diversos grupos especiales y algunas autoridades jurídicas de la capital. En esa radio igualmente escucha, en el instante preciso, dónde se está engendrando la violencia. En qué sitio se ha descubierto un cadáver. Un percance automovilístico. Y además, detecta cualquier llamado de emergencia a los grupos de rescate, bomberos, ambulancias. Domina las 500 claves que manejan las diversas instituciones. Por ejemplo, la Cruz Roja maneja 100; lo mismo que la Secretaría de Seguridad Pública. Por más que intenten cambiarlas, los periodistas consiguen descifrar las intrincadas claves que inventan las autoridades para despistarlos. Es batalla perdida porque los reporteros gráficos consiguen llegar al punto donde se está suscitando la noticia.

—En este momento estamos escuchando la detención de tres sujetos que acaban de asaltar un microbús en San Lorenzo Tezonco.

En la otra radio Buenrostro capta la señal de los reporteros de Televisa y Televisión Azteca;

de Radio Red y Formato 21, las cuatro empresas cuentan con helicópteros. Los periodistas de estas fuentes se ponen de acuerdo con los reporteros de la fuente de Policía y todos trabajan en perfecta coordinación.

—Digamos que salen seis asuntos al momento: una volcadura, un secuestro, un incendio, un choque, una persecución y cientos de comerciantes que se están enfrentando con granaderos en el Zócalo. ¿A cuál vamos? Tras una rápida consulta, arriba de la ambulancia, discutimos y tomamos la decisión que más convenga, desde el ángulo periodístico, sabiendo que va a ser noticia. No podemos ir al choque donde hay dos muertos mientras en el Zócalo se están sacando la sangre. A la gente le interesa más el pleito de los granaderos, que los dos muertos. El público está viendo en la televisión los sucesos del Zócalo. Está oyéndolos por la radio. Por eso, cuando llegamos al periódico, el jefe de la sección, al vernos, nos dice: «¿Traes lo del Zócalo?». Los directores no están escuchando las frecuencias; están viendo la tele.

»Hoy sábado, en *El Universal*, la nota policiaca ocupó la primera plana, por la balacera que se suscitó entre delincuentes y custodios de la camioneta de valores, donde resultaron tres muertos y cuatro heridos en Ecatepec, tras un asalto

a la sucursal de Telmex. Ayer, muy temprano, escuchamos esta información por la frecuencia y nos coordinamos con los demás medios. Nosotros estábamos en Iztapalapa. Le pedimos, de favor, al helicóptero de Radio Red que avanzara para que nos confirmara. Cinco minutos después nos dijo: “Está bueno. Váyanse acercando. Deben entrarle por esta avenida. En tal calle se van a topar con un embotellamiento, pero denle a la derecha, a la izquierda y ahí está el edificio...”. Ya llegamos, tomamos nuestras gráficas, datos... Vimos el levantamiento de cuerpos... Cuando suceden estos hechos es cuando se hace el boom de la noticia. Ya tiene conocimiento la radio, la televisión y nosotros. Pero a quién le interesa que acababan de matar a una mujer en Iztapalapa... Que si no hubiese habido esa balacera, la joven asesinada habría sido la nota del día. Es probable que haya sido ejecutada porque los testigos dicen que en cuanto vio a su agresor, ella se dio la media vuelta y se echó a correr; el sujeto le disparó por la espalda. Su bolso quedó junto a ella.

»Pero hay días que no hay nada. Nada. Y es tanta nuestra desesperación por sacar algo, que si hay un choquecito laminero, vamos».

Estábamos platicando frente a un puesto de comida. Había un gran tablón como mesa y una camioneta con alimentos. Los dueños, una joven

pareja obesa, atendían a los reporteros a cuerpo de reyes. Cuando llegué estaban desayunando, sentados en hilera, en banquillos de plástico. Algunos leían los diarios. Había un tendido de periódicos y revistas en el suelo; debe de pertenecer al expendedor que está a un lado de la Academia San Carlos. Aparte de la pareja, hay otra mujer todavía más gorda que acompañaba a la dueña; las dos se enfrascaron en sordas competencias para obtener el premio de vulgaridad y dobles sentidos. Eran de esas léperas que en lugar de dar fregadazos, como los hombres, sueltan palabrotas con el fin de agredir; sobre todo para provocar la risa de los hombres. Las carcajadas eran como aplausos para estas ñeras. Los periodistas las festejaban continuamente; eran su público obligado.

A las 10:34, Juan Carlos interrumpió la conversación para gritarles a sus compañeros, que estaban echándose una cascarita con las gordas:

—¡Hay un ahorcado! Aquí en Violeta y Hé-
roes.

—Está cerca. Vámonos.

—¡Pero es un ahorcado vivo! —alguien más
gritó.

«Ya empezaron de cábulas», pensé.

Se pusieron en movimiento, mientras Juan Carlos detallaba:

—Es un niño de la calle. Estaba colgado de un árbol.

En unos segundos todos estábamos arriba de la ambulancia. Apenas se estaba echando a andar, cuando Juan Carlos dijo:

—Ya no. Ya llegaron los paramédicos. Ya lo descolgaron. Estaba vivo. Tenía cinco años.

Casi de inmediato se escuchó otra información, que Juan Carlos tradujo:

—Se cayó una barda sobre un albañil. Por el eje 2.

Y ahora sí arrancó la ambulancia, con la sirena abierta. En varias ocasiones se metió a contra flujo. Era emocionante ir a esa locura de velocidad y que los coches cedieran el paso, creándose un desorden momentáneo. Ya conocía esa experiencia, como voluntaria de la Cruz Roja, a los 15 años. En esta ocasión duró poco el acelere porque a los cuatro minutos Juan Carlos dijo que ya habían recogido al albañil y lo habían trasladado a Balbuena.

—Como no hay nada, todos los auxilios están

llegando muy rápido —me dijo desde su lugar de copiloto. Yo estaba cerca de las puertas traseras del vehículo. Solo había seis fotógrafos.

Juan Carlos ya me había comentado que a veces, cuando son los primeros en llegar, deben darle preferencia al herido. El paramédico le brinda atención médica y los fotógrafos le ayudan. Toman las fotos y lo suben a la camioneta. Hacen contacto con otra ambulancia y le trasladan al herido. También han ayudado a dar a luz a una mujer. Han sacado lesionados de edificios. Y en algunos secuestros han sido intermediarios entre los plagiarios y las autoridades.

Regresamos a la base. Se apagó la sirena y circulamos como Dios manda. Por el camino, varias patrullas reconocieron a la ambulancia y todos daban la misma información: ya no había nada. Cuando nos estacionamos, algunos nos quedamos arriba de la ambulancia. La tibieza y el silencio me estaba provocando sueño, pero hubo llamado para comer:

—¿Otra vez? —pregunté asombrada—. Pero si acaban de comer.

—Eso era el desayuno. Ahora es el almuerzo.

Ya los gordos les tenían el altero de tortillas ca-

lientes, carnitas, guacamole y salsa roja. Podían pasarlos con cerveza o refrescos. Los acompañé con un taco de aguacate. Las gordas me miraban con atención. Claro, era raro que una mujer acompañara a los fotógrafos. A lo mejor por un celo de género estaban luciéndose.

Desde que regresamos, los reporteros decidieron que así como pintaba el panorama, tendrían que ir a cubrir la marcha del orgullo homosexual. Empezaron a pedir informes. Se iniciaría a las 15 horas, aunque la cita para reunirse era a la una de la tarde. Su trabajo es conseguir gráficas; las que ahí se obtendrían serían buenas, sin lugar a dudas. Juan Carlos le llamó a un colega, por la radio:

—¿Vas a ir a la marcha? ¡Ve! Yo te retrato.

A las 14:30 el cielo estaba gris y amenazaba tormenta. Me despedí de los fotógrafos que ya se preparaban para ir a la festiva marcha.

Cuando se cierran los ojos de las cosas, no podrás contemplar tu repentina desaparición.

Lunes 1º de julio. Mañana

En la oficina de Servicios Periciales de la Delegación Benito Juárez estuve platicando varias horas con los peritos Elda y Marcos en espera de algún suceso interesante. El criminalista Marcos Pineda Martínez es robusto, moreno, pelo chino, con anteojos. Me estuvo narrando algunas muertes que a simple vista parecían un asesinato. O suicidios que aparentan ser homicidios. En el primer caso, me contó la muerte de un homosexual que estaba muy deprimido por el reciente fallecimiento de su pareja, también gay, a causa del sida. Dejó escritas varias cartas que revelaban con claridad su estado de ánimo. Incluso le pedía a su hermana que enmarcara una fotografía donde estaba con su amado, porque «fue el momento más feliz de mi vida». También dejaba 400 pesos para que lo incineraran. Hablaba de su enemistad con la vida, pero no señalaba en ningún lado que pensaba quitársela. Las cartas no estaban fechadas.

—Cuando un suicida deja una carta, lo primero que señala es eso: me quito la vida por tal razón.

Estas cartas se hallaron esparcidas, cerca del cadáver. Había un gran desorden alrededor del cuerpo, pero sin rastros de violencia, aunque el hombre presentaba señas de haber sido golpeado en el rostro antes de morir. El cuerpo quedó frente al sofá, hincado, con la cabeza reclinada sobre el mueble. Con los brazos a cada lado del cuerpo, pero con las manos dobladas hacia atrás.

Al judicial le parecía clarísimo que había sido un asesinato:

—Ya tengo al bueno. Ya lo tengo sobre la mira; nada más necesitamos demostrarle otro. ¿Verdad que se echaron a éste?

—No puedo decirte nada. Hay que esperar los resultados.

—Pa' qué tanto argüende. Cualquiera puede ver que a éste se lo echaron.

—¿A ti qué te parece? —me preguntó.

—Que lo mató un conocido... —me siguió haciendo una serie de preguntas, las cuales contesté erróneamente. En cada respuesta, él me exponía algún detalle que echaba abajo mi consideración.

—Entonces, ¿por qué todo parecía indicar que

había sido suicidio? ¿Y el desorden? ¿Y los golpes?

Ante mi falta de respuestas, Marcos me reveló:

—Lo golpearon en la calle. Llegó y le dio un ataque, por eso quedaron sus manos así. De ahí el desorden, por los movimientos descontrolados.

Después nos pusimos a hablar de la personalidad de los suicidas.

—¿Hay suicidas que construyan un escenario expresamente para culpar a otro, en venganza? —le pregunté.

—Digna Ochoa —de inmediato me respondió Marcos.

—¿De verdad te consta que fue suicidio? Yo no lo creo. ¿Qué elementos tienes?

Estábamos conversando afuera de la oficina, cerca de una columna. En ese breve espacio describió la ubicación de los muebles de la oficina de la abogada. Así como cada uno de los movimientos de la occisa previos a la muerte.

—No hay rastros de un brazo ejecutor, que no sea el de ella. Por la trayectoria de los proyec-

tiles y porque no había masa encefálica en el librero próximo a donde se encontró el cuerpo. No hay rastros de que ella se haya defendido; no era una persona que fuera a entregarse mansamente a sus ejecutores. No se iba a postrar tan sumisamente para recibir el tiro de gracia. Un ser humano en esas circunstancias muere, rasguña, pateo... Hasta que le tiran un golpe para inmovilizarlo. Aquí, nada. Un orden meticulosamente planeado.

—Y el talco, ¿con qué fin lo esparcieron? —le pregunté.

—Para dificultamos la investigación.

—¿No lo pudieron regar los asesinos?

—¿Para qué tanto trabajo? ¿Por qué no la mataron en la calle, fingir un asalto y achacarle la muerte a la delincuencia?

—Es que suena muy descabellada la teoría del suicidio.

—Lo sé. Pero estamos hablando de personalidades suicidas. Ya tienes un caso.

A lo mejor tiene razón Marcos. Si Digna Ochoa tenía la seguridad de que la iban a matar, era muy factible que la desaparecieran. Para evitarle a sus

seres queridos la agonía de la búsqueda e inútil espera, mejor tomó esa decisión que ponía en primera plana su muerte y en franco descrédito internacional al gobierno mexicano. Linda venganza. Casos de esta relevancia son los que ponen en entredicho la credibilidad de la institución. Al respecto Pedro Estrada me hizo un comentario:

—Sabemos que la sociedad no confía en la Procuraduría. Estoy convencido. Y no confía porque no sabe quiénes somos, qué hacemos, cómo lo hacemos, cuáles son nuestros recursos. Toda la gente ve programas en canales como Discovery Channel, y créame que todo lo que hacen ellos, nosotros también. El equipo que ellos tienen es exactamente el mismo que tenemos nosotros. Y está bien que no haya tanta difusión del trabajo que realizamos. Si lo diéramos a conocer, los primeros que analizarían esas nuevas herramientas y equipos serían los delincuentes.

Me retiré a las 14 horas. Regresaría para acompañarlos a velar. Cuando me estaba despidiendo, le entregaron a Marcos el expediente de los Bentacourt. Qué ganas de arrebatarlo. Tratando de ocultar mi codicia y fingiendo tranquilidad, le pedí que me lo dejara leer en la noche.

—Como oíste, me están solicitando, con ur-

gencia, que relacione las circunstancias del primer accidente con el segundo. Yo ya hice mi trabajo, pero al M. P. le gusta que le entregue por escrito lo que por lógica ya está en los documentos. Está bien... Yo retengo el expediente hasta mañana.

La luz hiere. Al mismo tiempo deja ver la herida. El amor, hiere, pero no descubre el tajo que produce.

Lunes 1º de julio. Noche

Regresé a las 22:30 y empecé a leer los dos expedientes que relatan las circunstancias en que fallecieron las seis víctimas en el interior del departamento 102, de la calle de Yosemite 71-C. La experiencia fue semejante a la lectura de una apasionante novela a lo largo de ocho horas, que por momentos se convertía en película de suspenso.

El primer expediente relata las circunstancias de la muerte de la joven Verónica y su novio Ricardo, descubierta el 19 de julio de 2001, a las 15 horas. Verónica era una de los cinco dueños que se repartieron los 18 inmuebles, divididos en tres torres, A, B, y C, cada uno con seis departamen-

tos. Todos ellos amueblados y en renta. El administrador declaró que Verónica se dedicó personalmente a vigilar los trabajos de reparación de ese departamento. Las fotografías del mismo nos muestran una estancia de paredes pintadas de blanco, con una sala grande, de piel negra. Una cama individual, con colcha floreada. Un pequeño librero con videos caseros y algunos libros. Los muebles son escasos. En la cocina hay un perro blanco de peluche encima del refrigerador; adentro está enfriándose una botella de champagne.

El bóiler carece de los tubos de salida. Está expuesto el orificio del calentador donde debió colocarse el tubo. En la pared está el otro agujero, que debió salir al exterior, con su respectiva campana. El techo está amarillento, como si la flama lo hubiera ahumado.

Verónica tenía menos de un mes de estar viviendo ahí. O quizás sólo lo visitaba en compañía de su pareja. Los cuerpos fueron hallados en la regadera. Habían terminado de bañarse. Ella está recargada, en cuclillas, en la pared, como si se hubiera resbalado. Ricardo queda junto a ella, también con las piernas flexionadas. Agachados, cercano uno de otro, como dos niños jugando a las escondidillas. La pareja luce delgada. Ya se habían puesto una toalla de salida, en la cintura. Ya habían corrido la bonita cortina de baño,

de grandes rosas. Pero no pudieron dar ni el primer paso fuera. Así los encontraron los padres de Ricardo, 52 horas después. Los cuerpos están cubiertos de grandes zonas rosáceas. Al desdoblarlos, se puede apreciar que en el abdomen de ambos ya hay manchas verdes, los primeros signos de putrefacción.

En esa ocasión, el 14 de enero de 2002, el M. P. determinó el «no ejercicio de acción penal»; no se fincaron responsabilidades contra nadie porque la dueña había estado al frente de las reparaciones. El departamento lo heredó su madre, Angelina María Gómez Macías. El inmueble permaneció cerrado mientras se realizaban las averiguaciones correspondientes. Las autoridades lo devolvieron a su dueña el 19 de febrero de 2002. En marzo fue rentado a un inquilino que lo usó por un mes. Y el 15 de mayo Said o Emilio Giacaglia, en compañía de Imelda, lo rentaron por cuatro meses, los cuales fueron pagados por adelantado. La renta mensual del amueblado ascendía a 6,500 pesos. El contrato señala que el mes de depósito quedaba pendiente y sería pagado el 15 de junio.

Como el departamento contaba con todo lo necesario para vivir, la pareja lo ocupó de inmediato; nada más llegaron con sus maletas. Todos los vecinos los consideraron marido y mujer. Pero Said continuaba casado con Rocío Betancourt

Ávila, con quien contrajo matrimonio en junio de 1996. Said tenía 19 años, y Rocío, 26. Los primeros meses vivieron en diversos domicilios de sus familiares. Luego decidieron probar fortuna en Cancún. Said no encontró trabajo y regresaron. Pero tiempo después volvió a Quintana Roo porque le ofrecieron un buen empleo. Y así, poco a poco, Said fue distanciándose de su esposa e hijos, hasta que hace tres meses decidieron separarse. Acordaron que Said tendría a los niños los fines de semana.

Probablemente, Rocío determinó cambiar el acuerdo porque su hijo Luis Enrique le dijo que su papá tenía una novia que se llamaba Cindy, «que le daba de besos y le decía *mi amor*». Rocío le reclamó y Said lo negó. Para fastidiarles la luna de miel, quizá, Rocío decidió dejarle a los niños de tiempo completo argumentando que su trabajo le impedía cuidarlos debidamente. Said aceptó, pero en los días siguientes, en varias ocasiones, le comentó que los niños la extrañaban mucho. Ella se comunicaba diariamente con su familia al celular de Said; desconocía el número del teléfono del departamento. Luis Enrique tenía otro celular, exclusivamente para hablar con su mamá.

Cada expediente tenía un «plano de abatimiento de paredes», que sirve para consignar con exactitud la ubicación y las distancias de todos los

elementos en relación con el cuerpo. Consiste en bosquejar la habitación y su continente en forma tal, que paredes y techos se dibujan como si estuvieran en el mismo plano del suelo. En el expediente de la familia Sosa Bentacourt había 80 fotografías, aproximadamente. Es sorprendente que a partir de las tomas sucesivas pueda revivirse con tanta fidelidad el escenario de las cuatro muertes.

*¿Con qué ojos estamos viendo lo que recordamos?
¿Cómo son esas imágenes que han logrado escapar de la trituradora del olvido?*

Al cuerpo de Said se le nombra Cadáver 1. Se entiende que estaba cenando ante la mesa del comedor, que consta de cuatro sillas de madera; la mesa es redonda, con cubierta de vidrio, sobre la cual hay una bolsa de Kentucky, un envase grande, de plástico verde, de refresco Sprite. Un tupper cerrado, que se adivina, por los hongos, con comida descompuesta. A un lado de Said, a su izquierda, hay una mesita donde está colocada la televisión. Se infiere que se resbala de la silla, despacio, porque no tira nada. Su codo derecho queda apoyado sobre el asiento de la silla donde

estaba. La cabeza queda recargada a la mitad de la pantalla del televisor, que está encendido. Es grotesca la imagen del rostro abotagado y ennegrecido, descansando sobre los brillantes colores de las caricaturas. Su playera blanca tiene una mancha amarillenta, a la mitad del pecho. Lo rodea un charco de sangre, lago hemático. Los niños están a su izquierda, acostados sobre un colchón matrimonial, inflable, cubierto por una sábana guinda.

Luis Enrique es llamado Cadáver 2. A su derecha está su hermano, Cadáver 3, quien quedó bocabajo, con la cabeza de lado. Los tres cuerpos masculinos visten playera y bóxers estampados.

En la recámara, sobre el lecho, boca abajo, está Imelda, cadáver 4. Pareciera que empezó a desvanecerse al pie de la cama, pero consiguió, a gatas, llegar al buró para descolgar el auricular y pedir auxilio, pero no lo consiguió porque el teléfono estaba descargado. Queda cubierta, de la cintura para abajo, con una toalla azul marino.

En el suelo, cerca de la cama, hay un frasco roto con cerezas. En un librero hay una fotografía de los niños. Guapos, de ojos grandes y expresivos, cabello ondulado; se parecen a su papá. En la foto de la licencia, Said se ve atractivo. En el retrato de Sam's Club trae una gorra de béisbol con la vise-

ra en la nuca. En el momento de morir luce una barba castaña, de candado, perfectamente bien cuidada.

La cocina integral podría llamarse lujosa. La cubierta semeja un mármol azul marino. Hay un pequeño horno de microondas, blanco, como todo el mobiliario de la cocina. Lavadora. Refrigerador. Burro de planchar. Sobre una de las hornillas hay una olla de aluminio con caldo de pollo, echado a perder. En el fregadero están dos botellas de vino tinto, Concha y Toro. Reserva Brut. Sumergidas en el agua, como si las hubieran puesto a enfriar. Una de ellas está descorchada y se ha consumido en un tercio. Se supone que únicamente Imelda bebió, porque en el cuerpo de Said no se halló la presencia de alcohol.

La ubicación de los cuatro cadáveres confirma a los peritos «que la asfixia es simultánea porque no hay agolpamiento de cuerpos».

El calentador de agua ya posee el tubo correspondiente, pero carece de abrazadera; nada más está insertado al tubo plateado. En el exterior se aprecia que el orificio de salida está protegido por una cubierta, a modo de techo de dos aguas. Y al centro está una tapa redonda, que debe abrirse al momento de encenderse el calentador. Pero no se abrió. Estaba sellada a consecuencia del sarro.

Por eso regresó el monóxido de carbono. Los tubos y los aditamentos, lo mismo que el calentador, son ultramodernos, bonitos, pero ese dispositivo —el de la tapa que se levanta— es peligroso. Es preferible —me dijo el criminalista Marcos—, la usual chimenea de campana, la clásica, la que tienen los demás departamentos. Por más que se enchueque o se caiga, siempre que esté conectada al exterior, no causará este tipo de accidentes.

En toda la casa hay desorden de uso, como le llaman los peritos al tiradero normal que los habitantes van haciendo en cada uno de sus actos. Lo contrario se llama desorden de búsqueda y saqueo. La sala es la misma que usaba Verónica, así como las cortinas floreadas de la regadera.

Las coincidencias en ambos casos son éstas: las parejas eran jóvenes. Las dos se preparaban a celebrar con bebidas caras y estaban enfriándose. Acababan de usar la regadera. Tenían menos de un mes de vivir en el 102. Era época de lluvias. La televisión quedó encendida.

La observación detallada de los cuatro cadáveres me permitió entender que los cuerpos tenían varias flictenas —bolsas de agua o grasa de 10 y hasta 15 centímetros de largo por 10 de ancho—, que con el levantamiento y traslado se reventaron. Por eso les vi la piel roja, abierta; circuns-

tancia que el médico forense denomina desprendimiento dermoepidérmico generalizado. Pude apreciar en diversas áreas que la piel estaba teñida de rojo escarlata, accidente que de inmediato permite determinar «con gran probabilidad que esta coloración se produce por la presencia de monóxido de carbono en la sangre, siendo esto un envenenamiento».

Varios vecinos del edificio recibieron notificación para presentarse a declarar. Hablaron tanto del mantenimiento al edificio como de la familia fallecida. Nadie aportó datos valiosos al respecto porque tenían poco tiempo de conocer a los Sosa. Sin embargo, no vacilaron en darle a Said el calificativo de gente amable y educada. Incluso, un vecino comenta que el «señor Emilio le hizo la plática a propósito de un perrito que yo llevaba cargando». En cuanto al mantenimiento del edificio, no se quejaron demasiado. Algunos señalaron que después del fallecimiento de Verónica, se cambió el tanque de gas estacionario. Asimismo, periódicamente los empleados de una compañía revisaban las instalaciones de gas de cada departamento; el último se hizo en febrero.

También se presentó a declarar, de nueva cuenta, la hermana de Verónica, Angelina, quien en el anterior caso se puso al frente de todos los trámites legales y jurídicos que se desencadenaron

a partir del accidente. El Ministerio Público tuvo especial cuidado en solicitar informes sobre el desempeño de Humberto Cabrera López, administrador del edificio, «porque era el encargado de realizar cualquier reparación de los 18 departamentos». A varios de los testigos se les solicitó que proporcionaran la media filiación de Cabrera, como medida preventiva, como si se temiera que pudiera huir.

Las declaraciones de las dos conserjes, madre e hija, aportaron datos históricos del inmueble, de los propietarios originales y de los herederos. La madre tiene 28 años de prestar sus servicios. La hija relató que varios vecinos, desde el sábado, le dijeron que olía muy feo el edificio, que revisara los botes de basura o buscara si había algún animal muerto. Su relato coincidió en varias partes con el de Elizabeth Antonio, secretaria del administrador.

Por su parte, el encargado de la pensión declaró que Said contrató desde el 15 de mayo pensión nocturna para guardar el coche. Y dijo que tanto Imelda como Said iban a recogerlo. El 19 de junio el encargado entregó el vehículo —Chrysler, tipo Cirrus, 1997— a la Fiscalía Desconcentrada en la Delegación Benito Juárez. Del mismo modo, quedó bajo custodia la laptop de Said, así como la detallada relación del estado de sus cuentas ban-

carias, donde se señala cada número de cheque que firmó y sus respectivas cantidades.

También se giró instrucciones para averiguar la procedencia del vehículo o si estaba reportado como robado. Se averiguó que Said se lo compró a Eduardo Carrara Alba, quien no se presentó a rendir su declaración porque los vigilantes de su casa afirmaron que se encontraba fuera del país y se ignoraba su paradero. Asimismo, se confirmó que no fue alterado su número de serie. En un sobre tamaño carta, engrapado y color manila, se guardan las llaves del auto, dos controles, seguro y la tarjeta de circulación. Rocío señaló que Said le había comentado que el auto lo había comprado en 100 mil pesos.

La noche es malva cuando avanza, azul si se derrite, blanca si se desgasta.

Martes 2 de julio, dos de la mañana

Interrumpí mi lectura para acompañar a Marcos y Elda al Hospital de Urgencias Xoco para tomar los datos de dos individuos que habían ingresado con vida, pero que habían fallecido en las instalaciones. Un hombre, por atropellamiento.

Y un anciano que falleció a consecuencia de una caída. Abordamos el Volkswagen blanco, con el logo de la Procuraduría y con la leyenda Servicios Periciales. Salimos a la clara tranquilidad de la noche. A las avenidas despejadas y semáforos de titilantes luces ámbar. Imposible que alguien esté muriéndose en algún lado. Que se desate la violencia. Todos duermen. Como la mujer que a pierna suelta se recogía en la sala de espera del hospital. Estaba en la primera fila, junto a la puerta de vidrio. Sus ronquidos eran atronadores, vigorosos. Elda traía una chamarra negra con el logotipo bordado de la Procuraduría y con la leyenda de Servicios Periciales. Marcos no traía ni suéter. Yo, mi bata. La luz blanca e hiriente del lugar no impedía que otras personas también durmieran sobre el piso o a lo largo de las sillas azules, unidas por una barra metálica. Todos nos miraron. Marcos hizo un ademán de taparse los oídos por la atronadora serenata de ronquidos de la mujer. Algunos se rieron y lo miraron como diciéndole: «Y eso que apenas vas llegando. Qué poco aguante». Qué bárbaro, si yo atestigüé que Marcos no cantaba tan mal las rancheras. Cuando llegué estaba ronque y ronque, en el sillón negro de Periciales. Eso sí, con una sonoridad más suave. En cuanto Elda entró, le dijo a la secretaria:

—Esa mujer se va a broncoaspirar. Tiene los pies hinchadísimos.

—Tiene cita a las seis de la mañana.

Los peritos se metieron a una oficina a recoger unos oficios. Al poco rato regresó la secretaria cargando una colchoneta ahulada, en compañía de la señora que roncaba.

—La perito nos acaba de hacer notar que puede asfixiarse. Le vamos a hacer un lugar detrás de la puerta para que se acueste y pueda descansar mejor.

—Gracias, muchas gracias —se sentó en la silla que estaba en frente al escritorio de la secretaria vestida de negro. La acompañaba una niña de 11 años, quien parecía muy contenta de estar con su mamá. Su hija la mayor estaba asistiendo a una de las enfermeras—. Pero no entiendo, qué tiene de malo. ¿Por que se extrañan? Digo... Es normal. Quiero decir: es natural que la gente ronque cuando está dormida.

Los empleados que la escucharon, soltaron la carcajada. La señora no entendió dónde estaba el chiste. Casi de inmediato agregó:

—Estoy aquí porque mi hijo, un mal hijo, me

quitó las llaves de mi casa y no me deja entrar. Con quién hablo, a quién le digo lo que este hijo me hace. Yo les agradezco que se preocupen por mí. Mis pies nunca se me habían hinchado. Quién sabe por qué están así. Por eso vine y porque este mal hijo... Con quién hablo, díganme.

Si estoy dormido, el sueño está invadido por aves congeladas. Si estoy despierto soy un pájaro encarcelado en un bloque de hielo.

En ese momento aparecieron los peritos. Nos dirigimos a la bóveda donde guardan los cadáveres. Estaba al final de un pasillo, pasando un cubo de luz natural. La puerta de la bóveda era de metal, parecida a la de una caja de seguridad. Adentro había tres camillas rodantes, con sendos cuerpos, cubiertos con una sábana. Se oía el ruido del aire que refrigeraba. Y se sentía la bocanada de aire helado. Del lado derecho de la puerta estaba un ataúd metálico, gris: una caja pecadora, como la llaman los muerteros, porque ya cargó los pecados de otro.

Tenía una etiqueta que señalaba que había sido donado por Gayosso. Varias personas ya me ha-

bían informado que, en ocasiones, las funerarias donaban las cajas de los cuerpos que habían sido cremados en los panteones. A los familiares se les informa que serán destruidas, pero en realidad las donan a las instituciones donde acuden personas de escasos recursos. Marcos me comentó que en la Cruz Roja había muchos ataúdes con la misma procedencia y con el mismo fin.

Entró el criminalista y sacó el primer cuerpo. Desconocido, como de 40 años. Un hombre delgado, moreno, manos callosas, que había sido atropellado —según nota de *El Sol de Mediodía*, del 2 de julio— en la avenida Canal del Norte y calle Bondonjito, en la Michoacana, Venustiano Carranza, por un camión de Ruta Uno. «Murió en el lugar un desconocido de 45 años y resultó herido Víctor Ángel Rincón Pérez, de 36 años.» La cabeza de la segunda víctima de este accidente estaba sobre un charco de sangre. Colocaron sobre su hombro una reglilla con el número del caso y Elda procedió a captarlo de frente y de perfil. Marcos me dio unas hojas y me pidió que tomara dictado mientras su pareja fotografiaba todas las heridas que le iba señalando. En su cuerpo entendí, súbitamente, cómo era una herida de arrastre. La piel estaba desprendida, como cuando nos caemos y nos raspamos la piel, que queda viva, sangrante. Las heridas del suicida del Metro ya

tenían un color guinda opaco, y no el rojo intenso que este hombre aún conservaba. La lesión que tenía en el hombro derecho me llamó la atención. Era un orificio. Pero no estaba reportado que hubiese recibido una lesión de bala. Esperé hasta que Marcos me la describiera. Tampoco él pudo descifrarla. Se veía con claridad la herida perfectamente redonda. Al tacto regresaba a su círculo. Marcos, siempre cauto, no se atrevió a aventurar ninguna causa. «Hay que esperar la autopsia». Procedió a guardarlo. Para sacar o meter se tiene que subir la camilla en una rampa de cemento pedregoso. La grava muestra sus filos. Apenas puedo creer que una rampa cumpla su propósito al revés: que sirva para atorar en lugar de ayudar a deslizarse. ¿O será el propósito? Los cadáveres se deslizaban tan suavemente que se estrellaban en la pared, tan cercana a la puerta. Es tan estrecho el pasillo, que Marcos sacó el cadáver hasta el cubo de luz natural, oscura y fría, para tener el espacio necesario y realizar el trabajo. La belleza lúgubre de ese lugar era propia de una fotografía en blanco y negro.

El segundo cadáver tenía una abertura a lo largo de su vientre, sin bordear el ombligo. Les pregunté a los peritos la razón. Marcos me respondió:

—Trae las costillas rotas. Mira, puede notarse a simple vista. Los médicos abrieron para sa-

ber qué órganos estaban presionándose. Como podemos advertir, este señor ya había sufrido otras caídas. Puedes ver que tiene equimosis (moretones) antiguas. Mira la coloración que le dejó la última caída. Voy a extender este brazo y qué voy a encontrar —me preguntó Marcos, que continuaba dándome clases de observación criminalista—. A veces, me daba tiempo de responder y otras, él mismo contestaba de inmediato. Le estaba costando trabajo despegar el brazo derecho del anciano, el cual estaba flexionado, sobre su pecho. Lo consiguió, levantó el brazo y me mostró las equimosis:

—Todos los golpes me están diciendo que cayó de este lado. Cayó sobre su brazo y podemos verlo con claridad.

El anciano tenía el pelo teñido de rubio cenizo. De ceja poblada y largos pelos. Blanco. Cuando lo voltearon de costado se le escapó una flatulencia que hizo que Marcos se llevara el antebrazo a la nariz, y sin poder soltarlo porque se le hubiera caído. Elda también la olió. Yo no. El hombre tenía un tapón de algodón en el ano.

Terminaron de fotografiar y de dictarme. Nos retiramos.

Si la aurora no regresara nunca, ¿dónde pondría tanta oscuridad?

Les pregunté que por qué de una vez no fotografiaban al otro cadáver. Ya había escuchado que tenían que hacerlo.

—No están listos los oficios que nos den la orden.

—Pero, ¿por qué no adelantan?

—Porque ya nos ha pasado. Hacemos el trabajo y luego nos salen que no era de muerte violenta sino de enfermedad. Y tenemos que tirar el trabajo.

—¿Y a qué horas lo van a hacer?

—Hasta que tengamos la orden.

—Pero salen a las ocho.

—No importa. Debemos venir y no dejárselo al otro turno porque el deceso se dio en el nuestro.

Cuando regresamos a la oficina, la mujer no estaba dormida, porque no roncaba, pero ya estaba acostada en el hueco que había detrás de la

puerta.

Pasamos a las oficinas generales de Servicios Periciales, Avenida Coyoacán 1635, a dejar varios rollos de fotografía para que los revelaran. A las 3:30 regresamos a la Benito Juárez. Seguí leyendo de espaldas a la ventana. No vi llegar la luz del día. Debía terminar de revisar y anotar las 500 hojas de los expedientes. No tendría otra oportunidad de leerlos, me aseguró Marcos.

El alba debe de ser un misterio con espesor de hoja.

Continué con la historia de la familia Benta-court, según las actas y los trabajos de los diversos peritos y judiciales que intervinieron en la integración de la averiguación previa.

El 21 de junio citaron a la madre de Said para devolverle las pertenencias de su hijo y nietos, según minuciosas listas levantadas personalmente por el Ministerio Público y su secretario. Y también se pidió la presencia de Angelina María Gómez Macías para que constatará si todos los muebles y enseres del departamento estaban completos, según lista firmada por Said e Imelda.

Igualmente, mandaron llamar al padre de Imelda para que recibiera las pertenencias de su hija, las cuales quedaron bajo custodia de la fiscalía hasta que se presentara por ellas. En respuesta, el padre firmó una carta poder ante un notario de Nuevo León para que en su representación, una persona recogiera las pertenencias y realizara todos los trámites que requiriera su presencia. El monto de las pertenencias de Imelda, según los peritos, ascendió a 14 mil pesos.

El rubro que me pareció interesante es el siguiente: Imelda poseía 12 *negligés*, 12 tangas, 6 faldas, 6 blusas, un juego de pantaleta y trusa, de diferentes marcas, tipos, tallas, estilos, colores y material de fabricación, «todo esto de tipo de lencería exótica, usada». Se valuó en 5 mil 840 pesos. Sería notable este tipo *exótico* porque el resto de las prendas y objetos —blusas, pantalones, perfumes, reloj, maquillajes...— debieron ser considerados comunes y no tan caros. El objeto que le seguía en valor era el teléfono celular, mil pesos.

¿Qué se hace con la ropa de los muertos? ¿Se llena de aserrín para espantar el hambre de los pájaros?

¿Qué se hace con la ropa de los muertos?

A la descripción de ese rubro se agregó el documento que atrajo la atención de los peritos y que los obligó a especular sobre las actividades a que se dedicaba Imelda antes de llegar a la Ciudad de México: un carnet de Vigilancia Epidemiológica y Control Sanitario, expedido por Servicios Estatales de Salud del Estado de Quintana Roo, Jurisdicción Sanitaria. Este carnet señala: «Centros de trabajo: Block Jocr. Cindy.»

Imelda era metódica y puntual con sus citas, pues de marzo hasta mayo se presentó seis veces a realizar sus exámenes. Este dato provocó que Servicios Periciales ordenara a Semefo que se extrajera una muestra de sangre del cuerpo de Imelda y se enviara para su análisis a Conasida. En ese momento se manejó la hipótesis de que en caso de ser positiva, podría ser un motivo de suicidio colectivo. El resultado fue negativo.

El padre de Imelda ignoraba todo de ella. Declaró que su hija salió desde los 17 años de la casa. Y ni siquiera sabía que se encontraba en México porque la última vez que la vio con vida fue en la

clínica 25 del IMSS de la ciudad de Monterrey, Nuevo León. No se indicó cuándo ni por qué estaba internada. El pasante Eddy me comentó que su padre se mostró frío, casi indiferente, cuando realizaba los trámites, que no parecía afectado. Como si siempre hubiera adivinado el destino trágico de su hija, dijo, a manera de explicación:

—Pues estas cosas pasan, ¿no?

No recibió respuesta. Ya han visto a tantos padres que han recogido los cuerpos de sus hijos como si dieran inicio a un respiro largamente añorado. Y los hijos, obedientes, siempre cumplen al pie de la letra ese deseo.

Entre los documentos de Imelda hay uno que señala que tenía un seguro de vida contra accidentes. Probablemente está a nombre de su padre, porque las autoridades le preguntaron si sabía que su hija contaba con seguro. Ni siquiera sabía...

*No hay misericordia para los muertos sombríos.
No se merecen ni la sombra que los duplica; tam-
poco son dignos del olvido. Su privilegio es men-
digar la vida del pantano.*

Estos datos hicieron suponer a los peritos que Imelda era promiscua o sencillamente se dedica-
ba a la prostitución y que su nombre de batalla
era Cindy. El criminalista Marcos me comentó
que vio una fotografía donde ella está en bikini en
compañía de Said. Lucía escultórica y muy gua-
pa. Y podía apreciarse que no era alta. Que debió
haber medido un poco más de 1.50 de estatura.
En ese momento recordé el dato de las tallas de
sus prendas: van de la 3 a la 5. O son *small*. De
inmediato razoné:

—¡No puede ser! Casi es de mi estatura y esas
son mis tallas. ¿Entonces por qué la vi gigan-
tesca?

—¿Qué edad le calculaste al niño mayor?

—Diez años.

—Tenía cinco; es probable que fuera alto, pero
no tanto para que se viera tan grande. Un
cuerpo en estado putrefacto aumenta el doble.

—¿También de largo?

—No, a lo ancho. Imagina que tu cuerpo, que tu pecho crece al doble —y colocó sus manos sobre el tórax y las desplazó hacia delante; siendo tan robusto, el supuesto volumen sería colosal—. Lo mismo que tu espalda, que tus brazos y piernas. ¿Ahora sí me entiendes? Por eso Imelda se veía tan grande, pero era esbelta y bajita. Muy bonito cuerpo, eso sí.

Rocío declaró que la última vez que habló con Said fue el miércoles 12 de junio a las 11 y a las 11:30 horas. A las 10 de la noche ya no le contestaron en ninguno de los dos celulares. Volvió a insistir el 13, 14, 15, 16, y la última vez que habló fue el 17 a las 10:30. A las 19:30 de ese día, Luz María Torres, tía de Said, le comunicó la mala noticia. De inmediato se presentó a la Delegación. Este informe confirmó el dato que los peritos calcularon al ver el estado que guardaban los cadáveres: cinco días de muertos.

La Ministerio Público, Adriana Díaz Olvera, solicitó diversos peritajes y la intervención de algunos funcionarios de la delegación para que se realizaran «revisiones minuciosas y detalladas del inmueble en referencia para dictaminar si reúne las condiciones de seguridad necesarias para ser utilizado como edificio de departamentos y casa

habitación, tanto las instalaciones de gas, luz y agua, como en las condiciones de estructura».

Para el 1° de julio quedaban pendientes la presentación de un sujeto apodado el Chato, quien realizó la instalación de gas en el departamento 102. El dictamen del perito en instalaciones hidrosanitarias y gas L. P. para que indique cómo deben ser las instalaciones de gas en ese edificio para evitar nuevos accidentes. La presencia del ex dueño del auto. El informe que se solicitó a la Oficina de Control y Seguimiento de Mandamientos Judiciales para saber si había una orden en contra de Said y si la Secretaría de Hacienda o alguna otra instancia lo obligó a cambiarse de nombre dos años atrás. Y, finalmente, el señalamiento de a quién se le fincará responsabilidad por la muerte de seis personas. O de cuatro, qué más da.

¿Quién es el visitante, quién me mira de frente en el espejo?

Miércoles 3 de julio

A las 10:05 recibí una llamada telefónica de Martín Valderrama, encargado de la 4ª Agencia de la Delegación Cuauhtémoc para informarme

que fuera a presenciar un levantamiento de cadáver, en Sonora 201 interior 4, colonia Condesa; entre Insurgentes y Ámsterdam. El doctor Estrada le había solicitado que me avisara.

Me apresuré a llegar. Sabía perfectamente que los peritos se avivaban cuando reciben un llamado de este tipo. No en balde un teórico de la medicina forense escribió: «Cada minuto de demora en la llegada del perito al lugar del crimen corresponde a un kilómetro que él se aleja de la verdad».

Lo primero que vi al llegar fue una ambulancia de Servicios Periciales; blanca y cerrada como la de Semefo. Frente a ella, una joven vestida de negro, con los ojos llorosos. Me identifiqué con el policía que custodiaba la entrada del *Edificio La Ciudad de Los Palacios*, título dibujado sobre mosaico de talavera. Subí al segundo piso y la camilla ya estaba ahí, enfilada a la puerta de salida. Tres peritos estaban dentro. Es un edificio de fines de los años 30, de espaciosa sala, recovecos y columnas. Tres mujeres estaban en el umbral de la habitación, abatidas, viendo el cuerpo cubierto con una sábana. No pregunté nada. Encabecé el descenso. El cuerpo no debió pesar demasiado porque no hubo mayor esfuerzo en bajarlo por la estrecha escalera. Introdujeron el cadáver en la ambulancia. Un judicial gordo y moreno, que

se identificó como Cesáreo, tomó datos de varios compañeros de Raúl, el difunto.

Escuché que sus amigos lo habían visto la noche anterior, a las 22:30 horas. Los compañeros les preguntaron a las autoridades si habían visto una radio de onda corta que la compañía les da a sus empleados, como la que ellos portaban prendida en el cinturón. El policía preventivo miró detenidamente los aparatos y con seguridad respondió que no. Como yo traía la bata blanca nadie me examinaba. La mujer de negro dijo:

—Raúl era tan buena gente, que si en este momento lo conoce, lo invita a su casa.

Es imposible saber con quién llegó acompañado anoche.

El judicial por fin me interrogó. Anotó mis respuestas. Acto seguido, Cesáreo les dijo a los compañeros de Raúl:

—Nos retiramos. El cadáver será llevado a la 4ª agencia. De ahí será trasladado al forense. No duden en llamarme si recuerdan algún dato que pueda ayudarnos para aclarar este crimen.

Los empleados de los negocios de comida, se

asomaban discretamente. La más joven de las tres mujeres que estaban dentro, se soltó llorando.

A brújulas nacidas sin oriente, soles que nos deslumbran apagados.

Me dirigí a la colonia Doctores, a la Avenida Niños Héroes, 102, donde está ubicado el Semefo. Eran las 11:10. Solamente estaba Gloria. Le pregunté si las odontólogas estaban en el anfiteatro. Me dijo que sí; tomé mi libreta de notas y bajé, diciéndole que a ver en qué podía ayudarlas. Entré a la sala grande del anfiteatro. El resplandor rojo de cuatro cuerpos abiertos me recibió. Las cuatro mesas de disección estaban ocupadas. Todo el personal parecía encontrarse reunido, trabajando en cuatro autopsias simultáneas. Los dos médicos y varios de los técnicos me dedicaron una fugaz mirada. Siguieron trabajando. El Masculino que las doctoras estaban revisando me pareció que tenía un parecido con el atropellado que había visto en la madrugada, en Xoco. Busqué el orificio del hombro derecho; no lo tenía. En ese momento caí en la cuenta que los cuerpos y los rostros se me estaban fundiendo en uno solo. Ya había visto más de 30 cadáveres. Y la mayoría eran hombres de

facciones indígenas, humildes y muertos por atropellamiento. Delgados. Morenos. Manos callosas.

El otro fenómeno se suscitaba en la revisión periodística de la nota roja: al clásico rostro ensangrentado sobre el asfalto, se sobreponía la imagen de su cuerpo desnudo, heridas y señas particulares, tendido sobre la plancha.

No sé qué hago aquí, no sé dónde es aquí, ignoro por qué me trajeron, pero tampoco sé nada de quienes me trajeron.

El doctor Fernando Palacio Vasco estaba rodeado de tres jóvenes estudiantes que lo miraban a él —bebiendo sus palabras—, más que a los cadáveres. El doctor ocupaba el asiento con atril, dotándolo de una altura superior. Estaba en medio de dos cuerpos. Su distinción y su facultad para dictar cátedra, desde el ángulo donde miraba la fastuosa escena, me pareció digna de un óleo. La versión moderna de «Lección de anatomía del doctor Nicolaes Tulp», de Rembrandt. La contemplé detenidamente para no olvidarla. Después me acerqué a escuchar lo que decía.

—¿Traen guantes? —preguntó a los estudian-

tes; se quedaron mirando entre sí. No traían. La vez pasada, cuando hizo esa pregunta, me había perdido de levantar el corazón. Por eso ya traía un par, y se los mostré.

—Póngaselos y sienta la fractura —y me señaló la pierna del cadáver izquierdo. Levanté la pierna derecha, de la espinilla y se dobló fácilmente como si fuera la de un títere. O si estuviera hecha de tela o de papel. La moví tres veces para sentir esa extraña blandura de un hombre que parecía que había sido fuerte y atlético, muerto por atropellamiento y fracturas múltiples.

Las dos salas de enfrente estaban ocupadas por sendos grupos que vestían ropa desechable: batas azules, cubrebocas, el cabello y los pies cubiertos: perfectamente equipados como médicos ante el quirófano. Me acerqué al foro. Entendí que eran estudiantes de odontología que habían venido de práctica. El cadáver estaba cubierto completamente, envuelto por una sábana desechable; sólo estaba descubierta la boca. La doctora le daba clases a una joven, mientras su asistente perforaba con la fresa. Estuve varios minutos viendo y escuchando la clase. Quise ir a la otra sala, pero los técnicos ya estaban cerrando los cuerpos y no había preguntado nada. Los médicos, las odontólogas y los tres estudiantes ya se habían retirado.

Por un momento me pareció que sólo quedaban los técnicos, fácilmente reconocibles por su overol azul marino. Pero en la mesa cercana al foro estaba el entomólogo forense Arturo Cortés Cruz, quien estaba cociendo la pierna de un cadáver, como a un muñeco que se le hubiera salido el aserrín. El rostro de Cortés hace honor a su apellido: rostro grande, redondo y barbado, siempre resplandeciente. Me acerqué a saludarlo. El área de los genitales del cadáver estaba también abierta, sumida y verdosa. El cráneo era una olla de barro rota en pedazos. Arturo ignoraba qué le había pasado al cadáver; supuso que lo habían atropellado. Recordé que él sólo interviene en los casos de putrefactos.

Me dirigí al cadáver del fondo, junto al atropellado de las fracturas múltiples. De las piernas hacia abajo tenía un color pajizo:

—¿Por qué está amarillo? —le pregunté a Jorge Ruelas, joven técnico—. Cuando estaba abierto, observé que sus órganos también tenían una coloración amarillenta.

—Por la cirrosis. Era alcohólico y murió en la calle.

Imposible cantar, urdir lamentaciones, si el hígado no flota en un vaso de alcohol iluminado.

Al fracturado, el técnico ya estaba a punto de cerrarle la costura. Vi algo a la mitad del pecho; le pedí que se detuviera:

—A ver. Déjeme ver. ¡Es el cerebro! ¿Por qué lo está poniendo aquí y no dentro del cráneo?

—Porque se echa a perder muy pronto. Si lo volvemos a dejar donde estaba, habría demasiado escurrimiento y olor a putrefacción.

Miré detenidamente el cerebro. Estaba en medio; el resto de los órganos le servían de nido. Moví la cabeza afirmativamente y sonreí. «Milagro: corazón y cerebro en armoniosa convivencia», pensé.

El corazón seguirá siendo una plancha caliente, creada para desarrugar deseos y superficies.

El técnico que trabajaba este cuerpo no era uno de los jóvenes estudiantes sino uno de los asalariados del Semefo. Mientras lavaba el rostro del

cadáver con el chorro de agua tibia me comentó, sin que yo le preguntara:

—Yo les hablo. Platico con ellos. Sin que nadie me oiga.

—¿Qué les dice?

—Que se vayan en paz. Que sientan una voz y unas manos que los están cuidando. Muchas veces vienen con cara triste. Muy afligidos. Les hablo y les rezo. Y me crea usted o no, pero al final, cuando ya terminé de hablarles y lavarlos, es otro su rostro. Se le ve tranquilo. Se le fue la tristeza. Ellos nos traen mucha carga negativa. Muy pesada. Que uno debe dejar aquí y no llevarse a casa. A veces pasan cosas raras.

—¿Cómo cuáles?

—Yo no digo que sean los muertos, pero son cosas que no tienen explicación.

—Dígame algunas.

—Se caen las charolas. Se oye el estruendo. Venimos a levantarlas y están en su lugar. O vemos pasar sombras. Claramente. Y no es nadie. No son los muertos. Ellos no pueden hacer nada. Ya no se levantan. Son las cargas negativas, ¿qué otra cosa?

Guardó silencio y se concentró en el lavado del cuerpo.

A la sombra de un helecho gigante, una mujer sin dientes quita piojos a una niña con los ojos llenos de nubes. Dos niños esperan turno. Me siento junto a ellos y aguardo las manos de la espulgadora. No tengo piojos, pero no se puede viajar hacia la muerte sin caricias.

Me retiré. Fui a conversar con el técnico Jesús Jiménez, quien suele laborar con grandes anteojos transparentes para cubrirse de los líquidos. Le pregunté por qué sus compañeros no usaban una protección similar. Me dijo que no sabe, pero que a él le parecía necesario porque trabajaban muy cerca de los órganos. Me pidió que me sentara en la silla alta, donde había estado el doctor Rolando Ríos Reyes. Me recargué en el atril y apunté que Jesús era estudiante de antropología forense y llevaba trabajando voluntariamente un año y cinco meses. La antropología sirve — cuando se analizan restos óseos — para determinar edad, sexo, estatura, incluso individuos con múltiples traumatismos o en grado avanzado de descomposición.

Levanté la vista y vi a Jorge Ruelas lavando el cuerpo del cirrótico; estaba cantando una melodía que no alcancé a escuchar. Cuando lavan un cuerpo, los jóvenes son como jardineros ante tiestos de bellísimas flores, así de radiantes se ven. Jorge es alto y delgado; llevaba tres semanas en este trabajo. Estaba estudiando el bachillerato.

Lo más triste de la muerte es carecer de música.

Me dirigí a ver el trabajo de Arturo Cortés Cruz, a quien le pregunté:

—¿Este cuerpo no tenía larvas? —mi consulta les causó risa a los jóvenes. Arturo también sonríe; con la cabeza me dice que no. Los estudiantes soltaron una sarta de frases festivas y juguetonas:

—No. A él no le hacen falta. Él las cultiva.

—Las tiene amaestradas.

—Sí. Vamos, muchachas, les dice, y empiezan a bailar.

—Pero antes les revisa la seda.

No sabía si preguntar o permitir que continua-

ran bromeando. Uno de ellos me sugirió:

—Dígale que se las enseñe. Está bien bonito su cultivo.

—Son preciosas sus bebitas.

Arturo me explicó que estaba realizando una investigación de entomología forense. Me mencionó algunos conceptos que ya me había explicado el 12 de junio, frente al cuerpo hallado en el canal de Xochimilco. Su investigación se centra en el estudio de entomoxicología en la mosca doméstica, calliphoridae, y en la sarcophagidae, la mosca grande, verde azulosa metálica, que abunda en los panteones. Arturo terminó de cocer al cadáver y salió del anfiteatro. Poco después, regresó y me pidió que lo acompañara a la sala de infecto contagiosos. Sobre la plancha estaban dos frascos, uno verde y el otro color ladrillo; la boca del envase estaba cubierto por una tela blanca, semejante a una fina red. No era broma. Realmente tenía un cultivo de larvas, lo que llamamos gusanos. Abrió el verde:

—Tiene una muestra de cerebro. Destapó el de color ladrillo:

—Aquí puse un macerado de hígado, que por sus funciones es una máquina bioquímica.

Dejé los fragmentos en los frascos abiertos; a las moscas les atraen los olores en descomposición. Como se esperaba, llegaron más moscas a visitar y depositar sus huevecillos en el encéfalo. Así sucede con los cadáveres: se introducen por los orificios naturales del cuerpo —nariz y boca— hacia el cerebro.

Las larvas rápidamente han subido al borde del frasco. Mientras me explicaba, con una pinza fue capturando y contando 10 larvas y las fue colocando, con sumo cuidado, en una caja petri. La masa verde tenía una densidad de crema espesa. Su verde era semejante al aguacate oxigenado. Su olor era de excremento. Al cerebro se le agregó cocaína pura y diasepán.

—La entomología es el estudio de los artrópodos y toda la fauna que se presenta en los cadáveres para determinar el cronotanto diagnóstico —cronos, tiempo; tanato, muerte; diagnóstico, determinación— y análisis de entomo-toxicología. Por eso, debo conocer las características de estas larvas, de tal modo que en el futuro, el solo estudio de ellas nos determine si el sujeto era adicto a estas sustancias. Es muy difícil hallar su rastro en la sangre de los putrefactos porque ya está oxidada y descompuesta. En casos como la mujer del canal de Xochimilco, es más fácil que las mariposas

fijen las sustancias, que las moscas.

Después, Arturo tomó otras 10 larvas cultivadas en hígado, al cual no se le agregaron sustancias adicionales. El especialista consideró que las que se estaban criando en la materia verde estaban muy felices. El cerebro era una de sus comidas preferidas y, además, vivían eufóricas por el consumo de cocaína tan pura.

—Los organismos jóvenes sólo se dedican a comer. Me voy a llevar las 20 larvas y las voy a colocar en un tubo de ensayo; se van a congelar y las meteré a un aparato que se llama cromatógrafo de gases, acoplado a masas.

Sacó tres muestras de las larvas —un día sí; y otro, no—, antes de que se conviertan en pupa. Cuando se transformen en adulto, las sostendrá en alfileres y les contará los pelitos y antenas bajo el lente del microscopio.

Cambió la tela que cubría los frascos y volvió a cerrarlos. Me pidió que lo acompañara al sótano. Mientras bajábamos por la rampa me fue explicando:

—La otra parte del experimento está aquí abajo. Desde el 12 de abril tenemos en observación restos óseos para analizar las moscas que

se han ido acercando al cuerpo. Debajo de la rampa había una vitrina. Levantó la tapa y vi fragmentos de esqueleto sobre una cama de tierra húmeda, con hojas. Las costillas se veían completas y en su lugar. El color que predominaba era café ocre. Olía a un bosque húmedo y frío. Arturo me precisó que olía a amoníaco. Con preocupación externó que los restos estaban húmedos; no supo si a causa de la lluvia o si alguien había lavado con manguera la vitrina. Sobre el cuerpo había gran cantidad de moscas pequeñas, las que suelen merodear la fruta cuando empieza a descomponerse, por los azúcares, me señaló Arturo. Por la presencia de esas moscas, el cuerpo, en consecuencia, estaba en una fase de segregación de amoníaco y azúcares. También me indicó que huele a almendras dulces.

El cráneo de ese cuerpo estaba en una caja con tierra perfectamente seca. No despedía olor alguno.

Alucinante me pareció todo cuanto Arturo me había contado. Jamás se había hecho esta investigación en México; es pionero. Su estudio está patrocinado por la Facultad de Estudios Superiores de Iztacala, área de Biología. Allá se llevó las muestras donde cuentan con los aparatos que requiere su experimento.

Imposible será que te destruyan, pues su mayor placer es contemplarte.

La sola descripción del proceso natural de descomposición en los cuerpos puede resultar desagradable. Pero si se busca una explicación didáctica y hasta simpática, sería la que me dio el doctor Fernández Cáceres:

—Los pulmones y los intestinos son tubos orgánicos que, de una forma u otra, comunican al exterior. En su interior tienen una flora y una fauna que en los sujetos vivos están en simbiosis con el organismo. Las bacterias generalmente viven a expensas de los desechos o de los alimentos que ingerimos. Otras ingresan por el aire que respiramos, pero hay un «pacto de honor» entre organismos y bacterias. Un pacto que está corroborado y protegido de la agresión por un equipo, las protecciones biológicas del organismo, los anticuerpos. Si una bacteria se quiere pasar de viva, ya sea en el tracto digestivo o en el tracto respiratorio, y empieza a agredir, de inmediato se le van encima las tropas. «Está bien, pido paz. Me quedo de este lado», dice la bacteria. A su vez, algunas bacterias nos protegen de otras bacterias o sustancias que sí pueden ser agresivas. En el

momento que quieran pasar, las bacterias dicen: «No entras. Éste es mi territorio: quieta o te destruyo». Eso es la simbiosis. Al ocurrir la muerte, los mecanismos de defensa se detienen. No hay nada que impida a esas bacterias, que vivían normalmente, agredir al intestino o a los pulmones. Se dan un festín. Se inicia de inmediato la deglución de órganos por seres microscópicos, que se reproducen. Dentro de los desechos que generan están los gases. Eso es lo que infla inmediatamente al cadáver. En 24 horas ya está inflado. Si no quitamos los órganos, siguen proliferando y siguen comiendo las bacterias. Al mismo tiempo, las moscas, que ya no encontraron resistencia en ese ser humano, se introducen en la nariz y orificios naturales y depositan huevecillos. Esos huevecillos —al cabo de dos días a una semana—, se convierten en larvas que empiezan a comerse los tejidos vecinos. Entre las larvas y las bacterias —brigada cadavérica—, en 15 días o un mes, dependiendo de lugar y clima, ya hicieron del cuerpo un manojito de líquidos flatulentos. Esas larvas, al acabar su digestión y al paso del tiempo, se convierten en moscas y emigran a otro lugar. ¿Qué hacían en el alto Egipto los embalsamadores? Sacaban todas las vísceras. A través de las fosas nasales con jeringas especiales extraían todo el encéfalo. Todo eso

lo ponían en urnas con conservadores. Urnas que quedaban cerca de la momia.

Cortinas de humo me tragan, perros con sarna se han unido a los zopilotes, y a pesar de que en la huida caigo entre lo que se pudre o se calcina, tengo la sensación de escalar una montaña que crece más allá de los limbos.

Fosa común

Los técnicos forenses Carlos y Ausencio fueron abriendo las gavetas y calculando el peso de los siete cuerpos que serían sepultados en la fosa común, según una relación, que sostenía Ezequiel, el chofer. Para su alivio, todos los cuerpos eran de complexión delgada. Su revisión era cuidadosa, verificando varias veces si el número del expediente correspondía a la gaveta, y cotejándolo, además, con la etiqueta amarilla amarrada al pulgar del pie de cada cuerpo. Tres veces hicieron este escrutinio. A pesar de que cada gaveta tenía pegada una hoja que decía Panteón Civil, como ya dije.

Ausencio cortó pedazos de sábana con el logotipo del IMSS. Me explicó que eran para afianzar los cuerpos porque estaban muy resbalosos.

Cuando ya no hubo duda del cargamento, el cadáver fue sacado en su correspondiente charola y depositado en una camilla con ruedas. Carlos y Ausencio transportaban los cuerpos y los conducían a la camioneta blanca, cubierta completamente: caja metálica con puertas; en su base depositaron los cadáveres. Cada que caía un cuerpo se escuchaba un choque de carne fría y huesos contra lámina. Carlos cargó con una sola mano los cuerpos de dos bebés ennegrecidos. Su silueta recortada a contra luz, dirigiéndose a la camioneta, hubiera sido una hermosa gráfica: sombra de hombre sosteniendo en el aire oscuridades humanas.

El segmento femenino hallado en el Periférico estaba cortada groseramente a la mitad, a la altura del ombligo. Los restos de los órganos de esa área fueron cercenados y arrancados sin pericia; poseía una coloración vinosa, a punto de coagularse. Sólo tenía una pierna completa; la otra, cortada a la altura de la espinilla. Los restos se alojaban sobre un espeso charco de grasa.

La caja que guardaba una pierna estaba sobre una charola llena de agua, por el rutinario deshiele de las gavetas. De milagro no se desfundó. La mayoría de los cuerpos destilaba líquidos. Estos escurrimientos van dejando un rastro en todo su trayecto. Desde la salida de la gaveta hasta la fosa.

En las gavetas 11 y 12 se hallaban varias bolsas amarillas, que contenían piernas, dedos y varios fetos, así como los mínimos fragmentos de piel u órgano que van saliendo en las autopsias. Cuando ya cerraron el cuerpo —y en el momento en que están lavando la plancha y las cinco parrillas con perforaciones circulares—, suelen aparecer estos pedazos. Ahí también se guardaban las diversas muestras de órganos que se han tomado para estudiarlas en laboratorio, las cuales son guardadas en botes blancos, opacos.

Al final de la carga, lavaron a manguera las siete charolas que han quedado desocupadas. Al grupo se agregó Julio César Salazar Domínguez, sobrino de los técnicos Raúl y Carlos. Me informó que también es técnico forense y lleva varios años diseccionando. Estudia la carrera de Odontología y tiene su consultorio. Acude los sábados y los domingos al Semefo. Sus ojos son café verdosos; es alto, blanco y atlético.

Por cierto, es notable el clan de la familia González Domínguez. Don Raúl me contó que tres de sus hermanos han prestado sus servicios: Carlos, Agustín y Gabriel; este último ya falleció. Dos de sus hijos, Rigoberto y Raúl, también laboran ahí, así como tres sobrinos: Gabriel, Héctor y Julio César; el papá de Julio César es cuñado de don Raúl. En total, nueve hombres de una misma fa-

milia se dedican a abrir cadáveres.

A las ocho de la mañana, del sábado 29 de junio, nos enfilamos rumbo al Panteón Dolores. Los seguí en mi coche. Nos detuvo la luz roja del semáforo de la calle Doctor Claudio Bernard y desde ese momento observé el escurrimiento pútrido que se filtraba de las esquinas traseras de la caja de la camioneta. Dimos vuelta a la derecha, en Doctor Lucio. Nos detuvimos en la esquina de Avenida Chapultepec. Cuando la camioneta dobló hacia la izquierda sobre esa avenida, se filtró mucho líquido, tanto como el que puede contener una cubeta; sentí sonrojo, como si los transeúntes que estaban sobre el camellón pudieran adivinar el contenido de la carga. Pero no se percataron.

La supuración de la camioneta me recordó el caso de una mujer que en 1993 estaba cumpliendo condena en la Penitenciaría Tepepan. Había matado a sus dos pequeños hijos porque su amante decía adorarla, pero sin los niños. Y la dejó. Que él le ofrecía casa y nueva vida en provincia, pero a ella sola. Por eso, la madre los descuartizó y los metió al congelador. Ahí los dejó varios días hasta que decidió aventarlos a algún precipicio de la carretera. Los puso en la cajuela de su coche y tomó rumbo a la salida a Cuernavaca. Pero Insurgentes estaba embotellado. Y detrás de ella, una patrulla. Los policías de inmediato notaron el

escurrimiento amarillento-rosáceo. Uno de ellos se bajó; con el dedo tomó una muestra y la olió. La cotejó con su pareja. Los dos descendieron y le pidieron a la mujer alta y atractiva que abriera la cajuela.

Pero a esta camioneta que traía pintado un letrero que decía *Servicio Médico Forense*, ningún policía podría detenerla, a menos que una patrulla ecologista le diera una infracción por contaminar el ambiente.

Cuando la camioneta llegó al mercado de las flores, tomó una velocidad de 100 kilómetros por hora, como si las almas tuvieran gran prisa de llegar a la tierra prometida. Entramos por el acceso del panteón que da a Constituyentes. El guardia hizo anotaciones en una libreta y nos permitieron el paso. Se bajó Julio César para acompañarme e indicarme dónde debía dejar el coche porque habría tramos lodosos y resbaladizos. Recorrimos una calzada asfaltada. Ya podían verse los primeros visitantes, caminando o en coche. Se terminó la calzada y entramos a un terreno con pasto y tierra donde estaba marcado el rastro de las llantas de los autos. Aquí y allá había algunos féretros de lámina a la intemperie, oxidándose.

Todos nacimos para ser olvidados.

Descendimos por una pendiente; Julio César me indicó que pusiera la palanca de velocidades en primera «para que no estés pisando tanto el freno», a mí no se me hubiera ocurrido. Me indicó dónde estacionar el coche y enfilarlo de una vez hacia la salida. La camioneta se paró más adelante, frente a la fosa. Bajamos. Olía a mañana fresca, diáfana.

Habíamos llegado a la mítica fosa común. La imaginaba extensa y profunda. En realidad era una amplia zona, cercana a la barda norte del panteón, con varias fosas comunes. Una de ellas estaba protegida por una malla ciclónica sostenida con piedras. La otra, a unos pasos de la primera, estaba abierta. Julio César me informó que abren las fosas de cuatro metros de profundidad por 2.30 de largo y 1.50 de ancho. Los cuerpos se depositan, los cubren con tierra y así se queda hasta recibir la siguiente carga. Don Chagoya, el enterrador, me informó que 70 cadáveres colman la fosa.

—Ahora ya las cubren porque los perros se metían a la tumba y desenterraban los cuerpos
—me informó Julio César.

—¿Los perros comen restos humanos? —le pregunté.

—Claro que sí. Varias veces los encontramos desayunando —me respondió con seguridad.

—¿Te acuerdas la vez que encontramos dentro a un par de cachorros, que ya no pudieron salir? Tuvimos que meternos por ellos y ¡hubiera visto la de mordidas que nos dieron! —comentó Carlos.

—Quién sabe de dónde sale tanto perro; son jaurías de 10, 12 perros —dijo Julio César.

Me subí, con la ayuda de la firme y ancha mano del joven odontólogo, a un montículo de tierra, la misma de la tumba abierta; pero como me hundía, decidí subirme a los brazos de una cruz de granito gris, que decía en letras doradas *Tumba L*.

Ausencio jaló de los pies el primer cadáver. Cayó de bruces al suelo. ¡Pas! El sonido acuoso de un cuerpo desnudo estrellándose sobre tierra húmeda. Carlos lo tomó de los brazos, y ambos giraron el cuerpo boca arriba. Cada uno traía un pedazo de sábana en cada mano. Columpiaron el cuerpo de pies y manos, mientras contaban al unísono:

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! —y lo lanzaron al agujero

ro. Paaac.

Repitieron la misma operación con cada cuerpo. Su tino era asombroso: cada cadáver quedaba al lado del otro. El tercero quedó con una pierna levantada, sobre la pared oriente de la tumba. Ya iban por el cuarto cadáver cuando los interrumpió don Chagoya:

—Así no. El cuerpo debe quedar bien.

Sin protestar, Carlos descendió a la tumba y lo jaló hacia atrás para acomodarlo. Su pecho estaba al ras del suelo; lo que da una idea de la poca profundidad de la tumba. Supuse que con esa carga la cerrarían, pero el sepulturero indicó que todavía cabía otra. «Con razón los perros los desentierran tan fácilmente», pensé.

Miré la tierra removida que estaba a mis pies. Descubrí cientos de fragmentos de huesos humanos por doquier. Falanges, costillas, fémures... Me recordaron a los miles de tepalcates que hay alrededor de los centros ceremoniales prehispánicos. Había cuero cabelludo de diversos colores, mechones que con una ligera remoción del pie se desparramaban y quedaban regados como pelos de brocha. Julio César me participó:

—Se cierra una fosa y a los siete años vuelven a

abrirla. Estas criptas están sobre diversas fosas comunes. Los familiares no se resignan a que su gente quede aquí, y solicitan que se les autorice colocar una loza o una cruz con el nombre de su familiar.

La tumba es tan estrecha que sólo caben tres cuerpos a lo ancho; los otros caen encima de estos. Sin duda, es un acto de piedad sepultar a un ser humano. Pero echarlos desnudos, sin mortaja es rotular su anonimato y soledad. Ciertamente, nacemos desnudos, pero ser aventados a la fosa sin prenda, ataúd o lienzo que nos cubra es amargo. Es evidenciar la carencia de otro ser que nos arrope y acompañe hasta el último momento. Estaba presenciando un entierro sin dolientes ni flores ni lágrimas. Atestiguaba, nada más, una inhumación, que por su rutinaria frialdad se semejaba a un acto clandestino.

El cuarto cadáver me llamó la atención. Estaba seco, terroso, apergaminado, como acartonada figura de papel maché. Les pregunté que por qué estaba así.

—Está momificado. Ya pasó el periodo de putrefacción —me señaló Carlos.

A la altura del cuello, le aventaron el cráneo. El sepulturero no protestó; pensé que pediría que

la cabeza quedara en su lugar y no de cualquier modo.

Lanzaron la caja con la pierna del anciano. El cuerpo cercenado de la mujer. Los dos niños. Varias bolsas amarillas, que no abrieron. Al final, lanzaron las dos sábanas, que casi los cubrieron a todos.

Estoy soñando, pienso, no es posible que la vida termine de esta forma con mi vida, que no haya más destino que la sábana inmensa de la mugre.

Por un momento, creí que empezarían a rezar: súbitamente guardaron silencio. O no sé si esperaban a que les hiciera alguna pregunta antes de retirarnos. Nada dije porque me pareció impropio preguntarles si había que pronunciar algunas palabras de despedida. Estoy segura de que ellos me habrían dicho que yo las expresara. Y qué iba a decir, cuando ni ante la tumba de mi padre — que se halla en ese panteón —, quise pronunciar palabra alguna.

El sepulturero de inmediato procedió a cubrirlos con tierra. Don Chagoya es blanco, fuerte y usa sombrero. Su apariencia es pulcra y saluda-

ble; tiene 70 años de edad. Aseguró que en el terremoto del 85 se sepultaron en la fosa común más de 5,000 cuerpos.

—Los primeros días venían camiones y camiones a dejar a la pobre gente que encontraron entre los edificios. Dos meses después seguían trayendo uno que otro cuerpo. Se abrió una fosa muy grande para ellos. Días muy tristes... Allá está — extendió el brazo y me señaló un terreno, cubierto a mi vista por una loma.

Las ráfagas sacan filo a la pala, cambian el rumbo de los ladridos, me llevan a la tumba del muerto que me espera.

Los tres hombres se subieron a la camioneta; Julio César me acompañó nuevamente. Más adelante, nos detuvimos en una pila de agua, donde los empleados lavaron la caja metálica. Nos despedimos en la puerta principal del Panteón Dolores.

Vivirás tantas veces como la muerte.

Llamé, busqué y encontré a la muerte. Sus variados olores siguieron asaltándome mientras

conversaba con mi madre, reía con mis hijos o jugaba con mi perra. Cuando daba un beso. O caminaba de la mano de mi esposo. En el transcurso de la jornada me volví taciturna: los colores de la muerte me silenciaron. Si hablaba era para describir sus matices sobre la piel donde los vi. Sus múltiples caras me continuaron embistiendo mientras comía una ensalada con semillas y frutas; me perdía en sus tonalidades y retiraba el plato. Los comensales que me acompañaban sabían en qué estaba pensando. Por eso no preguntaban los motivos de mi inapetencia y desgano por la carne. ¿Quién quiere saber de la muerte? Olerla. Tocarla. El común de la gente no desea hablar de ese tema.

Excepto los hombres y mujeres que nombré y cientos más que en este momento están levantando, abriendo, investigando, fotografiando un cadáver.

No soy valiente. Una noche para oscurecer la conciencia tomé varios tequilas dobles. Me olvidé de este mundo. Y del otro.

¿Qué día comenzará la eternidad para nosotros?

Notas

Todos los versos citados a lo largo de esta crónica fueron tomados del libro *Aforismos*, de Francisco Hernández. Selección de Ervey Castillo y prólogo de Marco Antonio Campos. Ediciones Monte Carmelo, Comacalco, Tabasco, 2002.

Ciudad de México, 25 de julio de 2002

Contenido

Miércoles 5 de junio, 2002	13
Lunes 10 de junio	19
Miércoles 12 de junio	21
Sábado 15 de junio.....	29
Lunes 17 de junio, mañana	34
Lunes 17 de junio, noche	50
Martes 18 de junio	65
Miércoles 19 de junio	69
Inspección ministerial.....	71
Viernes 21 de junio	76
Sábado 22 de junio	91
Domingo 23 de junio	97
Lunes 24 de junio	100
Martes 25 de junio.....	112
Jueves 27 de junio	115
Viernes 28 de junio.....	119
Sábado 29 de junio	130
Cadáveres.....	131
Segmentos humanos	135
Fetos	139
Sábado 29 de junio, 10 de la mañana	140
Lunes 1º de julio. Mañana.....	148

Lunes 1° de julio. Noche	153
Martes 2 de julio, dos de la mañana	163
Miércoles 3 de julio	177
Fosa común.....	194

SEÑAS
PARTICULARES.
La Muerte violenta en la
Ciudad de México

Facultad de Enfermería y Obstetricia

Se terminó de maquetar en Diciembre de 2023 en
la Facultad de Enfermería y Obstetricia. Camino Viejo
a Xochimilco y Viaducto Tlalpan s/n Col. San Lorenzo
Huilpulco, Alcaldía Tlalpan, Ciudad de México. C. P. 14370.

Las fuentes utilizadas son Baskerville 13 y 10 pts; y Charter
13 y 16 pts.

La edición estuvo a cargo de:
Mtro. Francisco B. Valencia Castillo y
Lic. Martín Valdez Rodríguez

